



Facultad de Teología.
Licenciatura de Teología espiritual

Antropología de San Ireneo de Lyon. La libertad en la comunión

Autor: M^a Belén Sotos Rodríguez

Director: Francisco José López Sáez

MADRID mayo 2023

INDICE

INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO PRIMERO: LA MIRADA DE DIOS AL HOMBRE EN IRENEO. LA PROPUESTA DE SU MODELO ANTROPÓGICO	9
1.1. La biografía.....	9
1.2. La comunión de Dios con el hombre en Ireneo de Lyon	11
1.2.1. El hombre a imagen y semejanza de Dios	11
1.2.2. La semejanza	16
1.2.3. Adán y Cristo.....	21
1.2.4. La comunión del hombre con Dios.....	23
1.2.5. La amistad del hombre con Dios en el Hijo.....	26
1.2.6. El pecado del hombre	29
1.2.7. Las Consecuencias del pecado.....	34
1.2.8. La redención en Cristo.....	37
1.2.9. La revelación del Padre y el conocimiento de Dios.....	39
1.3. A modo de conclusión.....	42
CAPÍTULO SEGUNDO: ESTRUCTURA Y LÓGICA INTERNA DEL LIBRO IV DEL ADVERSUS HAERESSES	45
2.1. El Adversus Haereses.....	45
2.2. Estructura del Libro IV del Adversus Haereses	47
2.3. Lógica interna del Libro IV del Adversus Haereses	51
2.3.1. La unicidad de Dios en la economía de la salvación	52
2.3.2. El progresivo crecimiento del hombre hacia Dios	53
2.3.3. La unicidad en la Escritura	54
2.3.4. La revelación del Hijo	55
2.3.5. El hombre hechura de Dios	56
2.3.6. De la ley natural a la ley de la libertad	57
2.3.7. La comunión con Dios.....	60
2.3.8. La gloria de Dios	63
2.3.9. La Iglesia	65
2.4. A modo de conclusión.....	66
CAPÍTULO TERCERO: ESTUDIO DE LOS CAPÍTULOS 36-39 DEL LIBRO IV DEL ADVERSUS HAERESSES.	69
3.1. Introducción	69
3.2. Las parábolas	70
3.2.1. El significado de las parábolas.....	70
a. Los viñadores homicidas	72
b. El banquete de bodas	79
c. Otras parábolas	85
3.3. Las dimensiones antropológicas. AH IV, 37-39	94
3.3.1. El hombre es creado libre (AH IV, 37).....	94

3.3.2. El conocimiento del bien y el mal (AH IV, 39)	101
3.3.3. El crecimiento del hombre como criatura (AH IV, 38).....	106
CONCLUSIONES: LOS HITOS TEOLÓGICOS DEL SAN IRENEO	113
1. La creación del hombre a imagen y semejanza de Dios.....	113
2. El crecimiento del hombre hacia Dios	114
3. La resurrección del Hijo en el misterio del hombre	114
4. La experiencia del pecado y la redención del hombre	115
5. El hombre es creado libre.....	115
6. El misterio de la filiación y el misterio eclesial	116
7. Conclusión personal.....	117
7.1. La corporalidad.....	117
7.2. La comunión del hombre con Dios.....	118
7.3. Dios hace. El hombre se deja hacer	118
7.4. La libertad.....	119
7.5. Una pequeña valoración personal	119
BIBLIOGRAFÍA	121
Magisterio de la Iglesia.....	121
Fuentes de Ireneo de Lyon.....	121
Estudios sobre San Ireneo de Lyon	121
Obras secundarias	122
Índice Ireneano	124

INTRODUCCIÓN

La corporalidad como don del Padre al hombre constituye el eje en el que se inserta la salvación. El misterio de la Encarnación revela al hombre su propio misterio (cf. GS 22) y señala que el patrón el que Dios hace al hombre es el Verbo encarnado. El Padre crea al hombre a su imagen y semejanza desde el don del Hijo que toma una carne humana. De este modo el presente trabajo me ha ayudado a profundizar en el don del cuerpo que a imagen del Hijo se convierte en lugar de salvación para el hombre. Un hombre creado en libertad para hacer el bien.

La finalidad de escoger como autor de mi tesina a San Ireneo de Lyon se debe a qué anteriormente he realizado una tesina sobre San Juan Pablo II y la Teología del cuerpo. El Papa tiene como referencia en su Teología al Santo Obispo, por ello he querido profundizar más en su antropología, desde el libro IV del *Adversus Haereses*, porque en ese libro Ireneo desarrolla el modelo antropológico que nos ha dejado como legado.

Ireneo señala que el hombre es creado por Dios con sus dos manos, el Verbo y el Espíritu, a su imagen y semejanza según el modelo del Verbo encarnado, con vistas al cuerpo glorioso del Hijo. En el don de la corporalidad del hombre que se da en el origen, se encuentra el fin del hombre: la resurrección. El cuerpo del hombre es imagen de Dios por el don del Hijo¹.

Así el hombre como hijo se convierte desde el don del Espíritu en hijo en el Hijo, teniendo como horizonte la resurrección del Hijo, que le va a convertir en hijo de resurrección. Por lo cual en el don de la creación del hombre aparece su fin, la resurrección de la carne². Eso le convierte en hijo de Dios en plenitud. Por lo tanto el don del Padre necesita ser acogido por el hombre en libertad. Por eso el hombre puede acoger o rechazar el don del Padre, en el Hijo³. De esta manera el pecado del hombre, que también afecta a su cuerpo, rompe el don de Dios, y el hombre necesita ser redimido del pecado que trae como consecuencia el mal⁴, desde la obediencia del Hijo⁵.

¹ Cf. Antonio Orbe. *Antropología de S. Ireneo*. Madrid: BAC, 1969, 21.

² Cf. Antonio Orbe. "El hombre ideal en la Teología de San Ireneo". *Gregorianum* 43 (1962): 459-461.

³ Cf. Orbe. *Antropología*, 175.

⁴ Cf Ibid. 282.

⁵ Cf Ibid.

En este sentido el hombre en su corporalidad es creado para vivir en comunión con Dios⁶. Ella queda rota por su pecado, haciéndose necesaria la entrega en la carne del Hijo que redime la vida del hombre, para devolverle la comunión con Dios⁷.

De la misma manera Dios crea al hombre en libertad. Puede acoger a Dios o rechazarle. Así la libertad se entiende desde la comunión. Dios crea al hombre libre para que pueda estar con él y vivir en su presencia. Pero si el hombre rechaza a Dios no puede vivir en el bien que este le ofrece. Por ello el hombre que vive en Dios haciendo su voluntad acoge en su vida la salvación de Dios. Pero como el hombre peca necesita volver a la comunión con Dios desde la obediencia del Hijo. Así el hombre en el Hijo puede de nuevo unirse a Dios.

Para mostrar estas tesis he estructurado mi estudio en tres capítulos. En el primer capítulo haré un desarrollo de las categorías más importantes del modelo antropológico de San Ireneo, que vienen a señalar el planteamiento que he considerado, según el cual el hombre, también en su cuerpo, se sabe hecho por Dios, y puede conocerle porque se ha hecho visible en el rostro humano del Hijo encarnado. En el segundo capítulo mostraré como estas categorías aparecen en el Libro IV de la *Adversus Haereses* desarrollando su estructura y su lógica interna. Y en el capítulo tercero haré una referencia al llamado Tratado de la libertad (36-39), en el que Ireneo analiza las parábolas que hacen referencia a cómo el don de Dios al hombre ha de ser acogido de modo libre por este, para pasar a analizar las dimensiones antropológicas que de ellas se derivan.

Por último, he desarrollado a modo de epílogo una exposición sintética de lo que podemos considerar los hitos del modelo de Ireneo que a lo largo del estudio se han puesto de manifiesto. Como ya hemos indicado he tomado como obra de referencia el Libro IV del *Adversus Haereses* de San Ireneo de Lyon. Para alcanzar mayor profundización del mismo nos hemos valido también de una bibliografía secundaria que desarrolla el modelo del Santo Obispo. Este estudio no pretende hacer un análisis exhaustivo de todo el autor, sino una reflexión en torno a algunas categorías importantes en San Ireneo. Por ello aceptamos desde el principio el carácter incompleto de nuestra explicación, sabiendo que hay estudios más completos sobre este padre de la Iglesia.

⁶ Cf. Miyako Namikawa. *Paciencia para madurar. "Acostumbrar" para la comunión en San Ireneo de Lyon*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 2014, 184.

⁷ Cf. *Ibid.* 135-137.

La corporalidad se encuentra en el designio original del Padre, y en la voluntad salvífica del Hijo encarnado como modo pleno de entrega al hombre, en una tensión inacabada y en crecimiento hacia Dios. Esta tesis se mantendrá a lo largo de este trabajo.

CAPÍTULO PRIMERO: LA MIRADA DE DIOS AL HOMBRE EN IRENEO. LA PROPUESTA DE SU MODELO ANTROPÓGICO

San Ireneo, llegado de Oriente, ejerció su ministerio episcopal en Occidente: él fue un puente espiritual y teológico entre cristianos orientales y occidentales. Su nombre, Ireneo expresa que viene del Señor y reconcilia, reintegrando en la unidad. Por estos motivos después de haber tenido el parecer de la Congregación de la causa de los Santos, con mi autoridad apostólica lo

Declaro

Doctor de la Iglesia con el título de Doctor *unitatis*.

Que la doctrina de tan grande Maestro pueda animar cada vez más el camino de todos los discípulos del Señor hacia la plena comunión.

(Decreto del Santo Padre, el Papa Francisco para la concesión del título de Doctor de la Iglesia a San Ireneo de Lyon, 21 de enero de 2022).

La declaración de Doctor de la unidad por el Santo Padre Francisco, da inicio al estudio de este autor, que, desde su biografía y su teología, nos señala su modelo de comprender al hombre en el plan de Dios. De esta manera este capítulo quiere introducirnos en conocer los datos biográficos que nos han llegado de él, para pasar a exponer su modelo antropológico para entender al hombre en el misterio divino.

1.1. La biografía

No conocemos muchos datos del Santo Obispo¹. Ellos han sido recogidos de sus obras, que de modo directo han llegado a nosotros o de las que conoció Eusebio de Cesarea, y citó en su obra *Historia eclesiástica*, aunque no podamos tener directo acceso a ellas, en cuanto tales. No sabemos de su familia. Ha sido debatida la fecha de su nacimiento, que sería entre los años 130 y 140. Solo sabemos que nació y recibió su primera formación en Esmirna. Conocemos que el evangelio pronto llegó a esa ciudad, por su cercanía con Éfeso². Es muy probable que fuera visitada por Pablo en alguno de sus viajes. También Ignacio de Antioquía dedica una de sus cartas a esa comunidad, de lo que podemos intuir que el mensaje evangélico ya había llegado a Esmirna. En el

¹ Tomo el estudio de la biografía de Ireneo de: Cf. *Contra las herejías I. Ireneo de Lyon*. . Juan José Ayán et al. (eds) Madrid: Ciudad Nueva, 2022, 11-44.

² Cf. Mauricio Saavedra Monroy. *La Iglesia de Esmirna. Formación de la identidad de una primitiva comunidad cristiana*. Ciudad Nueva, Madrid: 2022.

mismo sentido, Juan en el libro del Apocalipsis cita a la Iglesia de Esmirna (cf. Ap 2, 8), cuya comunidad, que vive en la tribulación, Cristo anima. Por otra parte podemos considerar como signo de la presencia de S. Juan en Esmirna al Obispo Policarpo de Esmirna ya que Policarpo fue discípulo de Juan³. Por ello Ireneo como discípulo de Policarpo distingue entre lo que conoce de él directamente o por el testimonio de otros. En la primera etapa de su vida en Esmirna estuvo en contacto con él. Pudo residir en Roma, antes de llegar a Lyon. Y desde Roma fue enviado por Policarpo a Lyon, para establecer vínculos entre las Iglesias en cuanto a la fecha de celebración de la fiesta de la Pascua. En torno al año 177 los cristianos de Lyon y Vienne sufren una terrible persecución, y muchos de ellos son martirizados, entre ellos el Obispo de Lyon, Potino. Por ello cuando Ireneo va de Roma a Lyon, ya lo haría como Obispo. Así Ireneo va a buscar la unidad en lo referente a la diatriba de la fecha de la celebración de la Pascua, por parte de ambas Iglesias, oriente y occidente, buscando armonizar la fecha desde el respeto de ambas celebraciones, y pidiendo al Papa Víctor que busque la comunión con los que celebran la pascua el 14 de Nisán. Esta controversia no se cierra hasta el año 202 o 203, en el que habría sufrido el martirio bajo la persecución de Septimio Severo, pero no tenemos datos históricos que acrediten el hecho.

Del mismo modo podemos señalar las obras que del santo Obispo nos han llegado hasta nosotros, en las que muestra su manera de entender al hombre, respecto a otros modelos que se proponían en su época. Se conocen dos principalmente: El *Adversus Heresaes* en el que a través de 5 libros da una respuesta al mundo gnóstico de su tiempo, que establecía cuál era el hombre que podía salvarse: el hombre espiritual, que poseía la centella divina, por la que entraba en contacto con Dios. Frente a ello, Ireneo responde en esta obra que el hombre es salvado, desde el Verbo encarnado. El Hijo de Dios toma un cuerpo humano, y la carne de Cristo se convierte en lugar de salvación para el hombre. Una segunda obra de Ireneo a la que podemos acceder es la *Demostración de la predicación apostólica*: se trata de una instrucción catequética que dirige a su amigo Marciano, para mostrar la verdad de la Escritura⁴.

La biografía en la que como nota dominante aparece la referencia a la unidad, por ser el padre que quiere reconciliar al Oriente con el Occidente, y el padre de la comunión de Dios con el hombre nos facilitar señalar los hitos más fundamentales de su

³ Cf. *Padres Apostólicos. "Carta de Ignacio a Policarpo"*, Juan José Ayán (ed).. Madrid: Ciudad Nueva, 2000, 284-287.

⁴ Cf. *Demostración de la predicación Apostólica de Ireneo de Lyon*, Juan José Ayán et. al (eds) Madrid: Ciudad Nueva, 2001.

teología, en concreto de su antropología, que desde esta categoría de la comunión van formando el entramado que, como legado, este padre de la Iglesia nos ha dejado. Así utilizaremos el mismo estilo del autor, que, con un lenguaje repetitivo, nos va introduciendo en el misterio del hombre y de Dios.

1.2. La comunión de Dios con el hombre en Ireneo de Lyon

Ireneo es declarado doctor de la unidad, de la comunión del hombre con Dios, con la creación (la creación está al servicio del hombre, el cual la ha de cuidar como obra de Dios) y con su semejante. Por ello vamos a desarrollar su modelo antropológico para que nos ayude a entender mejor como Dios crea al hombre para que viva en comunión con él. Ireneo nos introduce en este misterio creatural de la *dobles creación* del hombre según el Génesis (Gn 1, 26 y Gn 2, 7), que señala al hombre creado a imagen y semejanza de Dios, del barro de la tierra, a la que insufla el alma o *soplo de vida*, dándole su mismo Espíritu, siendo el cuerpo del hombre, también, imagen y semejanza de Dios⁵. «En la comunión del barro con el Espíritu sintetizó Dios la historia de la Salud que consiste en deificar la carne extendiendo a todos los hombres la “cualidad del Espíritu” en el Cristo total»⁶.

Así pues, vamos a ir desmembrando los distintos matices de la creación del hombre que desde la comunión configuran el pensamiento de Ireneo, y que desarrollo en los siguientes apartados.

1.2.1. El hombre a imagen y semejanza de Dios

Dios *crea* al hombre⁷, y lo *forma* del barro de la tierra con sus dos manos, el Verbo, el Hijo, y el Espíritu o la Sofía (La Sabiduría). Por ello el hombre es creado por sus dos manos a *imagen y semejanza* de Dios. Pero no solo el hombre como tal, sino que Ireneo da un paso más, al hablarnos de la creación del cuerpo humano. El Padre da

⁵ «San Ireneo identifica ambas creaciones. Uno mismo es el hombre ‘hecho’ y el ‘plasmado’. Intercambiando términos, el hombre fue ‘modelado’ a imagen y semejanza. San Ireneo, que rechaza la distinción entre el hombre ‘hecho’ de Gen 1, 26 y el ‘plasmado’ de Gen 2, 7 y enseña la unidad entre ambos, igual que la unidad de ambas formaciones, distingue muy bien los dos aspectos —*hecho y plasmado*— en el hombre. Y es probablemente quien más hondo penetró en su teología». Orbe. *Antropología*, 20-21.

⁶ Orbe. “El hombre ideal en la Teología de San Ireneo”, 477.

⁷ «Dios es perfecto porque es increado y, correlativamente, toda criatura en cuanto que es creada es imperfecta». Jackes Fantino. “El hombre verdadero según Ireneo”. *Estudios trinitarios* 23 (1980): 6.

consistencia a la materia⁸. El Hijo la configura y el Espíritu la viste de semejanza⁹. «Dibujó en la *carne* modelada su propia forma»¹⁰. La carne —σάρξ— del hombre es a imagen de Dios, en vistas a la carne del Verbo encarnado. Y este privilegio del hombre sobre el mundo creado consiste en que solo él es creado a imagen de Dios. Y por ello «hubo de serlo únicamente por el Verbo y por el Espíritu Santo»¹¹, dejando de lado la intervención de los ángeles¹². De la misma manera el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios y una manifestación singular de esta plasmación a imagen y semejanza de Dios, la encontramos en *Jesús*. Él es imagen porque el Verbo está desde siempre unido al Padre, siendo semejanza de modo pleno en la resurrección, donde se manifiesta su «ser de Dios»¹³. Del mismo modo la concepción del hombre por parte de Ireneo tiene su raíz en el judaísmo y «los eclesiásticos no tuvieron reparo en apropiarse buena parte de tales tradiciones»¹⁴, poniendo en entredicho el desarrollo gnóstico y valentiniano. La tradición judía tomando el texto de la Escritura considera que Dios crea el cuerpo de Adán tomándolo de la tierra, al que Dios modela, dándole su Espíritu. Para los gnósticos, el hombre de cuerpo y alma no puede llegar a salvarse. Solo el hombre espiritual que ha recibido la chispa divina puede entrar en contacto con lo divino, y salvarse. Ireneo responde a los gnósticos desde la curación del ciego de nacimiento, al que Jesús unta barro de la tierra y lo recrea de la misma manera que Dios crea al hombre tomándolo del barro, del polvo de la tierra. «No hubo en el polvo de que el Salvador hizo barro para sanar al ciego de nacimiento, propiedad que no hubiera en el que sirvió a las manos divinas para modelar el cuerpo de Adán»¹⁵. Para Ireneo frente a los gnósticos que niegan la Encarnación, el hombre en su cuerpo, es salvado por la carne, por el cuerpo del Verbo encarnado. (Volveremos a este relato, que para Ireneo tiene una especial relevancia). Así la *sarx* del hombre es la que viene a ser configurada por el Espíritu, a imagen del Verbo encarnado, lo mismo que este Espíritu configuró la carne

⁸ «Únicamente en el cuerpo humano actúan en plenitud y “ad aequalitatem” el Verbo, como imagen de Dios, y la Sabiduría, (=E. S), como semejanza del Padre. Sólo en el plasma modelado por ambas personas divinas, imprimen éstas su propia forma de manera perfecta». Orbe. *Antropología*. 43.

⁹ Cf. Ibid. 43. «Dios imprime en el barro su imagen o forma personal, haciendo de él una imagen plástica del Verbo de Dios; y asimismo su similitud personal, dotando al organismo, del Espíritu Santo (o dinamismo espiritual) de Dios». Antonio Orbe. *Espiritualidad de San Ireneo*. Madrid: BAC, 2015, 16. «Al imprimir Dios en el cuerpo humano su propia imagen, hace de él una imagen plástica del Verbo. El cuerpo (humano) es incapaz de otra». Ibid.

¹⁰ Ibid.

¹¹ Orbe. *Antropología*, 40.

¹² Cf. Ibid. 41.

¹³ Ibid.

¹⁴ Ibid. 50.

¹⁵ Ibid. 54.

del Hijo, y le dio un cuerpo. Por eso el modelo para formar al hombre, es el Verbo encarnado. Así somos introducidos en el misterio de la *formación del cuerpo*, el cual es formado de la tierra virgen para que sea esa tierra dócil por la acción del Espíritu Santo:

Era tierra árida y virgen, sobre la cual no había llovido. Lo que hubiera hecho la lluvia convirtiéndose en lodo, hizo Dios infundiéndole la potencia suya —la ‘superior lluvia voluntaria’ del Espíritu — para convertirla en limo, materia blanda, dócil a sus manos¹⁶.

De la misma manera que el cuerpo del hombre es modelado por Dios, el corazón humano también es moldeado por él, para que puesto en sus manos sea un corazón blando y dócil, como el suyo¹⁷. El corazón del hombre en el corazón del Verbo encarnado, podrá ser como es el Hijo. Un corazón humilde y misericordioso, que nos muestra de modo pleno, el corazón de Dios.

Por eso el corazón humano es modelado por Dios, para que sea como el suyo. Y el cuerpo participa del ser imagen y semejanza de Dios, hecho de sus manos, y llamado a entrar en la comunión con Dios. La carne del hombre pueda participar de la vida divina, porque lleva en sí la imagen del Creador. El hombre que es hijo lo es también en su cuerpo. Así a pesar de que el hombre por el pecado, rompe la comunión con Dios, en su cuerpo es redimido. La ruptura de la comunión con Dios tiene como consecuencia la muerte del hombre en su cuerpo. Pero el misterio pascual del Hijo devolverá al hombre la comunión con Dios:

Dios asume libremente al hombre (representación vicaria), para que el hombre por pura gracia e iniciativa de Dios pueda llegar libremente a gozar escatológicamente de su vocación primigenia: la comunión de vida con Dios, a ser hijos en el Hijo (cf. Rm 8,15s; Gal 4,4; Ef 1,5)¹⁸.

De la misma forma en la resurrección, el Verbo encarnado puede restaurar ese ser hijo, ese asemejarse del hombre con Dios que él había perdido. De este modo la carne gloriosa del Hijo es el modelo en el que el hombre, en su cuerpo, puede llegar a ser hijo en plenitud. La resurrección de la carne será en la plenitud de los tiempos, la

¹⁶ Ibid. 59.

¹⁷ Cf. Antonio Orbe. “Deus facit. Homo fit. Un axioma de San Ireneo”. *Gregorianum* 69, 4 (1988): 649-650.

¹⁸ Raúl Orozco Ruano. “La humanidad de Cristo como fundamento teológico de la sacramentalidad”. *Revista española de Teología* 78 (2018): 77.

consumación del hombre, que en su cuerpo había pecado. El cuerpo del hombre es imagen del Verbo encarnado, que en su resurrección le llama a una vida nueva. El cuerpo glorioso del Hijo de Dios, es el patrón en cual el hombre se mira, para vivir como hijo en plenitud¹⁹.

Por lo que Ireneo afirma que en ese ser imagen y semejanza de Dios colaboran, el *Hijo* que da forma a la parte visible del hombre y el *Espíritu*, que anima aquello que es invisible en el ser humano. Así cada uno de las personas tiene su papel propio en la creación del hombre. El Verbo le da forma y firmeza y le imprime la forma humana. Y el Espíritu tiene la función de otorgarle el dinamismo divino²⁰. Por la acción del *Padre*, Adán recibe ese hálito de vida, o aliento de vida, que es el alma. Así el cuerpo, da forma al alma y al espíritu, aquello que según el Hijo fue modelado²¹:

Adán es, pues, en el punto de partida un esbozo de la imagen perfecta que debe llegar a ser dejándose modelar por el Hijo gracias a la presencia del Espíritu que le hace maleable²².

Del mismo modo en Adán, para que el Hijo de Dios se haga hombre, es necesario que el barro humano de Jesús se una personalmente con el Verbo de Dios²³. Y «la salvación de la carne exige que la carne del Señor sea la misma que la de Adán, la misma que la nuestra [...] La carne del Señor es, como la de Adán, una carne tomada de la tierra»²⁴. Por ello la creación y la salvación son dos misterios que se reclaman y obedecen al plan de Dios sobre el hombre que crea al hombre para poder salvarlo²⁵.

En este sentido Ireneo considera la curación del *ciego de nacimiento*²⁶ (cf. Jn 9). El relato muestra al único Dios que plasma al hombre, y que lo crea con sus manos. Dios con sus manos, el Hijo y el Espíritu, toma barro de la tierra y esculpe al hombre dándole vida, y en el ciego de nacimiento el Hijo de Dios escupe en la tierra y hace de la saliva lodo para ponerlo en sus ojos y darle vida. Así es el Verbo quien plasma al hombre, y quien va en su busca cuando este se pierde. Por lo cual lo que hace el Verbo

¹⁹ Cf. Orbe. *Espiritualidad*, 26-30.

²⁰ Cf. *Ibid.* 63-64.

²¹ Cf. *Ibid.* 67.

²² Fantino. “El hombre verdadero según Ireneo”, 6.

²³ Cf. Orbe. *Antropología*, 86.

²⁴ José Manuel Arróniz. “La salvación de la carne en S. Ireneo”. *Scriptorium Victoriense* 12 (1965): 28.

²⁵ Cf. Juan José Ayán. “La creación de Cristo (aproximación al pensamiento de San Ireneo de Lyon)”. *Cuadernos Isidorianum* 4.3 (2006): 53.

²⁶ Cf. Orbe. *Antropología*, 81-84.

corresponde a la voluntad del Padre, formando al hombre, que se adapta a la vida divina mediante la acción de las tres personas. «La *plasis* del cuerpo habrá terminado cuando el hombre adquiriera, según la carne, la forma de Dios, interna (con el Espíritu) y externa (con la claridad del Verbo), cerrando así las etapas de la economía de la salvación»²⁷:

Existe una correspondencia armónica entre la figura del hombre plasmado “por las manos de Dios” y las perfecciones espirituales y dinámicas del Verbo en cuanto invisible. Pues el Verbo es Creador, pero también Hijo y Salvador. Y por ello convenía que Adán fuera configurado de tal suerte que pudiera responder a la entera realidad del Verbo en sí, que pudiera ser objeto no solo de la actividad demiúrgica del Logos, sino también de la eficacia espiritual del Salvador hasta alcanzar la athanasía divina y llegar a participar de la filiación del Hijo²⁸.

Por ello alude a cómo el ser imagen y semejanza de Dios, por parte del hombre, se da en su cuerpo y en su espíritu. Pero para Ireneo el Verbo configura el cuerpo de Adán teniendo como horizonte el suyo propio. «El Verbo configura el cuerpo de Adán con miras al suyo futuro [...] En el cuerpo del Verbo se manifestó, pues, la semejanza divina misteriosamente oculta en el plasma de Adán»²⁹, es decir, Dios crea a Adán en vistas al *Cristo glorioso*, a su carne glorificada. Por lo cual la imagen del hombre, es el Hijo, que es la imagen de Dios. Así en la Encarnación del Hijo se reveló el misterio del hombre como imagen y semejanza de Dios. «En efecto el Hijo de Dios necesitó encarnarse para poner de manifiesto que el hombre era imagen suya, que era semejante a sí mismo»³⁰. A su imagen se configura el primer hombre, y se hace visible su naturaleza humana, a su semejanza se restituye la semejanza divina que, Adán había perdido, al Padre que es invisible por el Verbo que es visible³¹. Esta imagen y semejanza es alcanzada plenamente en la resurrección del Hijo «donde la carne gloriosa de Jesús es imagen perfecta de Dios y paradigma del hombre. *Imagen*, por unidad con el Verbo, imagen del Padre. *Perfecta*, por sellada físicamente (resp. cualitativamente) con

²⁷ Ibid. 84

²⁸ José Manuel Arróniz. “El hombre a imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 26) en S. Ireneo”. *Scriptorium Victoriense* 12 (1965): 284.

²⁹ Orbe. *Antropología*, 99.

³⁰ Arróniz. “El hombre a imagen y semejanza de Dios”, 281.

³¹ Cf. Orbe. *Antropología*, 101. «El ejemplar del hombre terreno (de Gen 1,26 y 2,7) es el hombre/Dios, cuerpo de sustancia terrena y de cualidades divinas (el “*corpus gloriae*” del Hijo), hecho visible en la plenitud de los tiempos. Y se realiza en los hijos de Adán en la consumación final, cuando el Salvador Jesús “transfigurará el cuerpo nuestro de bajeza, conformándolo al cuerpo suyo de gloria” (Flp 3,21)». Orbe. *Espiritualidad*, 18.

el Espíritu del Hijo, dotada de la forma (interna) del Padre; vestida con la Claridad (divina) que *ab aeterno* posee el Hijo en cuanto Dios»³². Por ello, «la transfiguración del hombre tendrá por modelo y medida el cuerpo de gloria del Señor»³³. Por lo que El Hijo glorioso es la imagen perfecta del Padre unido al Verbo en el Espíritu. Pero esta imagen del Hijo fue asemejándose al Padre hasta recibir el don del Espíritu en plenitud en la resurrección.

De este modo una vez que hemos desarrollado que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, en el Hijo; paso a exponer con detalle la categoría de semejanza, en la que el hombre crecerá en la comunión con Dios, en el Espíritu, hasta llegar a ser hecho hijo de Dios en plenitud.

1.2.2. La semejanza

Para Ireneo la categoría de *semejanza*, nos introduce en el misterio del hombre creado a imagen a Dios, para asemejarse a Él hasta tener su misma perfección:

Al hombre empero lo plasmó [Dios] con sus propias Manos, tomando el polvo que es el más puro y más fino de la tierra y mezclando una medida justa de su virtud con la tierra. Así, revistió aquel plasma con sus propios rasgos, de modo que aún en lo visible fuera de forma divina. Después de haber sido plasmado a imagen de Dios, el hombre fue puesto sobre la tierra. Así pues, a fin de que pudiera vivir, «soplo su rostro un hálito de vital», de manera que tanto en el soplo como en el plasma el hombre fuera semejante a Dios. Fue creado libre y señor de sí para dominar sobre todos los seres de la tierra³⁴.

En la misma línea se considera que si la imagen de Dios es una categoría estática y el hombre no la puede perder porque es un don de Dios, la semejanza implica un crecimiento del hombre para hacerse como Él. Y a medida que el hombre se abre a recibir el Espíritu crece en ese “ser como Dios”. La semejanza implica un proceso en el que el hombre se hace más capaz de recibir la gracia, el don de Dios, el Espíritu:

³² Orbe. *Antropología*, 102.

³³ Ibid 104. «En definitiva, el paradigma según el cual fue el hombre formado en Gen 2, 7 no es simplemente el Verbo encarnado, ni siquiera la carne o la humanidad del Verbo, sino la carne glorificada del Verbo, la humanidad gloriosa de Jesús». Ibid.

³⁴. *Demostración Apostólica de Ireneo de Lyon (Epidixis)*, 11.

La semejanza —bajo la forma dinámica ‘in fieri’ [...] — enuncia un solo destino que cumplir, la adecuación entre el hombre y Dios en una línea solo determinable por la economía positiva del Creador. Si la medida de la semejanza última no tiene otro límite que la propia personal de Dios, el Hijo, el hombre fue destinado a asimilar —en su humilde naturaleza — la forma misma personal de Dios como la Escritura lo señala, límite en el onoiosis de Dios, es de presumir que en los designios creadores entraba el erigir al hombre hasta las alturas del Verbo [...] Siendo ambos términos ‘imagen y semejanza’, en la actual economía complementarios, cabe implícitamente corregir el lado estático de la imagen con el dinamismo de su principio de semejanza. El contexto determina en cada caso la nota predominante³⁵.

Acabamos de descubrir una distinción fundamental, bastante para orientarnos hacia lo específico; la imagen (εἰκόνα) en sí estática, requiere un elemento dinámico —la semejanza (ομοιότητα) — para lograr la medida divina a la cual tiende el hombre³⁶.

Por lo cual es el Espíritu el que mora en el hombre y habita en él como en un templo (Cf. 1 Cor 3, 16). El hombre se convierte en receptáculo que recibe la vida divina que le mueve a una existencia nueva desde la confianza y el amor. Así el hombre puede asemejarse a Dios y configurarse con el hombre. Por eso la semejanza implica un acostumbrarse de Dios al hombre, y de este a Dios, por el cual va creciendo para ir tomando la forma de Dios³⁷.

Por otra parte, Ireneo toma como modelo del hombre el esquema tripartito de Pablo. Así señala la unidad del *espíritu*, *el alma* y *el cuerpo* (cf. 1 Tes 5, 23):

Caso, empero, de faltarle el espíritu al alma, el sujeto es en toda verdad animal, y abandonado a merced de la carne será imperfecto, como quien posee en el plasma la imagen, mas no da cabida mediante el Espíritu a la semejanza. Igual que es imperfecto éste, así quien elimina, a su vez, la imagen y menosprecia el plasma, tampoco es capaz de entender al hombre, sino o una parte de él —como arriba dijimos — u otra ajena al hombre. Ni el plasma de carne, por sí solo, es efectivamente hombre cabal, sino cuerpo de hombre y parte del hombre; ni el espíritu es hombre, y por eso se llama espíritu y no hombre. La mezcla y comunión de todos ellos hace al hombre perfecto. De ahí que el Apóstol, como quien hace su propia exégesis, declaró al hombre perfecto y espiritual, llamado a la salud, con las palabras de la primera epístola a los de Tesalónica (1Tes

³⁵ Orbe. *Antropología*, 127.

³⁶ *Ibid.* 129.

³⁷ Cf. Namikawa. 191-192.

5,23): *Que el Dios de la paz os santifique íntegros; y todo entero vuestro espíritu y alma y cuerpo se conserve sin queja en el advenimiento del Señor Jesucristo. ¿A qué venía suplicar en favor de estos tres —alma y cuerpo y espíritu — íntegra y perfecta perseverancia en el adviento del Señor, si no pensaba en la restitución y comunión de los tres, y en una sola y misma salud para ellos? Por eso también llama íntegros a quienes presentan todos tres irreprochables al Señor. Son, por consiguiente, perfectos los que mantienen constante en su interior el espíritu de Dios y conservan irreprochables las almas y los cuerpos. En otros términos, los que guardan la fe con Dios y custodian la justicia con el prójimo*³⁸.

El alma ha de asemejarse a Dios. Pero es el espíritu quien lo hace posible. Y este espíritu eleva al cuerpo para que se pueda asemejar a Dios³⁹. «El cuerpo, en sí corruptible, es capaz de asemejarse al Espíritu de Dios [...] El cuerpo es capaz porque libremente, mediante la libertad del alma, se somete a las mociones del espíritu»⁴⁰. «El hombre no puede ser simultáneamente “a imagen y semejanza de Dios” si no es por el alma»⁴¹. «El alma continúa viviendo de la vida que ha recibido de Dios [...] El alma no es inmortal por su naturaleza, sino porque Dios le concede durar en la existencia»⁴². Así

Ireneo vendría a distinguir tres cosas: el elemento ‘asemejante’, el Espíritu de Dios. El elemento ‘asemejado’, el cuerpo o plasma. El órgano por cuyo el Espíritu de Dios ‘asemeja’, el alma⁴³.

Por eso si la semejanza se da en el cuerpo y en el espíritu, este hace posible que el hombre formado de cuerpo llegue a ser semejante a Dios. Y en ese hombre se muestra la libertad, y la racionalidad propia del mismo⁴⁴:

³⁸ AH V, 6, 1.

³⁹ Cf. Orbe. *Antropología*, 129-130. «El hombre, en tanto, que compuesto de un cuerpo y de un alma no es perfecto; debe estar habitado por el Espíritu Santo que le comunica la vida de Dios». Fantino. “El hombre verdadero según Ireneo”, 5.

⁴⁰ Orbe. *Antropología*, 130.

⁴¹ Arróniz. “El hombre a imagen y semejanza de Dios”, 288.

⁴² Fantino. “El hombre verdadero según Ireneo”, 13. «Aunque el alma vivifica al cuerpo, el cuerpo configura el alma según la forma que le imprimió el Verbo, de la misma manera que antes había configurado a la potencia divina mezclada con la tierra». Ayán. “La creación de Cristo”, 43.

⁴³ Orbe. *Antropología*, 131.

⁴⁴ «La similitud es la meta de la asimilación. El hombre a semejanza no llegó aún a la inmortalidad de Dios. Tiende a ella incrementando el germen de la incorrupción inherente al sople de vida. Entre la gracia inicial, arras del Espíritu, y la consumación en la medida del Cristo glorioso, hay una trayectoria tan infinita como la que separa el cuerpo material del Espíritu mismo de Dios. Abismo infranqueable a no intervenir entre la carne y el Espíritu el propio germen de Dios. No fuimos creados dioses desde el principio, sino primero hombres, luego al fin dioses’ (IV 38, 4)». Ibid. 124. «En Ireneo la cosa cambia.

Ireneo no ve definido al hombre exclusivamente dentro de los límites de la racionalidad-libertad, sino que en la libertad ve la capacidad que el hombre tiene para realizarse siguiendo libremente al Espíritu y llegar a ser lo que en realidad está llamado a ser: cuerpo-alma-espíritu⁴⁵.

Así «enuncia el destino humano: más allá de la especie humana, ha de superar [el hombre] la propia natura, para asemejarse —en su dinamismo — a Dios»⁴⁶. Por lo cual:

La diferencia entre la medida perfecta de la semejanza de Cristo con el Padre, y la nuestra (resp. de la Iglesia) con Cristo y mediante Cristo también con el Padre, está en que: a) Cristo tiene el Espíritu en su carne, con plenitud individual, b) nosotros, con plenitud social por comunión con el organismo (=en la Iglesia) con Él⁴⁷.

La semejanza de Cristo se da en el Padre, y la semejanza de Dios con el hombre se da en Cristo, mediante la Iglesia. Pero es Dios quien puede asemejar al hombre con Él. Por lo cual podemos decir que es Dios quien hace al hombre y este es hecho por Dios. O con distintas palabras lo propio de Dios es *hacer* y lo propio del hombre es *dejarse hacer* (AH, IV 11, 2)⁴⁸:

Dios hace, el hombre es hecho. En la cual van otras implícitas: Dios hace bien (=beneficia), *el hombre es hecho bien* (=recibe su beneficio). Nunca Dios cesa de hacer el bien y enriquecer al hombre, nunca el hombre cesa de recibir sus beneficios y riquezas. No solamente es que Dios dé y el hombre reciba; sino que Dios solo da sin recibir del hombre; y el hombre solo recibe, sin dar a Dios⁴⁹.

Una es la sustancia del hombre y otra la de Dios. La naturaleza de Adán persevera siempre diversa de la de Dios. Pero, en virtud de la sustancia progresiva con la sustancia de Dios, acabará por adquirir las propiedades congénitas a la natura del Padre [...] La semejanza del hombre con Dios no puede borrar la distancia *física* de sus naturalezas —la una material y creada, la otra espiritual e increada —; pero si la *cualitativa*; olvidado de sus propiedades (materiales) congénitas, adoptara el hombre para siempre la forma de Dios, hecho incorruptible e inmortal como El». Ibid. 125.

⁴⁵ Arróniz. “El hombre a imagen y semejanza de Dios”, 277.

⁴⁶ Orbe. *Espiritualidad*, 21.

⁴⁷ Ibid. 144. «El hombre perfecto (τέλειος άνθρωπος), a quien reflejaba Adán, era la carne de Cristo hecha a la imagen del Padre, como carne del Verbo, y semejanza de Dios, como vestida del Espíritu Santo». Orbe. *Antropología*, 147. «El hombre llega, en definitiva, al nivel de la imagen y semejanza personales de Dios, a la altura personal del Verbo y a la física (cualitativa) del Espíritu Santo, cuando —con la forma que reviste en la resurrección — adquiere en su carne la dos perfecciones, personal y física del doble Paradigma para el cual fue destinado por el Padre desde la creación». Ibid. 148.

⁴⁸ Voy a citar en todo el documento el Adversus Heresaes como AH, libro, capítulo y versículo.

⁴⁹ Orbe. “Deus facit. Homo fit. Un axioma de San Ireneo”, 640.

De esta forma el hombre que se deja hacer por Dios, puede acoger el don que se le regala, sabiendo que la iniciativa es de Dios, y que es una obra que el Espíritu quiere realizar en él:

Ya que eres, pues, «obra de Dios», más aún, si eres consciente de ser, en tu historia la «obra de Dios» por excelencia; y tú, por tu parte, eres incapaz de iniciativa, déjate hacer; aguarda la Mano o Manos de Dios, y déjate libremente trabajar. Acoge dócil en tu carne la tarea del Espíritu⁵⁰.

Del mismo modo el cuerpo del hombre, creado a imagen del Verbo encarnado, puede hacerse como Dios, en un proceso que culminará en la resurrección de la carne, en el cuerpo glorioso. De esta forma el Espíritu que transfiguró el cuerpo del Hijo glorificará el cuerpo del hombre a semejanza del cuerpo glorioso del Verbo. Y el hombre a imagen y semejanza de Dios, será hecho Dios, divino⁵¹. Así el Hijo recibe el Espíritu en su carne, en el Bautismo, para confirmarlo como Hijo:

El Espíritu Santo *comenzó* a santificar su carne a raíz del Bautismo [...] Convenía que el Espíritu se habituara a la humanidad de Jesús, esto es, que entre el Jordán y la Resurrección de Jesús, fuera asimilado a su propia cualidad —a la forma *Dei*— la carne del Salvador⁵².

Y se realiza de manera plena en la Resurrección, donde en un progreso en la recepción del Espíritu, el Hijo es cada vez más capacitado:

Fue preciso que el Padre sellara de modo especial, con el mismo Espíritu, la carne redivida de Jesús, consumando con él la humanidad del Hijo, y haciéndola manantial del Pneuma para la Iglesia [...] Tal es la última y definitiva fase de la humanidad de Jesús, en la cual pasa a ser «hombre perfecto» por la deificación de su carne. El cuerpo de Jesús hasta entonces material, animal y corruptible, revistió la claridad del Espíritu de Dios⁵³.

⁵⁰ Ibid. 648.

⁵¹ Cf. Orbe. *Espiritualidad*, 128-131. 134. «La carne en lo espiritual es “santificada”, “glorificada”, lo mortal es absorbido por la inmortalidad». José Manuel Arróniz. “La inmortalidad como deificación del hombre en S. Ireneo”. *Scriptorium Victoriense* 8 (1961): 275.

⁵² Orbe. *Antropología*, 462.

⁵³ Orbe. “El hombre ideal”, 462- 463.

Este Espíritu desciende también al hombre, para acostumbrarse a él. Y si el Espíritu toma posesión de Jesús, lo hace de modo personal con nosotros en el bautismo. Por lo cual el Espíritu se derrama sobre toda carne para poder transformarla⁵⁴. Así el Espíritu es soplo de vida que viene a derramarse en la carne del Hijo, en la carne del hombre, para llegar a divinizarlo⁵⁵. En este sentido podemos añadir que «el Padre modeló al hombre a imagen de su Hijo; y el Espíritu (dado por el Hijo), lo modela a semejanza del Padre»⁵⁶. También el Espíritu es principio de vida para el hombre. Este es criatura y él es Creador. Por eso la vida del hombre consiste en acercarse a Dios⁵⁷. Por eso el signo de la vida plena del hombre es Cristo glorioso y resucitado⁵⁸. La Resurrección del Hijo es el fin del hombre, creado a imagen y semejanza. Y desde ella podemos entrar en la Ascensión del Verbo encarnado: «el hombre unido al Verbo resucitado asciende por encima de los ángeles y llega a ser “imagen y semejanza de Dios”»⁵⁹.

Partiendo de la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios, podemos señalar que Adán, como primer hombre, fue creado a imagen y semejanza en Dios, teniendo a Cristo glorioso como modelo. Por ello se hace necesario considerar el nexo entre ambos.

1.2.3. Adán y Cristo

La teología de Ireneo se mueve entre *Adán y Cristo*⁶⁰ como el primer Adán y el nuevo Adán (cf. Rm 5, 12-19). Y así podemos encontrar distintos puntos de vista para comprender esta relación. En primer lugar podemos señalar que Adán y Cristo, pertenecen a la especie humana. Por ello están compuestos de cuerpo y alma. Tanto El Hijo como Adán tienen cuerpo y alma racional. En segundo lugar como hombres tienen una historia humana. En tercer lugar desde la tradición paulina, Adán es el hombre terreno que como criatura es creado con vistas a Cristo, el hombre celestial. De este

⁵⁴ Cf. Orbe. *Antropología*, 62-63.

⁵⁵ Cf. *Ibid.* 67.

⁵⁶ *Ibid.* 68.

⁵⁷ Cf. *Ibid.* 71.

⁵⁸ Cf. *Ibid.* 73.

⁵⁹ Arróniz. “El hombre a imagen y semejanza de Dios”, 294.

⁶⁰ «El hombre por él definido pasa insensiblemente de Gen 1, 26s a Gen 2, 7; del personaje bíblico Adán al género humano es su existencia anterior a Cristo, o en su vida total sobre la tierra rumbo a la unidad escatológica (Cristo-Ecclesia); del tipo ideal Jesús al hombre individual perfecto; del Hombre-Dios al hombre-dios». Orbe. *Antropología*, 28.

modo, Adán es creado desde Cristo, y es la imagen que ha de reflejar. El hombre terrenal, Adán lleva en si la imagen celestial, Cristo (Cf. 1 Cor 15, 45-49)⁶¹:

Importa la comunión natural del hombre con el Verbo en las propiedades divinas: dos naturalezas o sustancias unidas en crisis, con unas mismas cualidades divinas. En vez del soplo de vida, origen del hombre animal, aparece el Espíritu o forma de vida comunicada a raíz de la resurrección a la sustancia humana, en Jesús, como en ejemplar del hombre espiritual⁶².

Así podemos considerar desde lo señalado algunos puntos en los que resalta la meta de la salvación. En primer lugar distinguiremos dos términos que se esclarecen en Ireneo para referirse a la salvación: *salvare* (σώζω) con el sustantivo correspondiente, y el término perfección (τελειότητα)⁶³. Por ello es en este marco en el que podemos hablar de cómo el género humano tiende a Cristo, ya desde Adán, el cual es hecho mortal, para que pueda ser espiritualizado⁶⁴. Por lo cual «Dios crea a Adán... para tener en quien colocar sus beneficios»⁶⁵. Así Ireneo considera a la luz de Pablo que «la carne y la sangre pueden ser salvadas en cuanto tales»⁶⁶. Y la salvación, «la Salud, denota preferentemente en Ireneo, la meta de la creación, sin expresa referencia a una situación de pecado y condenación»⁶⁷. Por ello si Ireneo nos ofrece una mirada *cristológica*, en la relación de Adán con el Hijo. Reconoce que Adán tiende a Cristo como meta de la perfección, y en él es salvado. También considera una mirada *antropológica* desde la resurrección de la carne, y una mirada *eclesial* en la que el Hijo une a los hermanos al Padre en el mismo Espíritu. Revestidos de la imagen y semejanza de Dios, para entrar en la eternidad, en el tiempo del Señor desde la imagen que es el Hijo y la semejanza que es el Espíritu en el cumplimiento del Cristo total al final de los tiempos⁶⁸.

Por tanto si Cristo fue el modelo en quién fue hecho el hombre, y en él todos los hombres participan de esta creación a imagen de Dios en el Hijo. Adán nos ayuda a comprender el misterio de la unión del hombre con Dios, que quiere entrar en relación con él.

⁶¹ Cf. Ibid. 28-29.

⁶² Ibid. 30.

⁶³ Cf. José Ignacio González Faus. *Carne de Dios. Significado Salvador de la Encarnación en la Teología de Ireneo*. Barcelona: Herder, 1969, 16.

⁶⁴ Cf. Ibid. 18.

⁶⁵ Ibid. 19.

⁶⁶ Ibid. 20.

⁶⁷ Ibid. 24.

⁶⁸ Cf Orbe. *Antropología*, 31.

1.2.4. La comunión del hombre con Dios

El hombre es creado por Dios para que viva en comunión con él. Dios quiere que el hombre se una a él. Y lo crea por amor para que pueda estar junto a él. Dios ama al hombre y quiere que participe de su misma vida y de su mismo destino, compartiendo con él su existencia. Dios y el hombre pueden vivir en comunión, porque Dios toma al hombre y le hace participar de sus mismos sentimientos y deseos. Hace posible que el hombre comparta con Él aquello que solo es propio de Dios. Ireneo entiende la comunión desde el querer de Dios que quiere unirse con el hombre, para salvarlo. La salvación es entendida como comunión entre Dios y el hombre⁶⁹. Por ello el Verbo se hace hombre por amor al hombre. Y «Dios se ha hecho hombre para unir *los hombres* con Dios»⁷⁰. El Hijo de Dios quiere unir a todo hombre con Dios, porque quiere que experimente la salvación. Por lo cual la salvación del hombre trae consigo la comunión con Dios. En este sentido el Hijo encarnado haciéndose hombre nos une a Dios, para que podamos gozar de la vida divina. Pero esta comunión se da en el Espíritu, ya que solo él hace al hombre participe del don de Dios. Es el que opera en nosotros la comunión con Dios. Así el Espíritu hace posible que el hombre viva junto a Dios y pueda ser auxiliado. «La salvación puede definirse como una posesión del Espíritu (tanto en Cristo como en nosotros)»⁷¹. Por ello esta salvación que se nos da en Cristo por el Espíritu viene a tomar posesión del cuerpo, en la carne de Cristo. Así el Verbo encarnado es principio de exteriorización en la economía de la salvación, ya que sólo él se encarnó; el Espíritu Santo es principio de interiorización en la carne del Hijo⁷². Por ello «el Padre crea “per Verbum”. El Verbo salva “per Spiritum”. El Hombre salvado adquiere una nueva relación con al Padre (filiación)»⁷³.

Por tanto, Dios anticipa su acogida al hombre. Dios ofrece al hombre su comunión y quiere que viva con él. Por eso le acoge. Le da su vida y se ofrece a él. La acogida de Dios por el hombre es incondicional, y le quiere tal y como es. Acoger es darse, amar, entregarse, abrazar, escuchar, consolar. Dios viene a hacerse uno con el otro. Dios se da al hombre para amarlo. Se entrega y por eso lo abraza. Lo escucha y así

⁶⁹ Cf. Ibid. 25.

⁷⁰ Ibid. 26.

⁷¹ Faus. 59.

⁷² Cf. Ibid. 60-61.

⁷³ Ibid. 61.

el hombre queda consolado. En la comunión Dios se abaja al hombre y viene a habitar en él. Lo más grande se hace pequeño y va a morar en lo más humilde. Por eso Dios puede cargar al hombre: el más grande lleva al más pequeño. Y también viene a poseer al hombre, porque el hombre es creación suya, y lo toma para hacerlo suyo⁷⁴. En esta línea Dios encuentra su descanso en el corazón del hombre. Él lo ha creado y por eso quiere recostarse en él. Dios quiere vivir con el hombre un encuentro en la comunión, por la que Dios se entrega al hombre, este se siente acogido por él y puede darse de nuevo a Dios. Dios quiere que el hombre viva desde la relación que lo hace ser personal con el que se puede comunicar y entrar en diálogo. El hombre puede vivir en esa relación desde su ser filial que ve a Dios como Padre. El Padre quiere que el hombre participe de esa paternidad que hace de él un ser en relación, en el amor. El Padre ama al hombre y solo en el amor puede encontrar la comunión que él necesita. Dios no necesita al hombre. Es el hombre quien necesita a Dios. Pero este por amor ha querido crear al hombre para poder estar con él y relacionarse con él según el modo humano.

Del mismo modo también Ireneo considera la comunión «como participación nuestra, en una característica propia de la divinidad: la incorruptibilidad»⁷⁵. Dios es incorruptible. Es aquel que no muere, sino que vive desde toda la eternidad. Es el origen que da la vida. Dios no conoce la corrupción porque es el que vive. Así, Dios quiere que el hombre se una a él para hacerlo participe de la incorruptibilidad: una vida que no conoce la corrupción de la muerte. Por eso el hombre puede vivir unido a Dios en una existencia que permanece y que no está sometida al poder de lo caduco. Dios vive en comunión con el hombre porque le ha dado su misma vida. Una vida que no termina.

También podemos señalar cómo la comunión reclama el conocimiento de Dios. Si el hombre vive en comunión con Dios es porque Dios le conoce y se hace ver al hombre. El hombre puede ver a Dios porque ha tomado forma humana:

El conocimiento parece jugar un papel decisivo en nuestra comunión con Dios. Y por eso la encarnación es salvífica porque se visibiliza. El antiguo tema de la gnosis salvadora resuena en Ireneo como en San Juan. La alusión a la visibilidad de Dios en este pasaje nos sirve además para precisar que la incapacidad de los hombres («nous n'aurions pu...») mentada por Ireneo, no es ya la que deriva del pecado, sino

⁷⁴ Cf. Namikawa. 198.

⁷⁵ Faus. 27.

simplemente la que deriva de nuestra naturaleza no divina y (consecuentemente) de la trascendencia de Dios⁷⁶.

En este sentido el hombre puede conocer a Dios. Para Ireneo todo conocimiento del verdadero Dios, hasta el conocimiento natural que parte de la creación y no de una posterior revelación, es salvífico. Se verifica ya en el Hijo, y desde la comunión que por amor Dios hace con el hombre:

Comienza por notar el carácter trascendente del conocimiento de Dios: es algo gratuitamente dado por Dios, no corresponde a su naturaleza sino a su amor⁷⁷.

Por lo cual podemos señalar que la comunión con Dios es hecha por Cristo y restituida en él, desde su propia humanidad⁷⁸. Y desde esa humanidad podemos comprender el misterio de nuestra filiación⁷⁹. Por ello la comunión con Dios se realiza en la carne del Hijo⁸⁰. Así «toda la historia de la salvación desde la plasmación del hombre es un progresivo acostumbrar a éste «portare Eius Spiritum et communionem habere cum Deo»⁸¹.

De la misma manera la comunión del hombre con Dios también se realiza en la Eucaristía donde se da una unidad entre la carne y el Espíritu⁸². La Eucaristía es la presencia de la carne de Cristo, que está velada en el pan y el vino. Pero es su cuerpo y su sangre que se dan como alimento al hombre. Es la presencia en la carne transfigurada del Hijo. En ella el hombre se hace uno con Cristo comiendo su misma carne. Por lo cual la comunión siempre viene de Dios a nosotros, para que el hombre se pueda unir con él⁸³ y la criatura se salve al ser incorporada al Verbo⁸⁴:

El pan y el vino son criaturas con las que el Verbo alimenta nuestra carne mortal. El pan y el vino mezclados, al recibir la Palabra de Dios, vienen a ser eucaristía, es decir, carne y sangre de Cristo con las que el Verbo alimenta nuestra carne y sangre. Esto es ya para

⁷⁶ Ibid.

⁷⁷ Ibid. 45.

⁷⁸ Cf. Ibid. 28.

⁷⁹ Cf. Ibid. 30.

⁸⁰ Cf. Ibid. 34.

⁸¹ Ibid. 34.

⁸² Cf. Ibid. 34-35.

⁸³ Cf. Ibid. 37.

⁸⁴ Cf. Ibid. 42.

Ireneo una prueba de que la carne es capaz de recibir la inmortalidad y la incorrupción⁸⁵.

Por ello el cuerpo que es alimentado de la eucaristía, y que luego cae en la tierra, puede recibir la inmortalidad, la resurrección⁸⁶. El hombre que come el cuerpo de Cristo puede recibir el don de una vida que no tiene fin y que tiene como destino final del hombre la resurrección, y desde esta vida que Cristo le ofrece el hombre puede vivir en comunión con Dios. Para ello Dios quiere entrar en relación con él, desde el don de la amistad que ofrece al hombre.

1.2.5. La amistad del hombre con Dios en el Hijo

Dios por su inmensa bondad crea al hombre, varón y mujer⁸⁷, por amor, para que vivan en comunión y relación con él. Dios llama al hombre para que sea su amigo. Así Dios se abaja al hombre porque le ama, para hablar su mismo lenguaje. Pero es importante destacar que Dios se rebaja al hombre. Es el, el que toma la iniciativa. Dios es el Creador y el hombre es criatura, pero el salva la distancia con la criatura. Por ello, podemos señalar:

El hombre se atiene a su condición de criatura y permanece sumiso a Dios y agradecido por los beneficios que de Él recibe, Dios le dará una gloria siempre creciente hasta elevarlo a la perfección en la economía divina⁸⁸.

Toma a la criatura del barro de la tierra y la forma a su imagen y semejanza. De esta manera quien ve al hombre ve en su rostro la imagen de Dios. Así con este hombre Dios quiere relacionarse, habla con él y disfruta con su criatura. La amistad hace que Dios se entregue al hombre, y que este pueda ser feliz escuchando su palabra, y haciendo su voluntad. La amistad implica una relación entre iguales. Pero en este caso es Dios quien se iguala al hombre para que este pueda relacionarse con él, entre en comunión con él y participe de su misma vida. La comunión de Dios con el hombre hace que este tenga una vida plena, en perfecta armonía, para que pueda conocer cómo

⁸⁵ Arróniz, "La salvación de la carne", 21.

⁸⁶ Cf. Ibid.

⁸⁷ Cf. AH IV, 15, 2.

⁸⁸ Arróniz. "La inmortalidad como deificación del hombre", 266.

Dios le ama y le busca. De la misma manera el hombre que entra en comunión con Dios puede usar su mismo lenguaje, conocer sus pensamientos y sus sentimientos más profundos. La amistad verdadera del hombre con Dios se da en la comunión, por la que el hombre puede participar de la vida divina:

El hombre se entrega y se acostumbra confiando en la certeza de aquel que le llevará, le acogerá, aquel a quien seguirá y servirá. Y Dios por su parte se entrega para acostumbrarse al hombre con quien siempre se ha entretenido, para subirlo hacia sí, y bajar todo lo que le haga falta, no por mera condescendencia, sino porque deposita su amor confiado al hombre⁸⁹.

Se trata de una relación de amistad donde podemos conocer el verdadero rostro del otro. Así el hombre lleva en sí el rostro de Dios. Y ¿cuál es este rostro? Para Ireneo cuando Dios crea al hombre lo hace tomando como modelo al Verbo encarnado. La Encarnación del Hijo, es el acontecimiento salvador para el hombre que para Ireneo se hubiera dado aunque no hubiera habido pecado. Por ello para el Santo Obispo cuando el hombre habla con Dios lo hace por medio de su Hijo que se hace su amigo. Es el Hijo quien se relaciona con el hombre, le muestra y le enseña la verdadera voluntad de Dios. Le manifiesta su pensamiento y sus sentimientos de amor por el hombre. En el Verbo encarnado la amistad del hombre con Dios adquiere un sentido pleno (Cf. Jn 15, 15). Pero Dios va preparando al hombre para que en el tiempo oportuno pueda recibir este don de Dios, que se acerca a su vida para que sepa descubrir el destino que el Señor le tiene preparado. Por lo cual el don del Hijo, hace posible que el hombre pueda vivir este don de la amistad que Dios le ofrece. Y desde la situación del pecado de Adán, sea capaz de ser liberado, si acoge el don de Dios, para entrar a esa comunión con Dios, que él le regala⁹⁰.

Esta amistad de Dios con el hombre es gratuita y libre. Dios no tiene necesidad de hacerse amigo del hombre. Si lo hace es de modo libre y gratuito, y por amor. La encarnación es un misterio de libertad, no de necesidad. Es un acontecimiento de donación de Dios al hombre porque le ama, no porque le necesite. El Hijo se ha encarnado por amor, por un querer de Dios, que ama al hombre desde toda la eternidad. La Encarnación es un acontecimiento trinitario porque el cual el Hijo acepta la voluntad

⁸⁹ Namikawa. 351.

⁹⁰ Cf. Fantino. "El hombre verdadero según Ireneo", 22.

del Padre, y se hace hombre por amor al hombre. En este sentido la Encarnación es necesaria para que el hombre alcanzara la plenitud de la salvación.

Pero si hemos dicho que para Ireneo la comunión es amistad con Dios, también podemos considerar que en esta comunión el hombre tiene un proceso de *crecimiento*, que le van conformando de modo más pleno con Dios. En este sentido si el hombre es creado a imagen de Dios, desde el Verbo encarnado, implica que el hombre no es creado desde el principio de modo perfecto, sino que el hombre ha de seguir un camino de seguimiento y progreso hasta llegar a la plenitud del Hijo de Dios. De igual modo si el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios, desde la comunión, cada vez se va asemejando más al Creador. Por ello la comunión es entendida por Ireneo como un progreso en el que el hombre se va perfeccionando para poder participar de la vida divina, en mayor plenitud. «Por su vocación a la comunión con Dios el hombre progresa hacia la participación en la perfección divina»⁹¹. El hombre crece en la entrega y en el amor, desde la relación que Dios ha querido tener con él. Por ello la semejanza del hombre con Dios se da en el progreso de una comunión que hace que el hombre ame y se entregue como Dios, desde una relación que tiene como horizonte una plenitud en la participación de la vida divina, que Dios da al hombre. Por lo cual podemos expresar que:

La gracia del crecimiento que ha recibido de su Creador es también el crecimiento como fruto de la libertad, concebida por Ireneo principalmente como esa capacidad de llegar a ser lo que no se es todavía. Esa gracia mantiene para el hombre la puerta siempre abierta al don de la reconciliación⁹².

Así Ireneo nos señala que el crecimiento del hombre en la unión se da desde la experiencia. Por ello, en la historia de la salvación el hombre se fue aproximando de modo cada vez más pleno a recibir el don de la Encarnación, que en Cristo se le ofrecía. Así desde el pecado de Adán hasta Cristo, el hombre no podía vivir de modo pleno su relación con Dios, y su asemejarse con él necesitaba un recorrido. Pero desde la venida de Cristo el hombre vive en su interior el don divino, que lo capacita para hacerse semejante a él, y por el Espíritu llegar a ser hijo adoptivo de Dios⁹³. De la misma

⁹¹ Namikawa. 353.

⁹² Fantino. "El hombre verdadero según Ireneo", 22.

⁹³ Cf. Ibid. 26.

manera, Dios necesita de la historia del hombre para disponerlo a ser invadido por el Espíritu, desde la imperfección de la carne⁹⁴.

En esta forma la historia de Dios con el hombre es una historia de salvación mediada por la amistad. Dios ha elegido al hombre para vivir con él como un amigo. Pero el hombre que vivía en la comunión plena con Dios se deja llevar de la *tentación*, y peca, rompiendo la comunión con Dios. En la historia de la salvación de Dios con el hombre irrumpe el pecado, y al unísono, el misterio de la redención de Dios para con el hombre.

1.2.6. El pecado del hombre

El pecado del hombre rompe la comunión del hombre con Dios. Y el hombre pierde esa amistad de la que disfrutaba con Dios. Pero Dios en Cristo por el misterio pascual restaura la amistad con el hombre (Cf. Jn 15, 15):

La amistad con Cristo acorta la distancia entre Dios y la creatura y además permite reconciliar la puerta de la amistad causada por la desobediencia del hombre. Así como Dios no se puede conocer por su grandeza sino por su amor, al hombre que ha sido modelado a su imagen no se le juzga por su fragilidad sino que se espera en su capacidad de amor, su libertad de retomar la amistad ofrecida de nuevo⁹⁵.

Por lo cual Ireneo nos enseña cuál es la situación del hombre en el paraíso: en el no hay pecado, y el hombre permanecía en continuo diálogo con Dios. Por ello el hombre estaba en comunión con Dios, en el Verbo, por lo que el hombre tenía una relación de intimidad con Dios, y en ella encontraba deleite. De este modo Adán y Eva según Ireneo eran niños en las manos de Dios, en un estado de integridad y pureza propia del estado infantil, en el que no se encontraban desnudos⁹⁶. Este estado de inocencia que el hombre pierde por el pecado, solo puede ser restaurado por la

⁹⁴ Orbe. "El hombre ideal", 477.

⁹⁵ Namikawa. 350.

⁹⁶ «La índole infantil de los primeros padres adopta en Ireneo la misma dimensión teológica que la 'infancia' del género humano en cuanto tal. Dijimos de ella. A lo largo de la historia —desde la creación de Adán hasta la consumación final— el hombre tiene a la madurez. Sólo será perfecto cuando —a imagen y semejanza del Cristo glorioso— revista en cuerpo y alma la incorporación del Espíritu». Orbe. *Espiritualidad*, 214. «Marido y mujer se daban besos y se abrazaban castamente como niños». Ibid. 215.

Encarnación del Logos⁹⁷, que desde el camino de la infancia puede devolver al hombre a un estado de pureza, y por ende a Dios:

El Hijo de la Virgen podría muy bien deificar, a raíz de su resurrección, a los inocentes del paraíso, dejando sentir con mayor evidencia entre ellos la eficacia de su propia deificación carnal [...] En todo caso, el régimen de integridad, bajo el soplo de vida, desembocaría en el régimen del hombre vivificado por el Espíritu. El segundo Adán, hombre espiritual, inauguraría el estado definitivo y eterno, dando por terminado el anterior⁹⁸.

Por tanto tras el pecado los primeros padres tienen la tentación de querer apropiarse las consecuencias de la integridad: la *incorruptibilidad* y la *inmortalidad*. («La *dynamis* de Dios, cambia su modo de ser, de mortal e corruptible, pasa a ser incorruptible e inmortal») ⁹⁹. La inmortalidad supone una transformación en el hombre. Por ello si la inmortalidad supone asumir la vida divina, solo el hombre que se deja salvar y crear por Dios puede alcanzar este don. De esta manera el hombre ha de ser probado en esta integridad, en que se da lugar al mérito, mediante un mandato que procede de Él¹⁰⁰. Dios manda al hombre en el paraíso, que cultive y cuide de la tierra, y a su vez le prohíbe comer del árbol del conocimiento del bien y del mal¹⁰¹. Por estas indicaciones de Dios el hombre podía seguir su voluntad, «que ponía singular empeño en obedecerle [...] adoptando límites propios cuantos ‘positivamente’ quisiera Dios imponerle, más allá de los naturales»¹⁰², en acuerdo con la integridad e inocencia de las que el ser humano gozaba¹⁰³:

Adán y Eva eran moralmente inexpertos y niños. El don de la integridad prevenía los movimientos (internos y externos) carnales [...] El niño ‘imperfecto’, recién hecho por

⁹⁷ «La mediación del Verbo, hecho niño (nepiaso) por amor al hombre es indispensable e cualquiera ‘economías’: lo mismo antes que después del pecado de Adán; igual en el Paraíso —en régimen universal de inocencia— que en la tierra —en régimen también universal de pecado—; y en ‘economía’ mixta, en régimen parcial de inocencia y pecado». Ibid. 222. «El estado de inocencia, perdido por Adán, perdido quedó definitivamente para todos sus hijos». Ibid. 223.

⁹⁸ Ibid. 223.

⁹⁹ Arróniz. “La inmortalidad como deificación del hombre”, 265.

¹⁰⁰ Cf. Orbe. *Espiritualidad*, 224- 225.

¹⁰¹ Cf. Ibid. 225. «La custodia y labranza del Paraíso encubriría la ley natural, mientras que la orden siguiente indicaría un mandamiento». Ibid. 225.

¹⁰² Ibid. 240.

¹⁰³ «Dios puede ordenarle o prohibirle cosas, a fin de que obedezca superando meritoriamente su imperfección [...] Dios obra como Dios mandando. El hombre como criatura obedeciendo. Ordenando el uno y obedeciendo el otro se mantienen las fronteras esenciales al Creador y a la criatura». Ibid. 238.

Dios, debe ser educado según su imperfección, como niño de leche. [...] Y sobre todo, disciplinarle —como a ‘imperfecto’ e ‘infante’— para el alto destino al que libremente le llamaba¹⁰⁴.

El dialogo entre Dios y el hombre en el paraíso se produce en el Verbo, en el cual se explicita este mandato divino:

El primer hombre conversa con el Verbo de Dios, de quien recibe los consejos y designios del Padre. De Él recibe a sí mismo el mandamiento ‘positivo’. La obediencia o desobediencia será directa o inmediatamente para el Verbo, y a El tocará igualmente perdonar el pecado¹⁰⁵.

Pero el hombre se aparta de Dios¹⁰⁶. En este sentido para Ireneo el pecado es un accidente del que Dios se sirve para que el hombre pueda experimentar, en su libertad, el conocimiento del bien y el mal. Saber de las dos alternativas. Así Dios sabía que el hombre iba a pecar en el paraíso, para poder llevarlo a la plenitud¹⁰⁷. Por eso el hombre alcanza su plenitud en la Encarnación donde la mediación del Verbo se hace patente. Adán desobedece este mandato divino poniendo una distancia con Dios. El Verbo encarnado por su obediencia al Padre, devuelve a todo hombre a la amistad con Dios, que el pecado había roto. Del mismo modo que Adán peca, comiendo del árbol prohibido, Cristo restaura al hombre por su obediencia hasta la muerte en el árbol de la cruz. También Eva peca y come del fruto agradable, desobedeciendo al Creador, pero María, la Nueva Eva, obedece y por su sí, la Palabra se hace carne, para salvar al hombre:

El paralelo entre ambas vírgenes, Eva y María, reviste capital importancia. La obediencia (resp. inobediencia) tuvo en ambas un objeto similar y respondió a un mandamiento parecido. Al mandamiento divino obedeció la Virgen María *per fidem* al

¹⁰⁴ Orbe. *Espiritualidad*, 240.

¹⁰⁵ Ibid. 242. «El verbo encarnado no se contentaría con acompañar al hombre, ni con llamarle a penitencia [...] reclamaría del hombre obediencia ‘positiva’ con una ley ‘positiva’, cuya razón de ser se fundara en una dispensación gratuita, solo asequible mediante la fe, con una obediencia gratuita correlativa». Ibid. 243.

¹⁰⁶ «La vergüenza de la desnudez sobrevinole al hombre al sentirse espiritualmente desnudo mediante la desobediencia [...] El hombre descendió del régimen de inocencia al de corrupción. En su día como el hijo pródigo, recobrará la estola perdida, prima stola, el vigor primero del Espíritu, y aun la consumará cuando, al decir del Apóstol, lo corruptible se revista de incorruptibilidad y lo mortal se revista de inmortalidad... realizándose lo escrito: sumióse la muerte a la victoria’ (cf. 1 Cor 15, 5ss)». Ibid. 218.

¹⁰⁷ Cf. Fantino. “El hombre verdadero según Ireneo”, 27.

decir aquellas palabras: 'He aquí tu esclava, Señor, hágase en mí según tu Verbo'. Al mandato paralelo de Dios desobedeció la virgen Eva *per incredulitatem*, no creyendo a las palabras prohibitorias (Gen 2, 17)¹⁰⁸.

Del mismo modo somos introducidos por Ireneo en el misterio del pecado del hombre y su relación con el pecado del ángel. Ireneo diferencia entre ambos: al de los ángeles le llama apostasía y al del hombre desobediencia. «El fenómeno indica veladamente su tendencia a destacar la malicia del pecado angélico y la ruindad de lo humano»¹⁰⁹. El diablo sedujo al hombre, y por envidia¹¹⁰ pecó, poniéndose en el lugar de Dios¹¹¹. Se ponía de manifiesto que el pecado del diablo era acabar con el hombre y que se apartara de Dios, y le sirviera a él¹¹². El diablo seduce al hombre conversando con él, para que este caiga, y se deje llevar de lo que le dice, como atrayente y bueno¹¹³. Presentó al hombre y a la mujer una mentira en forma de verdad, para que tropezaran. De este modo aquel el que estaba hecho y semejanza de Dios, que tenía cumplida su vida en hacer su voluntad y servirle, desobedece a su Creador¹¹⁴, y el pecado entra en la condición humana:

La herida del hombre es muy vieja. Anterior a la de los israelitas en el desierto por mordedura de serpiente; tan vieja como el hombre a quien primero mordió. A ella responde la curación que viene del enarbolado en la cruz. Lo que la serpiente hirió de muerte sana el Hijo de Dios, atrayéndolo todo a sí y *vivificando a los muertos*¹¹⁵.

¹⁰⁸ Orbe. *Espiritualidad*, 245.

¹⁰⁹ Ibid. 254.

¹¹⁰ «El objeto de la envidia diabólica es siempre la *vida* (divina) del hombre». Ibid. 267.

¹¹¹ Cf. Ibid. 256.

¹¹² «El ángel apóstata *operó* la desobediencia de los hombres por medio de la serpiente. Esto lo hizo seduciendo la mente de Adán y arrastrándole a transgredir los preceptos, cegándole poco a poco, para que, en lugar de servir a Dios, acabara sirviéndole a él, sin memoria alguna de su Autor». Ibid. 261.

¹¹³ «El primer paso hacia la seducción del hombre es la mentira contra el Creador. El diablo lo dio desde el principio porque nunca se mantuvo en la verdad. Ayudóle la debilidad humana, y en ella quiso triunfar definitivamente de Dios. A la mentira agregó la astucia». Ibid. 270. «Dios, en efecto, concedió al hombre desde el principio "lo perfecto —το τέλει—. Pero también lo creó libre. Y fue el diablo quien por envidia de esta perfección del hombre, de esta inicial dignidad divina (imagen y semejanza de Dios) en la que Adán fue creado y que el hombre estaba llamado a desarrollar, solicitó con éxito la inexperta libertad del hombre arrastrándolo a desobedecer a Dios e introduciendo con el pecado la muerte física». Arróniz. "El hombre imagen y semejanza de Dios", 276.

¹¹⁴ «En obedecer a Dios creer en El y guardar su mandamiento, descansa la vida del hombre. Así como todo mal, y la muerte del hombre en no obedecer a Dios [...] La obediencia representa el testimonio del rendimiento del hombre a Dios y el medio de efusión del Espíritu divino [...] El hombre necesita más que un ángel un régimen de absoluta docilidad a las manos de Dios. Lo propio de Dios es hacer. Lo característico del hombre, 'ser hecho', vivir a merced de la acción divina». Orbe. *Espiritualidad*, 273.

¹¹⁵ Ibid. 303. «Y según Ireneo, la apostasía, tiene su principio no en Adán, sino en el ángel. Todo el que apostata [...] Imita a Satanás, de quien primero vino la transgresión y no a Adán, que se vio incauta e injustamente envuelto en ella (Cf. AH V, 1, 1). La desobediencia se la enseñó Satanás al hombre; y no le

El Santo Obispo retoma el pecado original del primer padre¹¹⁶. Adán pecó y con ese pecado ha cargado todo el género humano. Por eso Dios solo puede salvar al hombre con la entrega del Hijo, el Verbo encarnado que asume su pecado y lo redime:

Para remate del delito y redención del hombre, vistióse el Hijo de la misma naturaleza que Adán. Vencido el hombre, debía de triunfar el hombre. Así resplandecía contra la injusticia, con obras de verdad, la victoria de Cristo. El paralelismo 'a contrario' entre uno y otro Adán pone de relieve el origen y la índole del pecado. Mediante la desobediencia de un solo hombre fueron constituidos pecadores sus hijos [...] Mediante la obediencia de uno solo tuvieron que ser justificados¹¹⁷.

Por lo que Ireneo distingue del pecado original de Adán de otros pecados personales de cada hombre, a las que reclama la *responsabilidad personal*:

En la oración dominical, el Salvador nos enseñó a pedir al Padre la remisión de nuestra deuda (resp de nuestro pecado) del Paraíso. Las demás faltas o no entran en esa petición. O valen como secuela de la primera, o mejor haciendo unidad con ella (cf. Io 1, 29)¹¹⁸.

Marginalmente enseña la solidaridad de los hombres con el primer Adán en el pecado y con el segundo en su obediencia [...] Nosotros somos los que ofendimos al Creador (= el Padre) en el primer Adán al no cumplir ('non facientes') su mandamiento. Y fuimos también los que nos reconciamos con el Padre en el segundo hechos obedientes hasta la muerte (*υπάκουες πράξεις μέχρι θανάτου*)¹¹⁹.

Por tanto para Ireneo la *maldición divina* cayó sobre Satanás. Este respondió con malicia para que el hombre pecara. Por ello recibe la maldición de Dios, que es para siempre, sin posibilidad de retorno, para la que no existe penitencia; con una pérdida de la amistad divina, que queda ratificada de modo sensible, en la existencia del fuego eterno. Por otra parte para Ireneo el hombre comete el pecado de *imprecación*. «A la

encomendó a Adán su enseñanza al género humano. Apostata como es, hará entre hombres, igual que entre ángeles, lo que en el principio, arrastrando a todos, como por oficio, a la apostasía del Hacedor, a su propia imitación». Ibid. 313-314.

¹¹⁶ Cf. Ibid. 311-314.

¹¹⁷ Ibid. 282.

¹¹⁸ Ibid. 293. «San Ireneo no niega ni los preceptos ni los pecados particulares. Pero la deuda fundamental cuya remisión nos indujo a pedir el Salvador es —según el Santo— la que contrajimos los hombres al contravenir el mandamiento desde Adán». Ibid. 294.

¹¹⁹ Ibid. 290.

malicia diabólica respondió el Señor con la maldición. A la debilidad humana, con solo imprecación, dando prueba de paciencia»¹²⁰. El pecado del hombre tiene eficacia temporal y asume la vuelta del hombre a la bendición de Dios, por la misericordia divina. Y nos invita a la penitencia que nos hace volver a Dios, el cual, se apiadó del hombre por su debilidad¹²¹. «El retorno a la amistad con Dios es obra de la *misericordia* suya antes que el hombre»¹²².

1.2.7. Las Consecuencias del pecado

La principal consecuencia del pecado es la *muerte*, por la que el hombre deja de pecar. Pero ello tiene una consecuencia positiva sobre el hombre, que puede descansar de la situación que le lleva al mal. En el mismo sentido Ireneo señala la maldición de la tierra¹²³, que se convierte en lugar de trabajo y fatiga para el hombre y la mujer, pero «representan fundamentalmente la economía de bendición para que Dios los creó»¹²⁴, De la misma manera que pecaron Adán y Eva, la maldición cayó sobre Caín, que por envidia peca contra su hermano, cuyo sacrificio externo no llegó a Dios, no satisfaciendo su ofrenda:

Engloba en uno la envidia y la malicia para esclarecer la interna división de Caín. Ofrendaba este con justicia, porque el sacrificio le era debido a Dios. Pero dividía injustamente el corazón, porque, al ofrecer a Dios, perseveraba en la envidia y malicia (=odio) para su hermano. El Señor deseaba que la justicia externa respondiera a la interna, y el sacrificio sensible —en sí justo —armonizara con el amor al hermano, también justo. Exigíale un corazón sencillo, y no dividido, con unidad entre la manifestación sensible y la disposición invisible. Hubiera bastado amar a Abel para que la ofrenda exterior agradase al cielo. Dios repugna el ánimo doblado¹²⁵.

¹²⁰ Orbe. *Espiritualidad*, 316. «Primero vino la maldición, luego la imprecación. Aquella contra la serpiente (=el diablo); esta contra el hombre. La primera, efecto de la ira y odio de Dios al seductor. La segunda, fruto de la divina misericordia con el seducido». Ibid. 322. «Entre la maldición y el perdón sin condiciones hay un medio razonable, muy conforme a la humana debilidad y a la misericordia de Dios. A no haber sido increpado por Dios, con un castigo sensible hubiera el hombre despreciado a su Creador, tomando en broma el delito». Ibid. 324.

¹²¹ Cf. Ibid. 316.

¹²² Ibid. 319.

¹²³ «La condenación de la tierra es de otro orden. Afecta de rechazo al hombre; no es su persona, sino en su actividad de 'labrar y custodiar'. No representa una estricta maldición de la tierra misma, sino algo equidistante entre el diablo y la de los condenados». Ibid. 327.

¹²⁴ Ibid. 329.

¹²⁵ Ibid. 331.

Otra consecuencia del pecado es la expulsión del paraíso. Ireneo utiliza tres términos al hablar de la salida del Paraíso: echar de su presencia, expulsar del Paraíso y establecer el camino que lleva al Paraíso. El hombre se ve privado de la presencia de Dios, que no pierde para siempre:

La expulsión 'fuera del rostro de Dios' indica que el hombre no estaba aún en posesión del Espíritu permanente. Adán conversaba en el Paraíso con el Verbo y estaba en su presencia. Al salir del Paraíso vióse privado de ella, que, si no era beatificante, como la presencia del Padre, era un don singularísimo y su mejor prenda [...] El destierro no fue definitivo, ni absoluto. El hombre tampoco perdió enteramente el contacto con Dios¹²⁶.

Pero la salida del Paraíso es inevitable ya que el hombre había transgredido el mandato divino comiendo del bien y el mal, que había sido, prohibido por Dios:

El árbol de la ciencia saldrá con Adán del Edén. Mientras que el árbol de la vida se quedará en el Paraíso, y con él la ausencia de enfermedades físicas, de corrupción y de muerte. El de la ciencia llena de su fastidiosa ignorancia al mundo infraparadisíaco, el de la vida se basta para hacer el Paraíso¹²⁷.

Por la misericordia divina el hombre puede emprender un camino de vuelta al Creador¹²⁸.

Otros efectos del pecado original en el hombre además de los que hemos entresacado, son: la cautividad como fruto del pecado hace que el hombre y la mujer vivan en una relación de sumisión y poder, que tiene como anclaje la cautividad del demonio, y en consecuencia el pecado, y la muerte¹²⁹. De esta manera Ireneo compara la vida del hombre a la de un vaso¹³⁰, que se rompió, y solo es restaurado, por el Verbo encarnado, siendo necesaria la llegada de un Redentor que redima al hombre por completo, en su cuerpo y en su alma. «De ahí la necesidad de un Redentor (Verbo

¹²⁶ Orbe. *Espiritualidad*, 341.

¹²⁷ Ibid. 349. «Del árbol de la vida se pasa al de la cruz y se contraponen el leño de la desobediencia (resp. de la ciencia) al de la obediencia, dejando muy en penumbra el contraste entre los dos árboles cualificados del Paraíso». Ibid. 348.

¹²⁸ Cf. Ibid. 353-354.

¹²⁹ Cf. Ibid. 362-363.

¹³⁰ «El hombre era 'vaso de Dios' a título natural, plasmado mediante las manos del padre [...] El hombre se rompió, quebróse el vaso, e incapaz de remodelarse, había seguido roto a no venir el Hijo a configurarle de nuevo. *Roto* por la desobediencia [...] el cántaro de barro que se quiebra a de tornar al polvo para ser nuevamente modelado». Ibid. 370-371.

encarnado) que diese en cuerpo y alma la batalla contra el fuerte»¹³¹. De esta forma el Santo expone como Dios había regalado al hombre el don de la inmortalidad¹³², pero el hombre al pecar quedo herido de muerte y por ello condenado a volver al polvo de donde había sido formado:

Mediante la transgresión, el hombre se aparta de Dios y de la existencia por El prometida. Manteniéndole en vida física con la transgresión, *immortale esset quod esset circa eum peccatum, et malum interminabile et insanabile*. El hombre, hecho gratuitamente no mortal, inmortalizaría el pecado, y el título que Dios le otorgara en bien sería para su mayor mal¹³³.

Entre estas heridas que conducen a la muerte están la enfermedad, la tibieza, y todo aquello que apartaba al hombre de la integridad en la que Dios le había creado¹³⁴. Para Ireneo es el pecado de Adán el pecado principal. Y la muerte que viene a destruir este pecado es la del Hijo de Dios, el Verbo encarnado¹³⁵. Por ello, en la debilidad del hombre que por el pecado experimenta la muerte, se hace patente la fuerza poderosa de Dios, que viene a él, para que se sienta salvado¹³⁶. En este sentido el Santo muestra cuál es la relación entre el pecado de Adán y la Encarnación:

Dentro ya de San Ireneo, la encarnación del Verbo venia imperada a las inmediatas por la índole imperfecta del *protoplasmo*. La imponía el designio del Padre sobre el hombre, esto es, su deificación en la carne. Tan necesaria se ofrecía la *crisis* del Logos con el hombre (resp. con la carne), como la del hombre con el Hijo de Dios¹³⁷.

Lo característico de la *humana salvación* reside en que en la carne —eso ínfimo que Dios plasmo en el Paraíso y llamo Adán —sea definitiva y plenamente deificada mediante la vista del Padre¹³⁸.

¹³¹ Ibid. 372.

¹³² «Inmortales ambos (Adán y Eva) en alma, no lo serían —indóciles a Yahvé — en composición de alma y cuerpo. Desobedientes en sustancia mortal (de cuerpo y alma unidos), serían inmortales en psique». Orbe. “Deus facit. Homo fit”, 637.

¹³³ Orbe. *Espiritualidad*, 468-469.

¹³⁴ Cf. Ibid. 478-479.

¹³⁵ Cf. Ibid. 479.

¹³⁶ Cf. Arróniz. “La inmortalidad como deificación del hombre”, 263.

¹³⁷ Orbe. *Espiritualidad*, 482.

¹³⁸ Ibid. 486.

1.2.8. La redención en Cristo

La *redención* del hombre por Dios se da en la cruz, donde el Hijo encarnado, vence al mal y al pecado del hombre. Y restaura la comunión del hombre con Dios. Por ello si Adán con su desobediencia rompió la comunión con Dios (cf. Gn 3, 1-7), Cristo en la cruz, restaura la comunión del hombre con Dios, y nos introduce, de nuevo, en la vida divina. De esta manera el acto libre de la entrega de Cristo redime al hombre. Y por amor queda salvado. La redención del hombre del pecado y del mal, es un don gratuito de Dios, que en el Hijo, se entrega al hombre por amor. Así el hombre que ha sido redimido puede, obedeciendo a Dios, entregarse de modo libre, dejándose hacer por él. En este sentido el Santo nos revela la categoría de *libertad*. Ireneo reconoce como atributo de Dios y de los ángeles la categoría de libertad. Así el hombre es libre porque tiene autodomínio, y ejerce su libertad sobre los demás seres creados, pero en el ejercicio de su libertad no es autónomo, sino que su querer está sometido a la voluntad del Creador¹³⁹. Por tanto el hombre es libre a imagen de Dios, cuya libertad es plena: «Pero la libertad en sí misma es una perfección que hace al hombre “semejante a Dios”»¹⁴⁰:

El hombre no es de naturaleza divina, sino que depende de la voluntad de Dios para comenzar a existir y perseverar en su existencia. Todo lo que el hombre es, lo ha recibido de Dios. “La gloria del hombre es Dios. La gloria del hombre es la gloria que recibe de Dios; es decir los beneficios que recibe el hombre de Dios”¹⁴¹.

Por ello para el Santo el hombre depende de Dios y todo lo recibe de él. Por lo que todos los hombres tienen la misma dignidad, porque ella recae en ser imagen y semejanza de Dios, donde se inserta su libertad. Y por el ejercicio de su libertad, el hombre puede hacer el bien o el mal. Si Dios es libre y el hombre a su imagen es libre con una libertad que está en dependencia de Él, de cuya libertad dimana su bondad, siendo este bien sugerido al hombre para que actúe de acuerdo a la voluntad divina, y este hombre es el que vive según el Espíritu¹⁴².

¹³⁹ Cf. Ibid. 194.

¹⁴⁰ Arróniz. “El hombre imagen y semejanza de Dios”, 276.

¹⁴¹ Arróniz. “La inmortalidad como deificación del hombre”, 266.

¹⁴² Cf. Ibid. 189.

Ireneo considera que solo el *Hijo* hecho carne, puede redimir al hombre en su entrega por amor. Él se ofrece al *Padre*¹⁴³. Su sacrificio hará posible que desde la ruptura del pecado de Adán, que convertía al hombre en esclavo, este hombre redimido pueda vivir como hijo. El *Espíritu* que ha llevado a plenitud la filiación en el Hijo de Dios puede hacer posible esa filiación a modo adoptivo en el hombre. Por lo cual si el pecado en el hombre tenía como consecuencia la muerte, ahora puede vivir en nueva existencia: la vida que le ofrece el Espíritu. Por lo cual podemos decir que la Encarnación es un hecho *trinitario*. Es el Hijo el que se encarna, pero con la entrega del Padre en el Espíritu. Por eso la encarnación es una obra del Espíritu Santo, en la que el Hijo obedece y se somete para hacerse hombre. Pero esta obediencia le llevará a la entrega hasta la cruz. Así el Hijo asume un cuerpo humano que está sometido a la debilidad humana. Él no comete pecado pero asume las consecuencias del pecado, llevando sobre sí el pecado de la humanidad para redimirlo. Por eso encarnación y redención no se pueden separar. Adán como primer hombre antes de pecar necesitaba la salvación. El hombre después del pecado necesita ser redimido y sanado del mal que el pecado encierra. Pero también la redención es un acto trinitario: el Hijo se ofrece, pero es el Padre quien acepta la ofrenda del Hijo. Y esta entrega se realiza en el Espíritu, que es el sostiene al Hijo en la cruz. Así en la cruz quedan recapituladas todas las cosas en Cristo, y es el instrumento de la redención del hombre. En este sentido la cruz y la entrega del Hijo hasta la muerte reclamaron de él la obediencia hasta el extremo. Así como Adán en un árbol desobedeció a Dios e hizo entrar a la humanidad en el pecado, Cristo en otro árbol obedece al Padre, redime al hombre del pecado, y lleva a toda la humanidad hacia Él, como Cabeza. Por lo cual, si el pecado del hombre le llevó a olvidar a Dios y al prójimo, y a sí mismo: su propia vida interior, Dios le llama a hacer memoria de los dones que ha recibido¹⁴⁴. El Hijo es el *don* del Padre al hombre, que se presenta a los hombres para que le sigan y estén con él. Así el Verbo que se manifestaba a los profetas, y patriarcas, en la plenitud se ha revelado en el Hijo encarnado. Por ello Jesús es aquel que nos *revela* quien es Dios, y cuál es su *rostro*. En este sentido la Escritura es el testimonio más claro de esta revelación. Por tanto si el Hijo es el don del

¹⁴³ «En la Eucaristía se ofrece el Verbo al Padre. El Verbo es “el pan perfecto del Padre”». Arróniz. “La salvación de la carne”, 22.

¹⁴⁴ «En la misma línea de pensamiento coloca Ireneo el mandato del Señor a los Apóstoles de ofrecer el pan y el vino, primicias de las cosas creadas, no porque Dios necesite de ellas, sino para que el hombre se muestre agradecido, y así pueda ser objeto de los beneficios de Dios. El pan y el vino sobre los que el Señor dio gracias son su cuerpo y su sangre. Esta es la oblación del N.T que la Iglesia ha recibido de los Apóstoles y que *ofrece* a Dios como primicias de sus dones». Ibid. 18.

Padre, es él quien nos puede ayudar a conocer quién es el Padre, y como se nos revela. Por eso pasamos del misterio del hombre redimido por Cristo, y que viene a devolverle a la comunión con Dios, al misterio de la revelación del Padre, que se nos da en el Hijo.

1.2.9. La revelación del Padre y el conocimiento de Dios

Para Ireneo el que nos da el verdadero *conocimiento* del Padre es el Hijo. Por ello ver al Padre, es conocerle. Pero es posible porque el rostro del Hijo ve lo que hace el Padre. El hombre puede conocer al Padre, por medio del Hijo, quien nos lo ha revelado. Por ello, el hombre conoce la misericordia y el amor del Padre, porque el Hijo ama al hombre de esta manera. Por lo cual, para Ireneo el conocimiento pasa por el amor. Y solo se puede amar aquello que se conoce. El Hijo nos revela el verdadero rostro de Dios, del Padre, desde el amor. Solo él le conoce de modo pleno. Y solo él, lo ama de modo total. Por eso el hombre puede amar a Dios, con todas sus fuerzas, por medio del Hijo, que nos descubre su verdadero rostro: el amor de Dios por él de modo total, y de manera gratuita. Desde la unión con Dios, el hombre pueda ser conocido como Dios lo conoce, y ser amado como Dios lo ama. Ver a Dios, nos permite conocer su rostro, y saber quién es. Por eso la encarnación del Verbo facilita que el hombre se encuentre con Dios. Un Dios que habla su mismo lenguaje, y que se hace uno con él. El hombre puede ver a Dios en el Hijo que se hace hombre como él, para que pueda entrar en una relación de amor y de intimidad, en la que puede conocer a Dios, amarle y darle su vida. El conocimiento de Dios por parte del hombre le introduce en la lógica del amor. El hombre solo puede amar a Dios, porque este le conoce y le da su vida. Así desde el Verbo encarnado se inserta al hombre en el mismo ser de Dios, porque toma forma humana. Y se hace como él, desde la lógica de la donación por la que el Hijo se da al hombre en el amor, desde la comunión con él.

Por lo cual podemos introducirnos en esta lógica del conocimiento de Dios, desde el texto de Mateo 11, 26: «Nadie conoció al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre y aquél a quien el Hijo le revele». Así el Padre es el que nos introduce en el conocimiento del Hijo. El Padre es el origen, aquel que no tiene principio, que es inaccesible e incognoscible. Pero siendo así, si podemos afirmar que es Padre, porque tiene un Hijo. Y este Hijo hecho carne es el que nos ha revelado el rostro del Padre, que a su vez nos introduce en el misterio del Hijo. Por lo cual el hombre puede conocer el rostro de Dios, del Padre, cuando es introducido en la vida del Hijo. El conocimiento

del hombre de Dios, será pleno en la vida eterna, pero ya aquí puede conocerle porque el Hijo se lo ha desvelado. Este conocimiento en la vida eterna también tiene un carácter progresivo, ya que no podemos abarcar totalmente a Dios, sino que el conocimiento de él, adquiere una dimensión de novedad:

Dios sale de su inaccesibilidad y se revela al hombre por medio del Verbo; el Verbo revela y hace visible al Padre a los hombres, a fin de que el hombre no se aparte totalmente de Dios y deje de existir. La visión de Dios vivifica al hombre [...] paralelamente la vivificación del hombre se hace cada vez más intensa, hasta alcanzar en la visión paternal su punto culminante, que es la incorruptibilidad [...] La vivificación corre paralela al perfeccionamiento del hombre, a la unión con Dios, a la visión de Dios. No es un mero acercamiento temporal a la resurrección, sino una actual y progresiva victoria sobre la muerte que culminará en ella.¹⁴⁵

En este sentido podemos afirmar con Ireneo que «la gloria de Dios [Padre] es el hombre dotado de vida, la vida del hombre es la visión de Dios» (AH, 4, 20), es decir, que pueda entrar en comunión con él¹⁴⁶:

El calificativo «Padre», en la frase «la gloria de Dios Padre», nos remite inmediatamente a su carácter relacional y a su tono marcadamente trinitario, donde el espíritu de las profecías, el Señor Cristo y el Padre se comunican. La profundidad de la vida velada e invisible de Dios se nos desvela a través de la relación¹⁴⁷.

Así si la gloria de Dios se manifiesta en la vida divina de relación del Padre y el Hijo¹⁴⁸, la vida del hombre será poder participar de modo progresivo de esta comunión, que se nos dará de modo pleno en la resurrección al final de los tiempos, en la que el hombre que ha sido redimido, puede ver el Hijo, que se entrega por él, y al Padre, que lo ha creado por amor a su imagen y semejanza:

¹⁴⁵ Arróniz. “La inmortalidad como deificación del hombre”, 278.

¹⁴⁶ «Tal visión se ha ido preparando a lo largo de los siglos. Requiere una pedagogía lenta de la carne, por influjo del Espíritu. A la fase primera —la visión profética, mediante el Espíritu profético —, e intermedia — la visión adoptiva, mediante el Espíritu de adopción —, seguirá la última y definitiva, la vista del Padre mediante el Espíritu de incorrupción venido de Él». Orbe. “El hombre ideal”, 480.

¹⁴⁷ Namikawa. 143.

¹⁴⁸ «Cuando reconozcamos en el Hijo la imagen del Padre, entonces podremos contemplar a Dios y reconocerle como relación». Ibid.

El Padre que “secundum magnitudinem quidem eius et mirabilem gloriam” es invisible revela progresivamente su gloria por medio del Verbo. A esta revelación progresiva de la gloria del Padre, corresponde de parte del hombre una visión progresiva de la gloria del Padre; es decir, una participación progresiva de la gloria del Padre, ya que ver a Dios, equivale a participar de Dios¹⁴⁹.

Esta gloria se ha manifestado en el cuerpo resucitado del Señor, que es un cuerpo glorioso, en oposición al cuerpo en su miserable condición actual. En la resurrección nuestro cuerpo será glorioso, como del Señor resucitado, pasando de mortal y corruptible a inmortal e incorruptible¹⁵⁰.

Pero el hombre que quiere conocer este rostro de *amor* del Padre, ha de buscar a Dios, para entrar en relación con él. En este sentido el Verbo encarnado, puede ayudar a tener ese encuentro con Dios, en él que pueda ser conocido y amado. El Hijo encarnado, habla con su Padre en la oración, en la que se reconoce como Hijo. En este sentido el Hijo invita al hombre a tener un trato con Dios, que en la oración, le descubra su ser filial. Así la oración del Hijo, se hace más patente en la entrega en la cruz. En la que sin palabras, solo desde la entrega en la obediencia, de su cuerpo, de su persona, al Padre, desvela su amor por el hombre. Por lo cual, el hombre puede entregarse a Dios, en el silencio de la oración, y en la ofrenda de su cuerpo, que en obediencia se da al Padre. La oración es la clave en la que el hombre se une a Dios y se sabe amado por él.

De esta forma el Hijo que ama al hombre, lo llama a darse al prójimo, que también es hecho a imagen y semejanza de Dios, y por quien el Hijo también se entrega. El *Hijo* se da a todo hombre, para que reconozca su condición filial en el Espíritu, y le invita a la entrega por su semejante. Y es en la *Iglesia* donde los hombres, llegan a ser hijos en el Hijo por el Espíritu, y pueden reconocer en el Bautismo su ser filial. Por ello, el hijo se convierte en hermano de su prójimo, lo mismo que el Hijo de Dios, se hace hermano de todo hombre. De la misma manera podemos reconocer que el hijo es también hijo de María, que en su entrega en la cruz, y desde su ser virginal se convierte en la madre de todo hombre; y en la Eucaristía puede vivir en la comunión de los hijos, que comen el mismo pan, y comulgan el mismo cuerpo. Así es en la vida eclesial, donde el hijo se sabe amado por Dios, y puede vivir en comunión con sus hermanos. Por eso Cristo al final de los tiempos hará posible la perfecta comunión de todos los hombres entre sí, en Él, al Padre, por el Espíritu. En la parusía el hombre transfigurado por el

¹⁴⁹ Arróniz. “La inmortalidad como deificación del hombre”, 267.

¹⁵⁰ Ibid. 269.

Espíritu vivirá su ser filial de modo pleno, desde el amor de Dios que todo lo hace nuevo, y en la entrega del Hijo, en quien serán recapituladas todas las cosas.

1.2.10. La recapitulación de todas las cosas en Cristo

La historia de la salvación tiende hacia Cristo, y en él es *recapitulada* (cf. Ef 1, 10), es decir, en el que se completan y recogen todas las cosas, y, el hombre encuentra en Él el cumplimiento definitivo. La creación en Cristo, será asumida en él, y liberada de la corrupción de la muerte, llevada a plenitud, hasta la consumación final en Cristo. De la misma manera el hombre será liberado, en Cristo, del pecado, llevado hasta la consumación donde todo sea dado al Hijo. La recapitulación del hombre y de la creación conlleva la liberación del pecado, la unión con Dios de un modo nuevo, y la incorporación en la vida divina por medio del Espíritu. Y en este sentido la creación está esperando la liberación definitiva de los hijos de Dios en la que también será liberada de la muerte que trajo el pecado del hombre, por la ruptura de la comunión con Dios (cf. Rm 8, 19ss). Pero no solo la creación, sino el hombre, está esperando vivir en plenitud su ser de hijo, hijos de Dios desde la resurrección.

De esta manera si Cristo es la cabeza, la Iglesia como cuerpo, puede participar de la vida que él, en el Espíritu, nos invita. La Iglesia, en la que todos los miembros, en el Espíritu, son hijos de Dios, será recapitulada en el Hijo, que lleva a los hijos a la gloria, de modo pleno. Y desde su resurrección y su venida al final de los tiempos, todo será devuelto al Padre, en quien tendrán sentido de modo nuevo, todas las cosas. El hombre será transformado y glorificado a imagen del cuerpo glorioso de Cristo, para ser como el Hijo, hijo de Dios, en plenitud. Pero el hombre ya puede vivir de modo pleno en las primicias del Espíritu, que le posee e invade por completo en una humanidad que todavía se ve sometida al pecado.

1.3. A modo de conclusión

Podemos concluir diciendo que Ireneo se le puede denominar con verdad el doctor de la unidad porque ha sabido unificar el misterio de la creación del hombre a imagen del Hijo, como Salvador; del Verbo encarnado, como Redentor, con el misterio del hombre creado a imagen y semejanza de Dios, que viene a entrar en comunión con Él. Y como este hombre que se dejó llevar de la tentación y el pecado, puede unirse a

Dios, en Cristo, en el cual son concluidas todas las cosas, que tendrán en él el fin y la consumación plena.

Por ello resumo en este párrafo los aspectos más relevantes del presente capítulo en el que he presentado el modelo antropológico de Ireneo. El hombre es creado a imagen de Dios —también en su cuerpo —, en vistas al Cristo glorioso. Esta imagen que el hombre no pierde aunque haya pecado, se va renovando en Cristo, hasta alcanzar la perfección por el don del Espíritu. De este modo el hombre a imagen de Dios ha de ir creciendo para asemejarse de modo progresivo y creciente al don en el Espíritu, que Dios le ofrece. Por eso la comunión con Dios como don del Padre, hace posible que el hombre pueda crecer asemejándose cada vez más a Dios, que ha creado al hombre por amor, y solo desde el amor el hombre puede entregarse a Dios. Pero el hombre que es débil se deja llevar de la tentación, y peca. Así se hace necesario un Redentor que asuma el pecado del hombre. Si la consecuencia del pecado del hombre es la muerte, este necesita que el Hijo de Dios que se hace carne pase también por la muerte y lo redima, y devuelva la comunión que el hombre había perdido. Del mismo modo el Hijo restaura la amistad del hombre con Dios y lo llama él mismo amigo (Cf. Jn 15, 15). Por eso el hombre en Cristo recupera el don de Dios, que se le había quitado. En este sentido el hombre puede vivir como hijo de Dios. Y el Espíritu hace posible que el hombre pueda vivir como hijo en el Hijo. Y en él todos se hacen hermanos. Por eso esta vida que el Hijo ofrece al hombre encontrara al final de los tiempos su plenitud. Y en Cristo el hombre asumirá la humanidad nueva que desde la resurrección él le ofrece. De esta manera el hombre creado a imagen y semejanza de Dios —también en su cuerpo — recibe en Cristo por el Espíritu el don de la filiación. Y en la parusía el hombre puede vivir como hijo de la resurrección, que en su cuerpo glorioso ha recibido la vida del Espíritu, en el Hijo.

CAPÍTULO SEGUNDO: ESTRUCTURA Y LÓGICA INTERNA DEL LIBRO IV DEL ADVERSUS HAERESES

Este capítulo nos introduce en el *Adversus Haereses*, la obra más importante de Ireneo. En primer lugar expondré las características más importantes de esta obra para pasar a desarrollar la estructura y lógica interna del libro IV, el objeto de estudio de este capítulo.

2.1. El *Adversus Haereses*

El Papa Gregorio Magno ya muestra interés por la obra cuando escribe al obispo de Lyon, Eterio para poder conseguirla. Entre los años 855-856 Focio pudo consultar un códice griego que contenía la obra de Ireneo. Pero a día de hoy no tenemos acceso al griego más que por una traducción indirecta y algunos fragmentos provenientes de otros papiros. La obra completa ha llegado a nosotros en una traducción latina antes del 422 que San Agustín cita en su *Contra Iulianum*. Además de la versión latina se ha encontrado una traducción armenia de los libros IV y V, junto con fragmentos armenios, siriacos y coptos¹. De la fecha de composición por los datos que tenemos y que nos señalan los distintos autores no podemos tener conclusiones significativas de ella. Pero si podemos «con certeza que Ireneo al final de la *Epideixis* afirma haber compuesto ya el *Adversus Haereses*»². Esta obra fue denominada por el Santo con el título de «Desenmascaramiento y refutación de la falsamente llamada gnosis»³. De ello dan testimonio Eusebio de Cesarea, Severo de Antioquia, Juan Damasceno y Focio. Del mismo modo Ireneo engloba las doctrinas que quiere desenmascarar considerando la gnosis como ignorancia de la verdad⁴.

Por otra parte la formulación de la estructura de los libros que comprenden la obra ha sido diversa. Por algunos autores ha sido considerada como un discurso de la retórica clásica: el prefacio del Libro I sería el exordium, el resto del libro sería la narratio, siendo la conformatio los libros II, III, IV y V. Por lo que destaco de algunos de ellos esta estructura:

¹ Cf. Ireneo de Lyon. *Contra las herejías I*. Ayán et al, (eds), 45-46.

² Ibid. 52.

³ Ibid. 47.

⁴ Cf. Ibid. 47-49.

W. R. Shoedel mantuvo que la estructura del AH ha de ser pensada a la luz de las partes del discurso, tal como las distingue la retórica clásica: *exordium*, *narratio*, *confirmatio* y *peroratio*. El prefacio del libro I (AH, I, pref., 1-3) constituirían el *exordium*, el resto del libro sería la *narratio*; La *confirmatio* estaría constituida por los libros II; III, IV y V, en los que se seguirían las prescripciones retóricas de ir de lo menos a lo más [...]: el libro II con argumentos de razón, el libro III con la tradición de los Apóstoles, el libro IV, con las palabras del Señor. Al AH solo le faltaría la *peroratio*. Pero W. R. Schoedel silencia el libro V, quizás porque desbarata la estructura que pretende defender⁵.

Otros como S. D. Moringiello defienden que Ireneo tomo el modelo de la retórica clásica de la Segunda Sofística. Así señala:

El AH sería en su conjunto un discurso forense en el que Ireneo trata de exponer y refutar la enseñanza gnóstica aunque con matices. El discurso forense es prevalente en los libros I y II; en los libros III y IV predomina el discurso epidíctico en el que se alaba a Cristo y la historia de la salvación y, finalmente, el libro V sería un discurso deliberativo que sitúa a los oyentes ante la elección entre dos sistemas de interpretación de la Escritura así como sus consecuencias. En cuanto a la *dispositio* del discurso, la composición del AH se aviene a las cinco partes que Quintiliano distingue en el discurso forense [...]. El *proemium* estaría constituido por el prefacio del libro I; el resto del libro I y el II se constituirían al estilo de la *narratio* de un discurso forense en el que se presentan los cargos contra las distintas enseñanzas gnósticas; el libro III sería la *probatio* donde mediante un discurso epidíctico se muestra la economía de la salvación tal como aparece la Escritura y ha sido recapitulada por Cristo; el libro IV sería la *refutatio* para lo que se recurre a un discurso también epidíctico con el fin de rebatir las doctrinas gnósticas mediante el Evangelio y mostrar a Cristo como cumplimiento de la Ley y de los profetas: finalmente, el libro V constituiría la *recapitulatio* en la que, mediante un discurso deliberativo, se trata del final escatológico de la economía de la salvación⁶.

Pero otros autores como F. M. M. Sagnard señalan que desde la retórica clásica no se puede estructurar una obra que tiene un proceso de elaboración más largo, habiéndose compuesto por etapas. Por eso los dos primeros libros forman un todo, con un desarrollo de distintos elementos. Y el resto de los libros se ha ido añadiendo en un

⁵ Ibid. 52.

⁶ Ibid. 53.

plan inicial, siendo en los dos últimos donde la discusión se enciende más, y la contemplación toma más fuerza⁷.

En este sentido nosotros podemos establecer la siguiente estructura del AH. En libro I Ireneo señala la doctrina los gnósticos; en el libro II se muestra la refutación de Ireneo respecto a esa doctrina; el Libro III recoge la enseñanza de Ireneo sobre la eclesiología. El marco eclesial nos da la perspectiva para entender al hombre. La Iglesia es la garante de la Verdad, de la Tradición y de la Escritura, que nos indican el modo adecuado de comprender al hombre en la historia de la salvación, que Ireneo desarrolla en este libro; el Libro IV es el libro antropológico en el que Ireneo nos señala la creación del hombre en el misterio del Verbo Encarnado frente al modelo de hombre que planteaban los gnosticos; y el Libro V, y último, nos muestra la escatología o el fin del hombre en la parusía, con el que se concluye el AH. Así el libro III, IV y V forman una unidad. En síntesis recojo cómo Ireneo señala que hombre es creado a imagen de Dios, en vistas a Cristo glorioso, siendo su fin la resurrección, para ser hijo de Dios en plenitud. El hombre creado a imagen y semejanza de Dios, tiene como horizonte la humanidad gloriosa del Verbo encarnado. De esta manera el Hijo de Dios inserta al hombre en el don de la filiación que sólo se puede vivir en la Iglesia donde por el Bautismo el hombre es hecho hijo de Dios.

2.2. Estructura del Libro IV del Adversus Haereses

El Padre Orbe señala la siguiente distribución en la Introducción al libro IV:

El Libro IV confirma con las palabras del Señor (resp. con sus parábolas) el testimonio de los apóstoles declarado a lo largo del Libro III. La primera parte (IV, 1-19) invoca las expresiones abiertas del Señor. Reserva a la tercera parte (IV, 36-41) el estudio de las parábolas. En la segunda parte incorpora el tratado de las profecías (IV, 20-21; 25,2; 33,10-14) [...] la sección del Presbítero (IV; 27-32) y el tratado de la libertad (IV; 37-39)⁸.

De esta manera ya en la estructura encontramos las fuentes y el estilo del autor. Las fuentes más importantes para Ireneo son la Sagrada Escritura en la que puede

⁷ Cf. Ibid. 52-54.

⁸ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*. Madrid: BAC, 1996, 4.

confirmar su pensamiento, su propia obra en la que va hilando su forma de entender al hombre, y la doctrina de los apóstoles que se expone en la Escritura y que él conoce de los testigos en la cadena de la transmisión de la fe y la verdad.

Por otra parte el estilo en el que Ireneo escribe este libro es a modo circular, y así se nos muestran desde las categorías de su antropología que el santo retoma una y otra vez. De este modo alude a la Escritura como si solo a ella citara.

Ireneo ayudado de la Escritura señala que solo hay una economía de la salvación con dos Testamentos: el Antiguo y el Nuevo, como en un continuo devenir de ambas alianzas, en el que la nueva es el cumplimiento de lo que la antigua anticipa. Así la Escritura se convierte en el testimonio de lo que Ireneo nos quiere mostrar: el Hijo es la revelación plena del hombre.

Escribe valiéndose del texto sagrado para mostrar cual es el misterio del hombre en Dios. Así la Escritura se convierte en el lugar desde donde contesta a los herejes, ya sean los gnósticos, ya sea Marción. En este sentido partiendo de una sola economía de la salvación Ireneo señala que el Antiguo Testamento presenta a los profetas como los que van a anunciar el misterio de la salvación que se cumple en el Nuevo Testamento, desde la Persona del Hijo, el Verbo encarnado.

Por tanto Ireneo desarrolla en los distintas partes del Libro IV esta única economía para comprender como el Hijo es el verdadero rostro del Padre y es enviado por Él al hombre para salvarle desde el amor. Así teniendo en el horizonte la estructura que cita el P. Orbe distingo las siguientes partes:

La parte primera (AH IV, 1-19) muestra que para Ireneo el Padre es el Señor de la creación y de aquellos a los que llama a ser sus hijos por el Espíritu. Por eso solo hay un Dios que es Padre y Señor creador de todo, siendo Jesús el Hijo del Padre y Señor de todo lo visible e invisible. De esta forma el Hijo se reveló a Moisés. Y este último es nombrado por Jesús en el Evangelio en el que hace alusión a él (cf. Jn 9,29). Moisés y los profetas creen en las palabras de vida del Hijo, pero algunos en su venida en la carne lo despreciaron. Por eso el Señor dice a los escribas del pueblo: “Mi casa se llamará Casa de oración; pero vosotros la hicisteis, cueva de ladrones” (Mt 21, 13; Mc 11, 17). Por lo cual el Señor llama a todos los que no le reconocieron y a los que le siguen pero pecan, a salvaros en el madero de la cruz que da la *vida*.

Así Dios hace al hombre libre con la capacidad de elegir vivir desde la esclavitud o desde el bien que él le ofrece. Por tanto Ireneo señala que los profetas anunciaron una vida en libertad que se confirma en el Hijo para que el hombre se

mantenga en la vida que trae el bien. Dios es el único que puede salvar al hombre y regalarle una existencia en el bien y la verdad. (cf. Lc 20, 38; Mt 22, 32).

De esta manera el Verbo, el Hijo nos ha hablado desde Abraham a Moisés por los profetas. Con ellos Dios hace una promesa, una alianza. El signo de esa alianza es la circuncisión que hereda su hijo Isaac. Abraham no la necesita porque es el beneficiario del pacto con Dios. Él cree en que las palabras de Dios se cumplirían y es fiel la promesa de Dios con él. No necesita la señal en la carne porque en él ha tenido cumplimiento la alianza de Dios con el hombre. Pero sus herederos necesitan este signo porque necesitan ver como en su vida Dios sigue cumpliendo la alianza con Abraham. Así en la nueva alianza, Cristo da cumplimiento definitivo a la alianza con Dios con la entrega de su cuerpo y de su sangre. En él el signo de la promesa tiene un carácter de novedad, ya que por su ofrenda a Dios en la carne, Él cumple la alianza con el hombre en el hoy y para siempre. Para Pablo nosotros somos los circuncisos (cf. Fp 3, 3-9) que en la carne del Hijo de Dios, vemos realizada la alianza de Dios en el corazón del hombre.

La *parte segunda* nos introduce en el que ha sido llamado el *Tratado de la profecía* (AH IV, 20-21; 25,2; 33,10-14), en el que Ireneo señala “aquello” que fue anunciado desde antiguo: el Hijo se hizo carne. La encarnación del Hijo de Dios fue el acontecimiento que de forma velada fue profetizado en el antiguo testamento. De este modo para Ireneo el hombre solo puede ser creado según el modelo del Hijo de Dios hecho carne (Cf. AH IV, 20, 4). De la misma manera señala el anuncio de la bendición de Dios desde Abraham a Isaac que tiene su culmen en Cristo (AH IV, 21). El hombre recibe los beneficios de Dios, que se cumplen en el Hijo. También en la parte segunda se recoge el que ha sido considerado como *Tratado de la libertad* (AH IV, 37-39). Dios crea al hombre libre y le concede la bondad que solo Él le puede ofrecer. El hombre de modo libre puede asumir esa bondad y hacer el bien. Pero algunos hombres, desde su libertad, acogen el bien y otros lo rechazan. Así en el Antiguo Testamento los profetas interpelan a los hombres a hacer el bien, y en el Nuevo Testamento el Señor invita a los hombres a dar gloria a Dios, haciendo su voluntad, manteniendo la lámpara encendida (Cf. Lc 12, 35-36) para no dejarse llevar por las preocupaciones del mundo (Cf. Lc 21, 34) y vivir en la bondad que conoce pero que no realiza (Cf. Lc 6, 46). El hombre en libertad ha de buscar obedecer a Dios desde sus palabras de gratitud y buenas obras, para que llegue a la santidad que Dios le quiere regalar. Y por último la parte segunda señala lo que se ha denominado la *sección del Presbítero* (AH IV, 27-32) que también

tiene como eje a la Escritura. El Presbítero es aquel que oyó directamente a los que conocieron o vieron a los Apóstoles (Cf. AH IV, 27, 1). En esta sección Ireneo expone que las Escrituras para los hombres del Antiguo Testamento interpelan al hombre que puede ser corregido sino se mueve según el Espíritu. En la Escritura encontramos ejemplo de ello. El rey David y su hijo Salomón eran acogidos por Dios cuando andaban según sus designios, pero cuando se apartaban de él los reprendía según aparece en el texto sagrado. La Escritura era un medio que valía para que el hombre se sintiera confrontado con la voluntad de Dios.

En el Nuevo Testamento, el hombre puede acoger de modo nuevo la Escritura. El hombre en Cristo recibe la remisión de los pecados. El que había pecado tanto en el nuevo como en el antiguo testamento había perdido la gloria de Dios, pero en Cristo es hecho hijo llamado a no pecar para no perder el perdón de los delitos. La muerte del Hijo curó a los antiguos y la vida nueva del Señor hace que el hombre reciba el perdón. Por ello solo hay un Dios de ambos testamentos, que en el nuevo testamento alcanza su realización completa. El hombre en Cristo puede recibir el perdón si desde la obediencia en Dios en la vida y en la fe acoge la salvación. Esta salvación supone la acogida del Hijo en el amor a Dios que cumple sus promesas. Creer es vivir en la luz, y no creer para el hombre supone estar en la ceguera. Por tanto tener fe es creer en la promesas de Dios que se manifiestan en las obras de misericordia por parte del hombre. Así Ireneo pone el ejemplo de la liberación de Israel que le conduce al Éxodo, el paso de Dios por su pueblo, el que de manos de Moisés, es invitado a creer que Dios cumple sus promesas. El Hijo realiza el verdadero Éxodo para que el hombre pueda recibir la salvación que Dios le promete.

La *parte tercera* (AH IV, 36-39) señala qué Ireneo retoma las parábolas que vienen a confirmar la identidad del Hijo. Así quiere revelar que el Hijo es el enviado del Padre (cf. Jn 20, 21). Es aquel a quienes los viñadores de la viña no respetaron (cf. Lc 20, 9-18), el que nos muestra el rostro del Padre (cf. Jn 14, 9), y nos anuncia un banquete de bodas (cf. Lc 14, 15-24) que tiene como estilo de vida la humildad (cf. Mt 20, 8; Mt 21, 28-32). El Padre envía al Hijo para que el hombre pueda vivir con él recibiendo su abrazo y su amor (cf. Lc 15, 11-32). El Hijo nos ayuda a cumplir la voluntad de Dios (cf. Lc 12, 35-36) para poder dar fruto a su tiempo (cf. Lc 13, 6-9). De esta forma Dios quiere acoger al hombre en el bien para que pueda obedecerle. Por ello si el hombre desobedece a Dios y se aparta de él se hace daño a sí mismo. Solo el hombre dueño de sí mismo, en la fe, puede recibir al Hijo que le da la vida eterna (cf. Jn

3, 36), y puede ser congregado para entrar en la casa del Padre (cf. Mt 23, 37-38). Pero el hombre que acoge al Hijo necesita un proceso para crecer y recibir el alimento adecuado (cf. 1 Cor 3,2). Por eso Dios de quien proviene toda bondad crea al hombre para que hecho por él, se robustezca y se desarrolle para darle gloria (cf. AH IV, 38, 3). Del mismo modo Dios puede hacer al hombre si este obedeciendo se deja hacer por Dios para poder gustar de él y ser obra perfecta suya (cf. AH IV, 39, 2). Por tanto la obediencia del hombre causa su perfección, para vivir desde la luz y en el descanso de Dios, y no desde la ceguera que trae como consecuencia el mal.

Los últimos capítulos del Libro IV (AH IV, 40-41) nos introducen en el misterio del mal para el hombre. En este sentido los ángeles que apostataron de Dios son los que quieren llevar al hombre al camino del mal. El demonio quiere que el hombre no se deje mover por el bien si no que desea que el hombre con su libertad y tentado por él elija el mal que le aparta de Dios y de los demás. Impide que el hombre viva según aquello que fue creado: ser imagen de Dios.

El hombre hecho hijo por el mal pierde por su libertad su relación con Dios, si se deja seducir por el engaño del maligno. Pero Dios en el Hijo viene a ofrecer de modo nuevo y pleno la salvación para el hombre cuando este quiere emprender de nuevo el camino a Dios. El hombre se deja hacer por Dios cuando desde su libertad le obedece. Dios desde el bien se entrega al hombre para darle sus beneficios y entrar en relación con él. Por ello Dios habla con el hombre para darle su vida por medio del Hijo, que salva al hombre por amor y lo redime del pecado cuando hace mal uso de su libertad. El Hijo rescata al hombre del mal y lo lleva al bien desde la obediencia a Dios.

Una vez concluida y analizada de modo sintético la estructura del *Adversus Haereses IV* podemos hacer el recorrido que nos muestra la coherencia interna que en el texto se manifiesta.

2.3. Lógica interna del Libro IV del *Adversus Haereses*

En la estructura del Libro IV he realizado un desarrollo de las partes que lo componen, en la lógica interna voy a comentar los aspectos más significativos que en este libro nos encontramos. De este modo considero como relevantes los que expongo a continuación que dan cohesión a este Libro del *Adversus Haereses* que estoy comentado. Estas breves aportaciones que desarrollo son a modo de síntesis de los distintos capítulos que Ireneo considera en este Libro IV.

2.3.1. La unicidad de Dios en la economía de la salvación

Ireneo desde el comienzo del libro quiere dejar claro que en la economía de la salvación son hay un Dios que es Padre. El Santo Obispo parte de la paternidad de Dios y su unicidad en la creación del hombre para dar coherencia al libro. Por eso señala que solo él es el Dios y Señor verdadero:

Ningún otro proclamó el Espíritu 'dios' y 'señor' sino al Dios que todo lo domina con su Verbo, y a los que reciben el Espíritu de adopción , esto es a los que creen en el único y verdadero Dios y en Cristo Jesús, Hijo de Dios⁹.

Este Dios es Padre, porque hay un Hijo que lo reconoce como tal. Jesús reconoce a su Padre, como el Señor del cielo y la tierra, y aquellos que han recibido el Espíritu de filiación.

Por otra parte la afirmación de Dios como Señor (Adonai), la podemos encontrar en el antiguo testamento, que desde Moisés hasta Isaías así lo señalan. Dios es Señor de todo lo creado y de todo aquel que cree en él. Moisés y los profetas han hablado con Dios por medio del Verbo, que da una nueva vida al que cree en él. Por eso los que no creen en él, y le rechazan, convierten el lugar del encuentro con Dios, en una cueva de bandidos. Pero el que cree en el Verbo encarnado, en el Hijo de Dios, se convierte en su discípulo, puede acoger su Palabra, y ser redimido en el árbol de la cruz, que da la vida al que está muerto¹⁰.

De esta manera quien acoge a Dios como el Creador, puede reconocer una salvación que dura para siempre; como dice la Escritura el cielo y la tierra pasaran pero sus palabras no pasaran, porque Dios permanece y es estable. Su justicia dura hasta el final:

Objetan con malicia: 'Si el cielo es el trono de Dios, y la tierra su escabel (cf. Is 66, 1) — pues dice (la Escritura) que el cielo y la tierra pasan (cf. Lc 21, 33) —, una vez que éstos pasen conviene también pase el Dios superior a todo'. En primer lugar, ignoran cómo es trono el cielo y escabel la tierra, porque no saben qué cosa es Dios, pero [...] pasa la figura de este mundo, según él (rey David); perseveran empero Dios y también

⁹ AH I, 1, 1.

¹⁰ Cf. Ibid.

sus siervos [...] Porque mi salvación (la de Dios) en cambio será para siempre, y mi justicia no fenecerá¹¹.

Dios ofrece al hombre la salvación definitiva al hombre en el Hijo encarnado. El hombre que reconoce a Dios como su Padre, se sabe hijo, y como tal, es hecho a su imagen y semejanza. Por ello se hace necesario un proceso en que en él se va desarrollando de modo continuo para asemejarse a Dios, hasta alcanzar su plenitud.

2.3.2. El progresivo crecimiento del hombre hacia Dios

El pacto del hombre con Dios reclama un crecimiento. «El hombre no fue creado perfecto»¹². El hombre creado a su imagen no fue desde el principio perfecto sino que de una manera progresiva se va acercando a él:

Dios es perfecto porque es increado y, correlativamente toda criatura en tanto, que es creada es imperfecta. Por esta razón el hombre no puede ser creado perfecto desde el comienzo sino solamente al término de una progresión y de una transformación operada gracias a la encarnación del Hijo y al don del Espíritu. [...] La realización del designio de Dios supone un tiempo de crecimiento y maduración que es debido a la condición de criatura del hombre¹³.

Así en la economía de la salvación se produce este crecimiento del hombre hacia Dios que tiende a Cristo:

Desde el principio, la medida del crecimiento es Cristo encarnado, que quiere al hombre libre y por eso, despojado de todo, sin disimulo, pone su vida a disposición del hombre. El deseo de ser semejante al otro, no en parcelas, sino desde toda la imperfección el anhelo hacia un crecimiento más integro, abiertas todas las experiencias humanas a la posibilidad de mayor semejanza y comunión¹⁴.

Así, Dios se revela primero al pueblo de Israel, que vivía bajo la ley. Pero el pueblo rompió la alianza con Dios, el cual se mantuvo fiel al hombre para seguirle

¹¹ AH IV, 3, 1.

¹² Arróniz. "El hombre y semejanza de Dios", 279

¹³ Fantino. "El hombre verdadero según Ireneo", 6.

¹⁴ Namikawa. 344

señalando un Salvador que pueda restaurar la alianza con él. En Cristo se restaura esta comunión del hombre con Dios que puede vivir en la ley de la libertad, en la alianza definitiva, en la entrega de la vida. De este modo el Hijo inaugura este nuevo pueblo que vive en la comunión y nace en la libertad. Se inicia con los Apóstoles y se extiende por toda la tierra, dando el fruto que de él se esperaba. Por eso Ireneo considera una economía de la salvación en dos testamentos: el de la primera alianza que se cumple en Cristo.

2.3.3. La unicidad en la Escritura

Para Ireneo existe una unidad entre el antiguo testamento y el nuevo testamento: el antiguo anticipa lo que tiene su cumplimiento en el nuevo. Así nos encontramos con dos momentos en la única historia de la salvación. En un primer momento recogido en la ley y los profetas, hasta Juan. «Iniciada la ley en el tiempo, hubo de acabar con el tiempo. Comenzó con Moisés y terminó con Juan»¹⁵. Y en un segundo momento desde Juan, con la manifestación plena del nuevo testamento, en Cristo: la Buena Nueva que Cristo nos anuncia:

Aunque los tiempos de Jerusalén no dieron principio en Moisés, sino en David, eran conveniente que terminaran al mismo tiempo que la ley mosaica, con la venida de Cristo y la manifestación del Nuevo Testamento¹⁶.

Por ello Pablo nos muestra que el Evangelio es Cristo; anunciar el evangelio es anunciar a Cristo (cf Fp 1, 27), el cual, nos revela el rostro del Padre, «porque el Hijo es la medida del Padre»¹⁷.

¹⁵ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 27.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ AH IV, 4, 2.

2.3.4. La revelación del Hijo

El Hijo de Dios, es quien revela al hombre la paternidad de Dios, y cómo puede salvarse. El hombre puede conocer a Dios en el Hijo, que lo ha revelado en su venida en la carne, en la plenitud de la historia.

Así el conocimiento de Dios solo se puede dar en Cristo, en el Hijo, que es la vida para el hombre. Por ello, el Hijo habló con Moisés, que en la zarza, se le revela como el Dios de la vida. En el Evangelio, el Señor alude al texto de la zarza, para corroborar, que Dios es un Dios de vivos. Por la vida que nos trae el Señor, se nos comunica a la luz de la resurrección. El Señor se revela a sí mismo como la resurrección y la vida (cf. Jn 11, 25-27). Todos los hombres del antiguo y del nuevo testamento resucitarán, en la carne, como el Hijo, que se convierte en Señor de todo. La resurrección del Hijo, hace que todo hombre pueda vivir como hijo de la resurrección, como hijo en plenitud. Dios será el Dios que trae la vida a cada hijo, para que pueda vivir para siempre. También el hombre que vive como hijo puede ser luz en el mundo, para reconocer al otro, hijo de la resurrección, y en Cristo llamarlo hermano. Desde la primitiva Iglesia, los hijos son los hermanos que siguen al Señor, y cuya meta es el cielo, la patria definitiva.

El Hijo es aquel que se entrega por el hombre, y le devuelve la dignidad que había perdido por Adán. El Señor que se entrega en sacrificio en la cruz, hace posible que el hombre pueda de nuevo a ser hijo y recupere su ser filial con el perdón que Dios le ofrece. Así como el Hijo vive en obediencia filial al Padre, cada hombre que hace en su vida la voluntad de Dios, vive como hijo en el Hijo, de un modo nuevo; él que revela el corazón del Padre, y solo se revela a quien está dispuesto a acogerlo, a recibirlo, y reconocer que no hay otro Dios fuera de él. Por ello, el conocimiento de Dios, depende de una voluntad, que quiere darse y del deseo del hombre que quiere abandonar el camino de las tinieblas, y seguir el camino de la luz. Solo quien se dispone a seguir al Hijo, puede recibir el don del Padre, que se le entrega:

Y por eso, el Hijo, mediante la propia manifestación, revela el conocimiento del Padre. Pues el conocimiento del Padre es lo que el Hijo manifiesta: ya que todas las cosas se manifiestan por medio del Verbo. A fin, pues, de que conociéramos que el Hijo venido (a nosotros) es el mismo que otorga el conocimiento del Padre a quienes creen en él, decía a los discípulos: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre y

aquellos a quienes revelare el Hijo». Dábase a conocer a sí mismo y al Padre, tal como es, no fuéramos a admitir otro Padre fuera del revelado por el Hijo [...] En enseñó empero el Señor que nadie puede conocer a Dios sin que le enseñe Dios, sin Dios no hay conocer a Dios; empero esto mismo —el ser conocido Él — en la voluntad del Padre [...] Creer empero en él es hacer su voluntad, y recluir justamente en las tinieblas por ellos elegidos a los que no creen y huyen por lo mismo de su luz¹⁸.

Por tanto el hombre para acoger al Padre que se revela en el Hijo implica hacer su voluntad para vivir en la luz. En este sentido el hombre que conoce a Dios por el rostro del Hijo, necesita dejarse hacer, por él: lo propio de Dios es hacer lo propio del hombre es dejarse hacer, para que pueda hacer el plan de Dios en su vida, acogiéndolo en su existencia.¹⁹.

2.3.5. El hombre hechura de Dios

El hombre puede acoger el don si se abre a él. Dios hace al hombre y el hombre se pone en sus manos:

El relato de la creación, tal como la presenta Ireneo, el ser humano es la única criatura que Dios modela con sus propias Manos, y la descripción evoca gestos de exquisita delicadeza en el comienzo de la historia: Dios se agacha y se arrodilla para llegar hasta el suelo; toca, busca y palpa para sentir entre sus dedos la finura o lo rocoso de la tierra; recoge entre sus palmas lo más fino y mide cuidadosamente las cantidades adecuadas de tierra para amasarla con su virtud; modela al hombre contrastándolo consigo mismo y toma de lo suyo para vestirle; hasta conseguir y reconocer entre sus Manos llenas de barro una criatura hecha a su propia imagen; y se deleita en contemplarla²⁰.

Por tanto Dios es el que modela al hombre, y este es quien es modelado. Dios da consistencia al hombre, cuando este se sabe sostenido por él. Dios da firmeza al hombre para que pueda vivir en confianza:

¹⁸ AH IV, 6, 3-5.

¹⁹ Cf. AH IV, 39, 2.

²⁰ Namikawa. 212.

Dejarse hacer (resp. *fieri*) se traduce por «entregar a Dios lo suyo (del hombre)», poner en manos del Creador lo que de él ha recibido: naturaleza o substancia, potencia o sentidos, ejercicio. Entregarse en cuerpo y alma²¹.

Por tanto el hombre es criatura que es hecho por Dios, a su modo. Solo Dios es perfecto y desde esa perfección hace al hombre imperfecto para que crezca en hacerse semejante a él²².

Dios es en sí mismo²³, mientras que el hombre es quien tiende de modo progresivo hacia Dios. Dios es el que subsiste en sí mismo, el hombre tiene una existencia que depende de Dios.²⁴ Dios es la bondad (cf. Sal 86, 5), y la gratitud. El hombre está capacitado para recibirla. Dios es el don, a quien el hombre se abre para ser acogido. Dios es el donante, y el hombre el vaso de barro que lo acoge (cf. 2 Cor 4, 7). Dios es el que moldea, y el hombre el molde que se deja hacer por él (cf. Jr 18, 1-23)²⁵. Dios es libre, e hizo a un hombre libre que le puede rechazar, si le abandona, y no le sigue. Este don del Padre, se da en unos u otros, según su querer, y la respuesta de ellos al don. Así los profetas recibieron el don, como promesa. Los que han recibido el don del Hijo, lo reciben en plenitud. Pero a cada uno se le pedirá de modo diverso. A los que han recibido la plenitud, se les exigirá de este modo: vivir como hijos en el don del Padre. Vivir desde el amor, la entrega y la donación al otro. De esta forma Dios escribe en el corazón del hombre una ley para que le pueda servir y alabarle.

2.3.6. De la ley natural a la ley de la libertad

En este sentido, la ley natural que rige la vida del hombre se convierte en el horizonte desde donde Dios le va a pedir que cumpla los mandamientos que él le ordena y están en su corazón. Pero el pecado del hombre, le convierte en esclavo de sí mismo, y ya no puede vivir de modo libre, sino como siervo. La ley se convierte para él en una ley de servidumbre. Así vivió el pueblo de Israel, que había recibido de Dios por medio de Moisés una ley que ensanchaba su corazón, pero por el pecado, se hace esclavo, y no

²¹ Orbe. “Deus Facit. Homo fit”, 658.

²² «Ses creatures en tant qu’elles ont eu on commencement, son nécessairement inférieures à lui: ce qui a été fait ne peut pas ne pas avoir été fait; et parce qu’elles ont été faites, elles ne participant pas parfait» Michel Aubineau. “Incorruptibilité y divinité selon Saint Irénée”. *Rech SR* 44 (1956): 30.

²³ Cf. Orbe. “Deus facit. Homo fit”, 645.

²⁴ Cf. Fantino. “El hombre verdadero según Ireneo”²².

²⁵ «Cette incorruptibilité divine transcende absolument la condition corruptible de la créature»²⁵. Aubineau. 31.

vive desde la ley de Dios, sino de su propio deseo. El Verbo que hablaba con el hombre ponía en él los deseos de vivir en Dios. Pero por el pecado el hombre se aparta de Dios y necesita ser liberado, para vivir como hijo, y no como siervo, desde las promesas que Dios le quiere hacer:

Reconocer su pobreza y remitirse cada vez más a Dios, acoger su presencia y entrar en el misterio de Dios dentro de uno mismo, vivir desde la libertad que le constituye pero que le es dada; esa es la confianza de los hombres libres a la que se refiere Ireneo. La presencia de la Palabra a lo largo de la historia garantiza que la relación entre Dios y el hombre no termine en una servidumbre. Su capacidad de servir madurará como sobreabundancia de respeto y amor. La Palabra de Dios había recompensado la fe de Abraham, y también había dado la ley de la servidumbre a su pueblo, y la misma Palabra que había llamado a Abraham «amigo de Dios» ha dicho a sus discípulos: «Ya no os llamo esclavos (sino amigos)» (Jn 15, 15), otorgándoles con eso la gracia de la libertad²⁶.

El Verbo encarnado, el Hijo de Dios, en la plenitud de los tiempos cumple la promesa y puede redimir al hombre del pecado, para que sea libre. El hombre ya no es un siervo, sino que puede vivir como el Hijo, bajo la ley de la libertad, que lo convierte en hijo como él. El Hijo de Dios no abole la ley que Dios había dado en el principio, sino que viene a darle cumplimiento. El hombre no vive bajo el yugo de la ley, que con normas y preceptos lo ahogan, sino desde el amor, que eleva su corazón a Dios. En el Hijo el hombre se hace amigo, para vivir en la libertad que Dios le regala.

En este sentido, si Dios mandaba amar al prójimo, en Jesús la idea de prójimo cambia, ya no solo pide amar a los que nos aman, a los más cercanos, sino a nuestros enemigos (cf. Mt 5, 38). Por eso en Cristo el mandato del amor adquiere su plenitud. El hombre en la libertad puede amar a todos, incluso al que no le hace bien. Por ello, el Señor ama a todos sin excepción. Él llama amigos a aquellos que le siguen, de un modo nuevo, no desde la alianza antigua hecha a Abraham y Moisés, sino desde su propia entrega que da a la amistad un sentido nuevo, para compartir él con el hombre, su propia intimidad. El Hijo llama a los hombres a una amistad personal con él para revelarles su propio corazón (cf. Jn 15, 15). Por ello el hombre en Cristo puede unirse a Dios para estar con él.

²⁶ Namikawa. 84-85.

2.3.7. La comunión con Dios

Dios crea al hombre a su imagen y semejanza²⁷ y se abaja al hombre para entrar en comunión con él. Dios no necesita del hombre, para vivir de la comunión, porque es relación de personas y en sí mismo encuentra la plenitud. El Padre, el Verbo y el Espíritu viven en unidad perfecta. Pero Dios quiere crear al hombre por su designio personal, y solo según su complacencia. Dios crea al hombre porque lo ama. Pero no necesita de él. Solo requiere que el hombre responda a ese deseo divino. Dios llama al hombre a la comunión con él, a vivir de la relación personal²⁸. Por eso le pide una respuesta. Así lo hizo desde Adán, pasando por Abraham, Moisés y los profetas. Ellos invitaban al pueblo de Israel a vivir en la comunión con Dios. Pero el pueblo por su pecado desobedece a Dios que les hablaba por medio de Moisés y los profetas, y perdió la comunión con Dios. «En los profetas adelantábase lo que sería en la final consumación entre los elegidos; llevando ya aquí en la tierra, el Espíritu de Dios y teniendo comunión con Él». De este modo Dios sigue cumpliendo la promesa con el pueblo. Dios en el Verbo encarnado cumple su alianza con el hombre. Israel rechazo a Dios y su designio. Así es necesaria la encarnación del Verbo que en la fragilidad de la carne, hará posible que el hombre pueda vivir en Dios. Por lo cual Dios no necesita al hombre, para darle su salvación, solo necesita que él la acoja:

Cristo no aparece simplemente en el horizonte del designio salvífico como un respuesto como consecuencia del pecado. [...] De otra manera Cristo es el sentido y la garantía últimos de la creación. Cristo está esbozado en las entrañas últimas de la creación: esbozo destinado a enriquecerse y llegar a plenitud a lo largo de la historia, de nuestra historia, que no es solamente el tiempo del hombre, sino también el tiempo de Dios que se da a sí mismo en atención al hombre para consumarlo a su imagen y semejanza²⁹.

Por ello, el don viene de Dios que pide del hombre una respuesta. De esta forma las ofrendas del hombre en la antigua alianza preparaban el camino para acoger la salvación. Pero solo el sacrificio perfecto del Hijo redime al hombre. Este puede unir sus sacrificios y entregas personales a la entrega del Hijo pero siempre como respuesta

²⁷ Cf. Orbe. *Antropología*, 14-15.

²⁸ Cf. *Ibid.* 217.

²⁹ Ayán. “La creación de Cristo”, 53.

al plan de Dios. Porque no necesita del sacrificio del hombre³⁰, sino quiere que viva en la perfecta comunión con él:

Dios no tiene necesidad en el sentido de estar privado de algo o de carecer de algo indispensable para su ser. El hombre se sitúa en el polo opuesto porque le falta y está necesitado de algo para llegar a ser perfectamente lo que ha de ser. Ireneo resume las necesidades del hombre en su necesidad de la comunión con Dios. Ante la necesidad del hombre que es como una pobreza o un vacío que si él mismo intenta tapar y llenar ciegamente lo haría desde la ignorancia. «Dios solicita el servicio de los hombres...para poder él que es bueno y misericordioso, dar bienes aquellos que perseveren en su servicio». Dios que no ha necesitado ni de ángeles, ni de otros dioses [...] «solicita» el seguimiento y el servicio de los hombres, no porque le haga falta, sino como una respuesta de generosidad ante la pobreza del hombre³¹.

Así Dios solo pide una respuesta del hombre. Él no lo necesita pero se da al hombre para entrar en comunión con él. Dios se une al hombre para regalarse sus dones. El hombre pobre y necesitado es saciado por el don de Dios, que acude a su debilidad para que le dé una respuesta.

Por otra parte Ireneo muestra cómo Israel en Egipto por el pecado del pueblo se aparta del mandato y de la obediencia a Dios, y la ley se convierte en ley de servidumbre, que hace que el hombre viva como siervo. Por ello, el hombre no puede glorificar a Dios, con su vida, porque le ha rechazado, y solo puede reconocerle, desde la condición de siervo, que hace la voluntad de Dios, como un esclavo. Por lo que la libertad del hombre se entiende en la libertad de Dios³². Así Dios quiere restaurar la alianza que había hecho con los primeros padres que solo vivían de la fe, y por ello eran justificados. Ellos no necesitaban los signos, porque vivían en Dios, y solo desde él. (cf. AH IV, 16, 2). Así en la nueva alianza desaparecen los signos. El sábado y la circuncisión tiene un sentido nuevo. El hombre ya no vive para el sábado, sino que todo tiempo, es agradable para la relación con Dios, que se nos da en Cristo, para poder vivir el tiempo, desde el presente, que nos trae la salvación en el Hijo. También la circuncisión adquiere un significado más hondo. El hombre en Cristo puede vivir en la obediencia de la fe, a la voluntad de Dios. (Cf. AH IV, 16).

³⁰ «Dios no exigía en el A. T los sacrificios porque necesitase de ellos sino para hacer mejor al mismo hombre que ofrece». Arróniz. “La salvación de la carne en San Ireneo”, 18.

³¹ Namikawa. 180.

³² Cf. Ibid. 79.

En este sentido la ofrenda del Hijo por el hombre es grata al Padre y por medio de ella recibe gloria. Por lo cual el Hijo es glorificado en la Iglesia para ser salvación para todos los hombres. Por eso la Iglesia hace la ofrenda del Hijo al Padre para que todo hombre encuentre la salvación³³. Por tanto Ireneo nos enseña, que Dios acepta esas ofrendas que se hacen con sencillez y el deseo de darse. Así Dios acogió la ofrenda a Abel, y no la de Caín:

En efecto, desde el principio miró Dios (con agrado) los dones de Abel, porque ofrendaba con simplicidad y justicia (=inocencia); en cambio no miró (así) el sacrificio de Caín, porque tenía el ánimo dividido contra su hermano con codicia y malicia³⁴.

Dios mira la ofrenda que se hace desde un corazón, en el que no hay engaño, ni doblez, como lo hace la viuda del Evangelio (cf. Lc 21, 1-4). Un corazón que se dona por completo y no busca su propio interés. La ofrenda perfecta es la del Hijo, que se dona por completo al Padre. Ello se hace patente en la Eucaristía:

El pan y el vino sobre los que el Señor dio gracias son su cuerpo y su sangre. Esta es la oblación del N. T que la Iglesia ha recibido de los Apóstoles y que ofrece a Dios como primicias de sus dones; el sacrificio puro de la profecía de Malaquías. Esta oblación solo puede hacerla la Iglesia porque solo la Iglesia profesa una fe conforme a la Eucaristía³⁵.

En ella el hombre ofrece los dones a Dios, los cuales son transformados por la acción del Espíritu en el cuerpo de Cristo. Este se ofrece al Padre en el altar por todos los hombres. El hombre que participa de la Eucaristía, es transformado también en su cuerpo, que se convierte en cuerpo de Cristo, y puede unirse al Hijo para ofrecer a Dios su propia existencia:

Pues no le ofrendamos como a necesitado, sino por gratitud a Su don y por santificar la creación. Porque así como Dios no necesita de lo nuestro (‘eorum quae a nobis sunt’), así nosotros tenemos necesidad de ofrendar algo a Dios [...] Porque Dios, que en Sí de nada necesita, acepta nuestras buenas obras, para regalarnos en recompensa Sus bienes (cf, Prov 19, 17b); como dice Nuestro Señor (Mt 25, 34- 36): ‘Venid, benditos de mi

³³ Cf. AH IV, 17, 6.

³⁴ Ibid. 18, 3.

³⁵ Arróniz. “La salvación de la carne en San Ireneo”, 18.

Padre, recibid el reino que os está preparado: porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui huésped y me acogisteis, desnudo y me cubristeis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme. De consiguiente, así como —sin tener necesidad de estas cosas (obras de misericordia) — quiere sin embargo que las hagamos, en beneficio nuestro, para que no seamos estériles³⁶.

Por ello Dios solo pide al hombre la entrega de su vida, que se traduce en la caridad hacia el prójimo, porque este también lleva inscrita la imagen de Dios. Las obras que hace el hombre son para crecer en santidad, y poder hacer la voluntad de Dios en su vida. A Dios nuestras obras no le aportan en sí mismo, solo son para que el hombre respondiendo a su llamada acoja la salvación de Dios. De esta manera la entrega del hombre a Dios se traduce en la entrega al hermano, porque nadie puede creer en Dios que no ve, sino tiene caridad con el prójimo a quien ve (cf. 1 Jn 4, 20). Por lo cual Dios no necesita del hombre, él acoge lo que el hombre hace como respuesta al amor que de Dios recibe.

En este sentido el hombre que entra en comunión con Dios y vive de su alianza, puede dar gloria a Dios en cada día, desde el amor al prójimo al que se entrega como a Cristo mismo. Dios no necesita del hombre solo acoge lo que este hace, el cual se pone a su servicio como respuesta al amor que él le ofrece. Por eso se da al servicio del que sufre porque en él está en el Señor.

2.3.8. La gloria de Dios

Ireneo muestra que la gloria de Dios es que el hombre viva, la vida del hombre consiste en la visión de Dios (Cf. IV 20, 7). Pero ¿cómo podemos considerar esta afirmación del Santo?:

Desde el principio declara pues el Hijo al Padre, como desde el principio está con el Padre. El Hijo da a conocer al linaje humano, en el tiempo conveniente para beneficio suyo, según orden y composición (=armonía), las visiones proféticas, las divisiones de los carismas, sus ministerios y las glorias del Padre. Pues donde hay orden (‘consequentia’) hay consistencia, y donde consistencia hay también oportunidad, y donde oportunidad hay también utilidad (o beneficio). Por ello el Verbo fue constituido Dispensador de la gracia del Padre para utilidad de los hombres, por quienes llevó a

³⁶ AH IV, 18, 6.

cabo tan grandes 'economías' (tantas disposiciones): a los hombres manifestándoles a Dios, y a Dios presentándole el hombre. Custodia la invisibilidad del Padre, no venga el hombre a despreciar a Dios, y tenga siempre adonde progresar. Y muestra a su vez a Dios, hecho visible a través de muchas disposiciones, a los hombres para que no caiga el hombre en el no-ser, abandonado de Dios. Porque gloria de Dios es el hombre dotado de Vida; y Vida del hombre es la visión de Dios³⁷.

Por tanto, Dios, comunión de personas, vivía en unidad perfecta, en el amor. Se bastaba a sí mismo. Pero Dios se autorevela en la creación y en la creación del hombre. Dios crea al hombre a imagen y semejanza suya con sus dos manos el Verbo y el Espíritu. El hombre plasmado del barro de la tierra es creado tomando como modelo el Verbo encarnado desde el cuerpo del Cristo glorioso. Por ello en la formación del hombre está el fin: la resurrección en la carne. Dios crea al hombre dándole un halito de vida, es decir, el Espíritu. Este vivifica al hombre, y le regala la misma vida divina. Así la divinización del hombre está en el horizonte de la creación. Dios crea al hombre por amor. Por el pecado el hombre pierde la unión con Dios y le hace una promesa de salvación para que este pueda volver a unirse con Dios, y ver su rostro por medio del Hijo que se lo revela. El Hijo de Dios muestra el verdadero rostro de Dios, al que el hombre puede llamar Padre. Quien le ve, ve al Padre:

La gloria de Dios se hace visible por medio del Hijo, el Verbo encarnado que es revelador del Padre (cfr. Jn 1, 18). Esta visibilización de la gloria de Dios ocurre ya en la revelación natural porque «todos por el Verbo aprende que no hay mas que un solo Dios Padre, que contiene todo y da la existencia a todo». Pero de modo especial en la revelación propiamente dicha, donde el Verbo se constituye en el dispensador de la gracia del Padre a través de sus distintas economías de revelación³⁸.

Ahora quien quiera mirar al Padre, tiene que mirar el rostro del Hijo, y en esa mirada sentirse un hijo amado de Dios, y verse identificado con el Hijo, cuando el Padre dice: Este es mi Hijo (hijo) amado en quien me complazco (Mt 3, 17), para descubrir que la gloria del hombre es entrar en esa relación de comunión del Padre y el Hijo. Así

³⁷ AH IV, 20, 7.

³⁸ José Luis Moreno. "Gloria Dei. Vivens homo. Uso actual de la fórmula de Ireneo". *Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra*, 1996: 228.

el hombre puede ver el rostro del Padre y entrar en relación con él por medio de hombres que lo han revelado en su Iglesia.

2.3.9. La Iglesia

La Iglesia es el Nuevo Israel³⁹, que cimentada en las columnas de los Apóstoles, y de los seguidores de Jesús, está formada por todos los hombres que han acogido la salvación de Dios que se nos da en el Hijo. En ella todas las naciones, Israel y los que vienen de la gentilidad, pueden vivir en comunión formando un solo pueblo en el que Dios es él que viene habitar en medio de ella. Por lo cual el Señor, como Salvador del mundo viene para todos pueblos sin distinción⁴⁰. Así nos muestra como es el camino que nos presenta en su seguimiento: la humildad del que se pone a servir a los suyos, al hombre que ha pecado (cf. Jn 13).

En este sentido el Señor es la vida que les (al hombre) saca de la región de los muertos; él que llama al hombre a la vigilancia para sacarlo de la muerte, en la venida futura en la resurrección, que se prefigura en el huerto de los Olivos, despertando a los discípulos cuando estaban dormidos ante la Pasión de Cristo⁴¹.

Este camino que el Señor nos propone es para el pueblo de Israel, heredero de las promesas, pero se abre a todos los pueblos. Porque él es el Salvador para todos. En la Iglesia, que él funda, todos pueden vivir este camino de salvación y llevarlo a su vida. En la Iglesia todos son acogidos. Ella recibe el trabajo de todos, donde todos reciben el salario de sus trabajos (cf. AH IV, 22,2):

La venida de Cristo beneficia a todos los que, desde el principio, creyeron el Hijo del Creador, y tuvieron temor de Dios, y amor al prójimo. A todos los cuales legó su eficacia salvífica: singularmente con el descenso a los infiernos y evangelización a los Justos difuntos. Los dos Testamentos conocen la misma dispensación en el único y mismo Dios (Creador): *a*) para los patriarcas, *b*) para los Justos de la Iglesia circuncisa e incircuncisa. Lo que prefiguraban los patriarcas y profetas, lo realiza la Iglesia nuestra. El trabajo de los Justos en el A.T. recibe su salario en el N.T. No es uno el Dios de los

³⁹Cf. AH IV, 30, 4.

⁴⁰ Cf. AH IV, 34, 1.

⁴¹ Cf. AH IV, 22, 1.

que trabajan, y otros el de los que reciben su salario, Los que trabajan y reciben el salario obedecen a la misma y única dispensación del Dios uno, Creador y Padre⁴².

La Iglesia nos muestra cómo el anuncio profético de la encarnación del Hijo, ha tenido distintos acentos y matices. Algunos profetas, lo han anunciado como el que tiene que padecer⁴³, otros como aquel que viene en majestad, y gloria, como aquel que ha vencido a la muerte⁴⁴. Pero el Hijo es sobre todo aquel que ha resucitado de entre los muertos y ha dado una nueva vida al hombre (cf. Lc 24, 4). Ese el mensaje que proclama la Iglesia. Lo mismo que los profetas fueron perseguidos, lo es la Iglesia. Los mártires son los testigos de que el Hijo ha vencido a la muerte y ha traído la vida y la salvación al hombre⁴⁵. Así Cristo se hace presente en su Iglesia:

Cada hombre tiene la posibilidad de encontrarse con Cristo en el hoy permanente de la Iglesia hasta el fin de los tiempos. Cristo está en su Iglesia [...] La coetaneidad con Cristo se realiza en la Iglesia. Esta presencia viva de Cristo en su Iglesia se da en el Espíritu Santo por su acción continua y permanente⁴⁶.

2.4. A modo de conclusión

La fuente principal que Ireneo cita en este libro IV del *Adversus Haerereses* es la Sagrada Escritura. Por medio de ella el Santo Obispo elabora su modelo antropológico. El estilo el que se basa para formularlo es a modo circular por el que introduce las categorías más importantes para él, pero con una profundidad cada vez mayor. Estas categorías que venimos concretando desde el inicio en este trabajo y que se revelan en Libro IV del *Adversus Haereses* serían las siguientes, que de modo concatenado paso a considerar.

Dios crea al hombre a su imagen y semejanza con sus dos manos (el Verbo y el Espíritu) para que esté con Él. Por ello el hombre es hecho por Dios del barro de la tierra, con sus dos manos el Verbo y el Espíritu. Dios habla al hombre por el Verbo y lo llama a la amistad, que tiene su plenitud en Cristo, invitando al hombre a participar de

⁴² Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 341.

⁴³ Cf. AH IV, 33, 9-10.

⁴⁴ Cf. Ibid. 33, 11.

⁴⁵ Cf. Ibid. 33, 9.

⁴⁶ José Manuel Fidalgo. *Conocer al hombre desde Dios. La centralidad de Cristo en la Antropología de Romano Guardini*. Navarra: EUNSA, 2010, 229.

sus mismos sentimientos. Así en Ireneo se nos revela una única economía de la salvación que se realiza en dos Testamentos: el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. En ambas alianzas Dios es Creador y Padre: un solo Dios. Dios se da a conocer al hombre de manera progresiva. Los profetas, en el Antiguo Testamento anuncian al pueblo la salvación que será dada en el Verbo encarnado. Esta profecía se cumple en el nuevo Testamento que revela al Hijo de Dios en la carne. Dios envía a su Hijo como el Salvador que va a liberar al hombre de la ley de servidumbre para que entre en la ley de la libertad. También Dios se manifiesta como Padre del hombre, y en él, este es hijo. Pero en la plenitud por el don del Espíritu, Dios llama al hombre a ser hijo en el Hijo. En este sentido Jesús invita al hombre a la amistad para compartir su vida y estar en comunión con él. Así en el Antiguo Testamento Dios llama amigos a hombres que le han sido fieles y han cumplido sus promesas, confirmando que Dios ama al hombre y se da a él para que pueda conocerle. En el Nuevo Testamento el conocimiento de Dios se nos revela por el Hijo, que nos muestra el rostro del Padre. Si vemos al Hijo, vemos al Padre, y en él somos conocidos. El conocimiento de Dios en el hombre es progresivo. El hombre va creciendo para llegar a tener una comunión plena en el amor.

Pero el hombre peca y se aparta de su Creador. El Antiguo Testamento recoge el pecado de los que ofendieron a Dios y no le fueron fieles, y el Nuevo Testamento no esconde el pecado de los que rechazaron al Hijo ni la debilidad de los que le siguieron y se avergonzaron de él. Pero Dios envía al Hijo que se hace carne y asume lo humano para liberar al hombre del pecado y darle una vida nueva. El hombre puede volver a la comunión con Dios y ser hijo en el Hijo. En el Antiguo Testamento no se daba todavía la plenitud de la filiación. Adán era hijo de Dios. Pero su pecado le aparta del don de Dios recibido. Por eso se hace necesario que el Verbo se encarne para dar al hombre la salvación plena y la filiación que se nos da en el Hijo, por el Espíritu.

Pero la encarnación del Verbo que se realiza en el Espíritu y se completa en el Bautismo⁴⁷ tiene su cumplimiento en la resurrección del Hijo por la que el don de la filiación adquiere su plenitud. Por ello el fin del hombre es la resurrección. Cuando Dios crea al hombre lo hace desde el modelo del Verbo encarnado en el cuerpo glorioso

⁴⁷ «En el bautismo del Señor se cumple en los hombres la voluntad del Padre de hacer renacer a los hombres desde su vetustez a la novedad de Cristo. Las Escrituras presentan al Espíritu como fundamento original de la vida y de la salvación, bendición y garante de la resurrección en la carne, y una promesa comunicada a los elegidos y profetas, que reciben el encargo de llevar adelante la historia anunciado el nuevo tiempo mesiánico». Namikawa. 44

del Hijo⁴⁸. En la creación del hombre está el fin: la resurrección. Así el hombre puede vivir como hijo de la resurrección de modo pleno.

El misterio de la filiación nos introduce en el misterio eclesial. El hombre no vive solo su condición de hijo, sino este don se nos da en la Iglesia por el Bautismo. Por el don del Espíritu el hombre se convierte en hijo de Dios, como primicia de lo que se cumplirá en plenitud, en la resurrección. Por lo tanto el Bautismo que se da en la Iglesia hace posible que el hombre viva como hijo en el Hijo. Pero no de modo aislado, sino en una comunidad de hermanos que tienen a Dios como Padre, en el Hijo por el Espíritu. Este misterio de fraternidad se ha transmitido en la Iglesia desde los Apóstoles hasta nuestros días. Por lo cual en la Iglesia los hijos pueden seguir al Señor y convertirse en sus discípulos. Son llamados a vivir el don de la amistad y comunión con Dios desde la entrega del Hijo que le quiere revelar su intimidad para que el hombre pueda gozar del don de Dios, que tiene su plenitud en la vida gloriosa que el Hijo nos ha ofrecido.

⁴⁸ «La vocación del hombre es Cristo glorificado que se alza como el hombre ideal a imagen del cual Dios modeló el barro del primer Adán». Ayán. “La creación de Cristo”, 47.

CAPÍTULO TERCERO: ESTUDIO DE LOS CAPÍTULOS 36-39 DEL LIBRO IV DEL ADVERSUS HAERESSES.

El capítulo III nos introduce en el corazón de esta tesina. En él comentaré con detalle los capítulos 36-39 del *Adversus Haereses* (AH IV, 36-39). En primer lugar haré una breve introducción de los mismos. En segundo lugar señalaré el contenido y las parábolas que en el capítulo 36 aparecen, para pasar a indicar los aspectos más significativos del modelo antropológico que Ireneo desarrolla en los capítulos 37 al 39.

3.1. Introducción

Los capítulos 36 al 39 constituyen una sección de la parte tercera del libro IV del *Adversus Haereses* y son los fragmentos que contiene una mayor densidad antropológica en este libro. En ellos Ireneo quiere mostrar que el Hijo es el enviado del Padre. Para ello se sirve de una gran variedad de parábolas, que considera en el capítulo 36 para ponerlo en evidencia. Ireneo parte de la única economía de la salvación, en la que solo hay un Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo:

Ireneo quiere probar, en la Tercera parte del Libro IV, la unidad de ambos Testamentos a partir de las parábolas de Cristo. E inaugura la demostración con la parábola de los viñadores homicidas de Mt 21, 33-43¹.

Los capítulos 37-39 forman una unidad y constituyen lo que se ha denominado el tratado de libertad:

Ya casi como síntesis del Libro IV, Ireneo dedica los capítulos 37 al 39 al tratado de la libertad, recogiendo el tema de la creación del mundo por el Dios único. El texto es casi como una condensación de lo que nuestro autor entiende por economía [...] Ireneo enfoca la perfección del hombre desde la libertad, y no desde la problemática del mal².

De este modo el hombre es libre para hacer el bien o el mal, rechazando a Dios o acogiendo su Palabra. Así, mientras que en capítulo 36 se recogen las parábolas en las que Ireneo nos muestra cómo puede ser la respuesta del hombre a la acogida del Padre

¹ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 486.

² Namikawa. 58.

desde la entrega del Hijo, en los capítulos que le siguen (37-39) señala las categorías antropológicas que como consecuencia de dichos pasajes se entresacan: la libertad, el conocimiento del bien y el mal, el crecimiento del hombre para asemejarse a Dios.

De esta manera quiero hacer una breve introducción del modo como Ireneo entiende las parábolas para pasar en un segundo momento a desarrollarlas.

3.2. Las parábolas

3.2.1. El significado de las parábolas

Las parábolas para Ireneo se insertan en el misterio del Dios que toma carne humana. Ellas nos ayudan a descubrir la identidad del Verbo encarnado. Por ello han de ser entendidas desde la categoría del cuerpo:

Para Ireneo, tal contenido (el contenido último de las parábolas) —aun en parábolas de impronta sublime y espiritualísima —, ha de buscarse, en última instancia, entre los misterios del Verbo hecho carne, en la economía humana de Dios, entre los miembros de su Iglesia, que componen el cuerpo (humano, terreno) de la verdad³.

El Señor cuando habla en parábolas distingue dos actitudes en relación con la fe. Por una parte aquellos que escuchando al Hijo no le creen. Y para ellos está cerrado el sentido de la parábola, porque no quieren ver ni escuchar. Por otro lado se encuentran aquellos que si creen, con una fe que tiene que ir en aumento, y para los que el sentido de la parábola no se halla oculto, aunque a veces esté velado:

Una misma parábola es oída por todos, bien o mal dispuestos: *a)* los bien dispuestos la entienden; *b)* los mal, la oyen y no la entienden. La diferencia radica en los hombres, no el Señor. El sol ilumina igualmente a todos: *a)* los enfermos de ojos no contemplan su luz; *b)* los sanos la contemplan. El Señor jamás fuerza la fe, que, por libre ha de ser meritoria. Habla a los creyentes e incrédulos; *a)* los incrédulos la dejan perder («nullificant eum»), y se vuelven ciegos; *b)* los creyentes siguen dóciles al Verbo; su ánimo recibe plena y mayor luz⁴.

³ Antonio Orbe. *Parábolas evangélicas de San Ireneo I*. Madrid: BAC, 1972, 27.

⁴ *Ibid.* 6.

En este sentido para poder descubrir el verdadero sentido de la parábola Ireneo se sirve de la exégesis bíblica respondiendo a los gnósticos y marcionitas. Los gnósticos piensan que el hombre psíquico no puede llegar a descubrir su verdadero significado, y se reveló solo a unos escogidos:

No hay Escritura que demuestre ni revele con claridad sus misterios característicos. El Salvador instituyó, para legitimarlos, una parádoxis secreta, revelándosela a individuo cualificados [...] Sólo muy pocos fueron (y son) capaces (físicamente) de entender el alcance de las parábolas relativas a la doctrina (característicamente) gnósticas; y las entienden no a merced de un estudio paciente y religioso de las «parábolas», sino por pura tradición secreta gnóstica, que inicia con su interpretación auténtica. El Salvador se las declaró directamente a unos pocos apóstoles, discípulos y mujeres; y su exégesis pasaría a los cabezas de serie gnósticos⁵.

De la misma forma Ireneo responde a Marción y sus seguidores. Ellos no podían comprender a Jesús como enviado del Padre, porque no acogen la única economía de la salvación y por eso la unidad de la Escritura. Ireneo les responde a ambos haciendo referencia a que el Señor con esta forma literaria nos introduce en su propio misterio de salvación, desde su identidad de Hijo en la única economía de salvación⁶.

En este sentido el lenguaje en parábolas es un instrumento usado por Cristo para referirse a su propia persona e identidad. Por eso solo los que creen en él y le reconocen como Hijo de Dios pueden tener una comprensión acertada de ellas. Por lo que para entenderlas hay que tener como referencia la unicidad de Dios a la que se refiere el Santo. Porque solo hay un Dios que envía a su Hijo, que ya habló por los profetas⁷.

3.2.2. Las parábolas más destacadas para Ireneo en el Tratado de libertad

El capítulo 36 contiene las parábolas con las que Ireneo muestra la identidad del Señor y con ello la identidad del hombre que quiere seguirlo. Él es el enviado del Padre que se ha puesto un traje de fiesta para celebrar el verdadero banquete de bodas.

Las parábolas que Ireneo señala en este capítulo son: los viñadores homicidas, el banquete de bodas, el hijo pródigo, la higuera seca, la parábola de los obreros de la viña,

⁵ Orbe. *Parábolas evangélicas I* 13-14.

⁶ Cf. *Ibid.* 7.

⁷ Cf. *Ibid* 3-33.

el publicano y el fariseo, los dos hijos enviados a la viña y el pasaje de Jesús que refiere a como quiere acoger a Jerusalén como una gallina a sus polluelos.

Para hacer más clara la exégesis del Santo Obispo expondré en primer lugar el texto del Evangelio que recoge la parábola⁸ y en segundo lugar haré referencia al comentario que Ireneo hace a través de ellas tomando las aportaciones que considero más relevantes.

De este modo podemos considerar cual es el mensaje que el mismo Señor nos quiere revelar en las parábolas:

Entre las enseñanzas del Señor, en forma de parábola, adquiere singular importancia, para S, IRENEO, la unidad o identidad del Padre con el inspirador de los profetas del A.T y con el Creador del Universo. A los profetas les inspiraba el Padre; y no una sustancia, o un dios diverso del Padre en natura. El mismo que hizo todas las cosas⁹.

Por ello las primeras parábolas que voy a desarrollar (los viñadores homicidas y el banquete de bodas) señalan la entrega del Hijo como enviado por el Padre al hombre. En la parábola de los viñadores y del banquete de bodas el protagonista es el Padre que viene al hombre a darse y entregarse por él en el Hijo. Este viene a ofrecer la salvación al hombre, desde el mandato que el Padre le hace; se da a cada hombre para revelar el rostro de Dios. El amor del Hijo por el hombre le lleva a entregarse y darse a todos. El Padre cuida de la viña y prepara para el hombre un banquete para acogerlo y poder estar con él, y, por eso envía a su Hijo como aquel que nos muestra al Padre.

a. Los viñadores homicidas

Texto evangélico

Escuchad otra parábola. Era un propietario que plantó una viña, la rodeó de una cerca, cavó en ella un lagar y edificó una torre; la arrendó a unos labradores y se ausentó. Cuando llegó el tiempo de los frutos, envió a sus siervos a los labradores para recibir sus frutos. Pero los labradores agarraron a los siervos, y a uno le golpearon, a otro le mataron, a otro le apedrearon. De nuevo envió otros siervos en mayor número que los primeros; pero los trataron de la misma manera. Finalmente les envió a su hijo,

⁸ Para citar las parábolas que recogen los evangelios, tomaré: *Biblia de Jerusalén. Nueva edición revisada y aumentada*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1998.

⁹ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 485.

diciendo: a mi hijo le respetaran. Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron entre sí: Este es el heredero. Vamos, matémosle y quedemos con la herencia. Y, agarrándole le echaron fuera de la viña y le mataron. Cuando venga, pues, el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores? Dícenle: «A esos miserables les dará una muerte miserable y arrendará la viña a otros labradores, que le paguen los frutos a su tiempo» Y Jesús les dice: ¿No habéis leído nunca en las Escrituras: La piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido, fue el Señor quien hizo esto y es maravilloso a nuestros ojos?

Por eso os digo: Se os quitará el Reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos. Y el que cayere sobre esta piedra se destrozará, y aquel sobre quien cayere, le aplastará.

Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que estaba refiriéndose a ellos. Y trataban de detenerle, pero tuvieron miedo a la gente porque le tenían por profeta. (Mt 21, 33-46).

Para poder comprender la novedad de la exégesis de esta parábola en Ireneo es necesario exponer el modo de comprensión que tenían los gnósticos, los marcionitas, y los eclesiásticos. Los gnósticos consideraban que los hombres espirituales son los que habrían seguido al Dios bueno, ya que tienen el verdadero conocimiento, mientras que los hombres híbridos, y los carnales se oponen a él y la buena administración de la casa¹⁰. Marción no reconoce que el Dios del A. T sea el Padre que envía al Hijo en el N.T, rompiendo así la única economía de la salvación¹¹. Por otra parte los autores eclesiásticos anteriores a Ireneo, resaltan distintos matices de la parábola. Clemente Alejandrino la explica desde la filosofía griega. Así la viña es la verdad; Orígenes considera a los siervos enviados por el Amo y el Hijo, desde los dos testamentos, en una economía del siervo y otra de carácter filial¹².

La novedad que supone la exégesis de Ireneo en este texto es destacar de nuevo la unicidad de Dios y la única economía de la salvación. Por ello solo hay un Dios que ha enviado a su Hijo. Dios es el Padre que prepara el terreno para que el Hijo pueda ser acogido:

El pater familias amo de la viña simboliza al único verdadero Dios. Dios: Dios de los primeros enviados o profetas, y del Padre del Unigénito enviado en primer lugar Amo

¹⁰ Orbe. *Parábolas evangélicas I*, 230.

¹¹ Cf. *Ibid.* 234.

¹² Cf. *Ibid.* 235-237.

de la viña, a título de Creador del mundo, y deseoso de que sus colonos fructifiquen con frutos de Vida eterna, sigue en ambos Testamentos —antes y después de la Parusía primera de Cristo — una misma Dispensación salvífica. La misma Dispensación a que sirve la misión, en los últimos tiempos, del Hijo, se deja sentir a lo largo del A.T en la misión de los profetas¹³.

El Padre ha enviado a los profetas: los viñadores que vienen a trabajar en la viña que el Padre ha preparado. Pero fueron apedreados por los siervos, que no respetaron a los viñadores. El pueblo de Israel no respetó a los profetas, terminando dando muerte a muchos (cf. Mt 23, 37). En la última etapa envió al Hijo para ver si a él lo respetaban pero al Hijo lo mataron¹⁴. Por eso el Padre deja la viña a otros viñadores que den fruto en la viña:

El Señor no contradice esto, ni afirma que los profetas hayan venido de otro Dios, sino de su Padre, ni de otra substancia, sino del único y mismo Padre; ni que existe alguien aparte de su Padre que haya hecho cuanto hay en este mundo. El enseñó lo siguiente: «Había un padre de familia que plantó una viña, le puso un cerco, fabricó un lagar y construyó una torre. Luego la alquiló a agricultores y se ausentó. Cuando llegó el tiempo de la cosecha envió a sus criados a los viñadores para que cobrasen su parte del fruto. Los viñadores atraparon a los criados, a uno lo golpearon, a otro lo mataron y al tercero lo apedrearon. De nuevo envió a otros criados, más que los anteriores, pero les hicieron lo mismo. Por último envió a su único hijo, diciéndose: Quizás respetarán a mi hijo. Pero cuando los viñadores vieron al hijo, se pusieron de acuerdo: Este es el heredero. Venid, matémoslo y nos quedaremos con su herencia. Y habiéndole echado mano, lo arrojaron de la viña y lo mataron. ¿Qué hará el Señor de la viña a estos viñadores cuando regrese? Y le dijeron: Hará desaparecer a esos malvados y rentará su viña a otros viñadores que le entreguen el producto a su tiempo. Y el Señor añadió: ¿Acaso no habéis leído: La piedra que desecharon los constructores se ha convertido en la piedra angular: esto es lo que ha hecho el Señor, y es admirable ante nuestros ojos? Por eso os digo que se os quitará el reino de Dios para dárselo a un pueblo que produzca sus frutos» (Mt 21,33-43). (AH IV, 36, 1).

¹³ Orbe. *Parábolas evangélicas I*, 486.

¹⁴ «La viña simbolizaba al género humano plasmado y *escogido*, al pueblo venido de los patriarcas. El Amo se lo arrendo a los jefes de Israel, representados en los días de Jesús por los sumos sacerdotes y los fariseos. Responsables religiosos del pueblo [...] Los colonos, los jefes, resultaron incapaces de conducir a Israel, pueblo al servicio de su Dios: no a un servicio ceremonial y externo, sino al destino para que fueron sus individuos *creados* en Adán (Gen 1, 26) y *elegidos* en los patriarcas». Ibid. 256.

El Pater familias envía a los viñadores para que cuiden de la viña, pero ellos dieron muerte a todos los que se ponían a su servicio en la viña. Por eso Israel acabó con los profetas que eran fieles a Dios. Así el Padre envía al Hijo, como Aquel Siervo que es enviado a cuidar de la viña, del pueblo de la alianza. Envío al Hijo al pueblo que vivía de una ley que le hacía vivir como siervo para que pudiera dar fruto:

Delimitó así el campo, reduciendo el agro sin fronteras del linaje humano, a que se extendía con el Decálogo la ley natural, a los límites de Israel con la ley de servidumbre para que cultivase la viña así limitada, y la fructificase para Dios¹⁵.

Pero los criados, los jefes del pueblo no le respetaron, ni creyeron en él como el Hijo enviado del Padre y le dieron muerte. Por eso el Padre dará la viña a otro pueblo venido de todas las naciones, que sepa acoger el don del Hijo y darle su debido fruto. De este modo, podemos considerar quienes son estos criados Ireneo y la parábola indica:

Si los criados simbolizan a los profetas del A.T, uno mismo fue el paterfamilias y dueño de la viña —esto es el Creador y Padre— que envió a los profetas, los siervos suyos del A. T, y al Hijo en el N.T.: dando unidad a la Dispensación que mira a fructificar la humana Salud, en uno y otro Testamento¹⁶.

Por eso el Padre coloca a los agricultores en su viña y se ausenta. Después envía a los viñadores y los criados para que recogiesen el fruto, pero los primeros pegaron a los segundos. Y así hicieron con los que les fue enviando. Por último envió a su Hijo pero lo mataron y se quedaron con la herencia. Se quedaron con la viña. Pero Dios les quitará la viña para dársela a un nuevo pueblo¹⁷.

En esta manera se manifiesta la unidad en la Escritura. La viña es el pueblo de Israel al que Dios envió a los profetas que fueron perseguidos cuando anunciaban la esperanza de un Salvador y condenaban el pecado del pueblo. En la plenitud de los tiempos el Padre envía al Hijo que viene a liberar al hombre y salvarlo del pecado. Pero fue condenado por el pueblo de Israel que no creyó en Él. Los jefes del pueblo son los

¹⁵ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 487.

¹⁶ *Ibid.* 486.

¹⁷ «Los primeros colonos firmaron su condenación. Sus palabras atestiguaban “a contrario” el tránsito de la viña a otros colonos. A los viñadores contumeliosos, soberbios, estériles, asesinos del Señor, le sucederán otros humildes, obedientes, llenos de fe, que rendirán copioso fruto a Yahvé». Orbe. *Parábolas evangélicas I*, 264.

siervos que matan al hijo, para quedarse con la herencia, de igual modo como hicieron con los profetas. Ellos no escucharon al Hijo y no creyeron en sus palabras ni en sus signos. Siendo el Hijo se cerraron a su palabra y mensaje:

Apareció finalmente el Hijo encarnado —nuestro Señor Jesucristo— y enunció a los hijos de Israel lo mismo que los profetas. Ya no como Siervo que pregona el mensaje del Amo, sino como Unigénito que revela filialmente al Padre [...] El Hijo trae señales suficientes para ser reconocido. No podrán alegar los colonos ignorancia de Jesús. Pues habiéndole reconocido (o debido conocer) por Unigénito de Dios, no le han *reconocido*. La misma incredulidad que manifestaron los judíos a la predicación de los profetas la tuvieron para el Evangelio (resp. la misión) del Hijo¹⁸.

De este modo Dios llama a otro pueblo que acoja al Hijo. Por ello la Iglesia fundada por Cristo será el nuevo pueblo de Israel¹⁹ que reconoce al Hijo como Siervo que se entrega por ella, que nace en el árbol de la cruz, y acogiendo al Salvador puede producir los frutos de vida eterna. «El Espíritu de adopción se infunde sin límites, y además de hacerlos a todos profetas con la plenitud del Espíritu, los hacer “hijos” de Dios»²⁰. Así solo hay un solo Señor: aquel del que hablaban los que no creían y que ahora el Hijo nos revela como Padre:

Así pues, el mismo Señor al que ellos predicaban a los incrédulos, Cristo lo dio como Padre a aquellos que lo obedecen: a los primeros, Dios los llamó para ser siervos de la Ley, a los últimos los elevó a la dignidad de hijos. (AH IV, 36, 2).

Por tanto podemos señalar que en el Espíritu gozamos de la dignidad de hijos. En el Hijo tenemos la filiación divina, que él nos obtiene por su entrega al Padre. Así por el Espíritu todos los hombres pueden llamar a Dios Padre. «El Espíritu le enseña al ser humano a dirigirse a Dios diciendo: ¡«Abba»!:

El lagar se dilata a todas partes, porque a todo el mundo se extienden los Justos, venidos de la gentilidad, que reciben el vino del Espíritu, y fructifican con él, a Dios Padre. [...]

¹⁸ Ibid. 263. «La manifestación del Padre por el Hijo, tanto en los profetas del A. T como en los justos del N. T, mira a la sola utilidad del linaje humano [...] mira a la utilidad y beneficio del hombre». Antonio Orbe. “Gloria Dei. Vivens homo” *Gregorianum*, 2 (1992):, 258.

¹⁹ «La torre o Jerusalén electa será la Iglesia o pueblo escogido. Circunscrita por la circuncisión y la ley de Moisés. En contraste con la futura Iglesia de la gentilidad, no circunscrita». Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 487.

²⁰ Orbe. *Parábolas evangélicas I*, 266.

Rotas las fronteras de Israel, se extiende por todo el mundo la Iglesia de las gentes, dominada por la verdadera Jerusalén, torre de elección. Levantada sobre todo el mundo, resplandece con hermosura en todas partes, como centro de un inmenso lagar alimentado por el Espíritu de adopción. Rompióse el lagar alimentado por el Espíritu profético; y se dilato por todas partes el Espíritu de adopción o filiación, a que son llamados sin distinción de pueblos y razas, todos los hombres²¹.

De esta manera primero se manifestó el Espíritu profético mediante el cual se manifestaban las visiones y se anunciaba lo que estaba por venir. Por ello en el Antiguo Testamento los profetas se dejan mover por el Espíritu que les movía a anunciar el misterio del hombre en el Hijo por el Espíritu. Este misterio se comunicó en primer lugar a Israel, pero por el mismo Espíritu se hace patente a todos los hombres. De esta forma el misterio oculto por el que el hombre es hijo de Dios se desvela en el Espíritu de adopción por el que el hombre es hijo en el Hijo. Este misterio oculto ahora queda desvelado. Y si Israel participó del Espíritu de profecía, la Iglesia recibe en el Hijo el Espíritu de filiación para todos los hombres. Por ello podemos decir en síntesis que, «la visión profética tiene lugar en virtud del Espíritu profético [...] la visión adoptiva viene por influjo del Hijo o Verbo encarnado»²². En este sentido podemos distinguir tres maneras en que Dios se deja ver al hombre: Por el Espíritu profético cuyo fin es señalar al Verbo encarnado; por el Espíritu de adopción que nos indica al Resucitado; por el Espíritu del Padre que nos muestra la comunión del hombre con él²³.

En este sentido Ireneo considera que Dios desde Adán, Moisés pasando por los profetas habló por medio del Hijo. Dios envió a sus siervos para que el pueblo pudiera creer en él. Dios por medio de Moisés da una ley al pueblo para que viva en libertad, ya que estaba escrita en su corazón. Pero el pueblo pecó y desobedeció a Dios, y la ley de libertad se convirtió en una ley de servidumbre. Por ello Dios envía al Hijo que como Siervo obedece a Dios, devuelve al hombre la comunión con Dios y le hace libre. El Hijo otorga al hombre una vida en libertad que desde Adán a Moisés había perdido, y hace que el hombre no viva como siervo sino como hijo:

La historia de la ley forma parte de una relación en la cual la intención benévola de Dios permanece siempre única a lo largo de todas sus etapas, dándole coherencia al desarrollo y la maduración humana. Dios llama a Abraham «amigo» y se adapta a cada

²¹ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 488.

²² Orbe. “Gloria Dei. Vivens homo”, 235.

²³ Cf. *Ibid.* 241.

instancia del ritmo del crecimiento de su pueblo. El pueblo recibe el decálogo y luego una ley de servidumbre, para crecer sostenido por una relación donde la sumisión a los preceptos de la ley se prolonga y se extiende para enlazar con la ley de la libertad en Cristo²⁴.

Así los profetas anuncian al pueblo cómo ha de ser el camino de vuelta a Dios desde el servicio al pobre y al necesitado. «Como fruto de este servicio libre, el hombre se asemeja al Padre en el don gratuito al prójimo»²⁵. Esta vida nueva tiene su culmen en Cristo que desde la dignidad de hijo, envía al hombre a la entrega por el otro, desde la obediencia a Dios, como lo había hecho el Hijo:

Por eso el Señor decía a sus discípulos, a fin de prepararnos para ser buenos trabajadores: «Estad alerta siempre y vigilantes en todo momento, para que vuestros corazones no entorpezcan por comilonas, borracheras y preocupaciones profanas, porque de golpe os puede caer aquel día: pues llegará como un ladrón sobre cuantos habitan en la faz de la tierra» (Lc 21,34-36). «Tened ceñidas las cinturas y encendidas las lámparas, como siervos que esperan a su señor» (Lc 12,35-36). «Así como sucedió en los días de Noé -comían, bebían, compraban, vendían y se casaban, y nada advirtieron hasta que Noé entró en el arca, el diluvio se les vino encima y anegó a todos -, y como sucedió en tiempos de Lot -comían, bebían, compraban, vendían, plantaban y construían; hasta el día en que Lot huyó de Sodoma, llovió fuego del cielo y acabó con todos -, así sucederá el día en que venga el Hijo del Hombre» (Lc 17,26-30; Mt 24,37-39). «Velad, pues, porque no sabéis qué día vuestro Señor llegará» (Mt 24,42). (AH IV, 36,3).

De este modo para poder ser un siervo fiel de la viña del Señor, Dios invita a la vigilancia para no dejarse llevar de la debilidad y tener encendido el fuego de la entrega. Pone el ejemplo de los tiempos de Noé y Lot, en el que los hombres vivían de espaldas a Dios, y recibieron el fruto de su pecado. Así Jesús nos reclama vivir en vigilancia para recibirle en el momento oportuno (cf. Lc 12). El Hijo nos invita a dejar el pecado en una actitud permanente de entrega a él para estar en él desde la apertura del hombre a Dios:

Introducir la dinámica de la «entrega» de forma tan radical como ha hecho el Hijo significa abrir todas las potenciales distancias que implica la historicidad del

²⁴ Namikawa. 84.

²⁵ Ibid. 80.

aprendizaje, el acercamiento y la conversión, para que por toda la experiencia humana le sea posible al hombre crecer, madurar y fructificar para la comunión²⁶.

Por ello el Hijo que habló por los siervos va a dar el castigo oportuno a los que se apartaron de él. Por eso todo aquel que no de fruto será arrojado de la viña²⁷:

El Verbo de Dios es siempre uno y el mismo, la fuente de agua que salta para dar la vida eterna a quienes creen en El (Jn 4,14), pero seca al instante la higuera estéril (Mt 21,19). Envió justamente el diluvio en tiempo de Noé, para acabar con la raza malvada de aquellos seres humanos de esa época, los cuales ya no podían dar frutos para Dios, sino que se habían unido con los ángeles pecadores (Gén 6,2-4); y lo hizo para acabar con sus pecados, y al mismo tiempo salvar al modelo primitivo, es decir el plasma de Adán. El mismo en tiempo de Lot hizo llover del cielo fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra, «en testimonio del justo juicio de Dios» (2 Tes 1,5), a fin de que todos supiesen que «todo árbol que no produzca fruto será cortado y echado al fuego» (Mt 3,10; Lc 3,9). (AH IV, 36, 4).

b. El banquete de bodas

Texto evangélico

Tomando Jesús de nuevo la palabra les habló en parábolas, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un rey que celebró el banquete de boda con su hijo. Envió sus siervos a llamar a los invitados a la boda, pero no quisieron venir. Envió todavía otros siervos, con este encargo: Decid a los invitados: Mirad, mi banquete está preparado, se han matado ya mis novillos y animales cebados, y todo está a punto; venid a la boda. Pero ellos, sin hacer caso, se fueron el uno a su campo, el otro a su negocio; y los demás agarraron a los siervos, los escarnecieron y los mataron. Se enojó el rey, y enviando a sus tropas, dio muerte aquellos homicidas y prendió fuego a su ciudad. Entonces dice a sus siervos: la boda está preparada, pero los invitados no eran dignos. Id, pues, a los cruces de los caminos y, a cuantos encontréis invitadlos a la boda. Los siervos salieron a los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y la sala de bodas se llenó de comensales.

²⁶ Ibid. 387.

²⁷ «Persuadidos de que cada uno pagará la pena conforme al mérito de sus obras, por el fuego eterno; y cómo tendrá que dar cuenta a Dios, según las facultades que de Dios mismo recibió, conforme nos lo indicó Cristo al decir: 'A quien Dios otorgó más, más se le exigirá de Su parte'». Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 491-492.

Cuando entró el rey a ver a los comensales vio allí a uno que no tenía traje de fiesta; le dice: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda? Él se quedó callado. Entonces el rey dijo a los sirvientes: Atadle de pies y manos, y echadle a las tinieblas de fuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Porque muchos son llamados, mas poco escogidos. (Mt 22, 1- 14).

Ireneo nos ayuda a reconocer una unidad entre esta parábola y la parábola de los viñadores homicidas:

Las cosas arriba dichas bastan a probar la unidad e identidad del Padre que envió a la viña (resp. a los hombres), primeramente a los profetas, y por último, en la plenitud de los tiempos, a Su Hijo, nuestro Señor²⁸.

Dios envía siervos para invitarlos a celebrar un banquete de bodas, de la misma manera que envía a los siervos para que cuiden de la viña²⁹. Pero el pueblo no supo escuchar a los siervos, que eran invitados a la boda, ni a los que querían pedirles un camino de conversión:

Tal vez haya alguien a quien no baste cuanto dijimos antes, para creer que uno y el mismo Padre envió a los profetas y a nuestro Señor. Esa persona abra los oídos de su corazón e invoque al Maestro, el Señor Jesucristo, a fin de que pueda escucharlo decir: «El reino de los cielos es semejante a un rey que celebró la boda de su hijo, y envió a sus criados a traer a los invitados a la boda». Algunos se negaron a obedecer: «De nuevo envió a otros criados, mandándoles: *Decid a los convocados: Venid, he preparado el banquete, he matado los toros y otros animales cebados. Todo está preparado, venid a la boda.* Pero unos los despreciaron y se fueron, otros partieron a sus campos, otros a sus negocios, y el resto cogió a los criados para golpear a unos y matar a otros. Entonces el rey, al saberlo, montó en cólera, mandó a sus ejércitos para acabar con esos asesinos, quemó su ciudad y ordenó a sus criados: *La boda está preparada, pero los invitados no fueron dignos. Id, pues, a las puertas de los caminos, y traed a la boda a cuantos encontréis.* Habiendo partido los criados, juntaron a cuantos hallaron, malos y buenos, y así llenaron de comensales la boda. Cuando el rey entró para saludar a los comensales, vio a un hombre que no llevaba el traje de bodas. Y le

²⁸ Ibid. 492.

²⁹ «Así como al hombre, a Adán, lo modeló *para tener en quien depositar sus beneficios*, para descubrir por su propio medio los tesoros de su munificencia [...] así a los patriarcas los eligió —como cabezas del linaje “escogido”— [...] para manifestar en sus hijos el misterio de la salvación». Antonio Orbe. *Parábolas evangélicas de Ireneo de Lyon II*. Madrid: BAC, 1972, 283.

dijo: *Amigo, ¿cómo has venido sin traje de bodas? Más él calló. Entonces ordenó a sus siervos: Tomadlo de pies y manos y echadlo a las tinieblas exteriores: ahí será el llanto y el rechinar de dientes. Pues muchos son los llamados y pocos los escogidos»* (Mt 22,1-14). (AH IV, 36, 5).

El pueblo de Israel no atendió a la invitación que los siervos les hacían, y los que eran llamados excusaban su respuesta. Por ello tampoco supo (el pueblo) acoger al Hijo, que era el Esposo del banquete de bodas, que el pueblo no quiso reconocer como Siervo. Por lo que él invito a todos aquellos que le reconocieron: los pobres, los publicanos, los pecadores. En definitiva convidó a este banquete a todos los hombres de todos los tiempos. La invitación era primero, para el pueblo elegido pero este condenó al Hijo. Por eso la invitación se abre a todos los hombres ya sean del pueblo de Israel, ya sean del pueblo gentil. Todos están invitados a la boda que el Hijo quiere hacer con cada hombre, en la entrega de su vida y la alianza de la promesa de la redención:

El Rey manda invitación, en su última embajada, a todos, buenos y malos. Supone que los invitados son por naturaleza indignos y que, gracias a la inmensa benignidad del Rey, se les llama al festín de bodas³⁰.

De esta forma Ireneo responde a los herejes de su tiempo: a Marción desde la unicidad de la Escritura. Ireneo parte de la unicidad de Dios en una única economía de salvación. Marción no puede establecer una unidad entre los llamados por Dios en el antiguo testamento y aquellos a los que invita Cristo en el nuevo testamento, ya que establece una diferencia entre el Dios que se revela en el antiguo testamento, y el Dios que nos revela el Hijo en el nuevo testamento. Ya que uno es el Dios que llama a los antiguos, y otro el Dios que en Cristo llama a todo hombre ya sea judío o gentil. Del mismo modo Ireneo responde a los gnósticos, que consideraban que solo el hombre espiritual puede recibir la salvación. Así Ireneo señala que todo hombre puede entrar en el banquete de bodas y recibir la salvación³¹.

Por otra parte para los eclesiásticos la exégesis del texto es distinta de la que hacen los herejes pero todavía no llegan a la novedad que aporta Ireneo. Así para Tertuliano el vestido nupcial es la santidad³² y la cena la figura de la vida eterna, desde

³⁰ Orbe. *Parábolas evangélicas II*, 304.

³¹ Cf Orbe. *Parábolas evangélicas II*, 235.

³² Cf. *Ibid.* 246.

la unidad de los dos testamentos³³; para Orígenes la pureza es la forma del vestido de bodas³⁴. Y Clemente Alejandrino diferencia entre la llamada de Dios para todos y la elección para algunos³⁵. Orígenes señala que el centro del banquete es el Señor, y para estar en él se requiere la pureza del cuerpo y del alma³⁶. Ireneo va a señalar que la invitación al banquete es para todos, sin excepción:

El llamamiento, en sí, no supone que los invitados sean dignos del festín. El Rey manda invitación, en su última embajada, a todos, buenos y malos. Supone que los invitados son por naturaleza indignos y que, gracias a la inmensa benignidad del Rey, se les llama al festín de bodas³⁷.

Pero ¿por qué uno no puede estar en el banquete?, ¿acaso porque es pecador? El hombre que se sabe pecador, y reconoce su pobreza puede entrar en este banquete³⁸, pero el hombre que siendo pecador no se deja transformar por la gracia que le propone una conversión queda fuera de la boda. El pecado no aparta al hombre de la fiesta, sino el rechazar y no acoger el don de Dios:

«Al contrario», el castigo del que se presenta sin vestido de bodas tampoco afecta «per se» al alma, sino al cuerpo. El *hombre* irá a las tinieblas exteriores por no haber ostentado *en su carne* las obras de la justicia ni haberse hecho merecedor *en carne* del vestido del Espíritu³⁹.

De esta manera el hombre entra en el banquete por el don del Espíritu, que le abre a la entrega, también en el cuerpo. En este sentido si Cristo es el esposo del banquete⁴⁰, la boda se realiza en la cruz donde el acoge a todos. En la cruz nace la Iglesia: la Esposa que nace de su costado abierto. De este modo podemos afirmar que:

³³ Cf. Ibid. 247.

³⁴ Cf. Ibid. 261.

³⁵ Cf. Ibid. 252-254.

³⁶ Cf. Ibid. 261.

³⁷ Ibid. 304.

³⁸ «El llamamiento de indignos para las bodas del Hijo supone el tránsito de indignos a dignos, como hombres pecadores gratuitamente llamados a la Salud; hechos dignos, en virtud del llamamiento eficaz de Dios». Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 496.

³⁹ Orbe. *Parábolas evangélicas II*. 305.

⁴⁰ «Probablemente Ireneo identifica el convite nupcial con las bodas mismas del Hijo. El convite es de todos los predestinados. Las bodas son del Hijo. Pero la participación de las bodas del Hijo es del Cristo total, del Hijo y de su Iglesia». Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 495.

Supone IRENEO que, además del Hijo Esposo, han de entrar en el tálamo nupcial los invitados dóciles al llamamiento del Rey. Todos ellos en comunión con el cuerpo eclesial de Cristo, forman con El el magno Esposo de bodas. Iglesia Esposa llamada a unirse en matrimonio con el Hijo Esposo. No Iglesia espiritualmente Esposa, sino unida en carne (gloriosa) con la Carne glorificada del Hijo. Las bodas se cumplen en la naturaleza humana, 'secundum carnem', de Esposa y Esposo⁴¹.

Los discípulos del Señor son los que se dejan llenar del fruto del banquete: la sangre del Señor, para poder dar frutos a su tiempo. Este es el traje de fiesta. Todo aquel que no acoge esta salvación del Señor y no se reviste de su sangre⁴² [«La sangre es símbolo de la autenticidad de la naturaleza humana de Cristo»]⁴³ no puede estar en el banquete y será arrojado fuera.

Por eso afirma Ireneo que el que es invitado al banquete de bodas se reviste de la vestidura del Espíritu para que pueda acoger el don de la vida nueva que se le regala. Una vida llamada a vivir en la inmortalidad como don de Dios. Así podrán recibir el don del Padre los que se revisten del traje de fiesta que regala el don de la vida eterna en el hombre. Pero el don del Padre en el Espíritu requiere una respuesta del hombre en obras de santidad. Estas obras pueden ser de vida o de muerte. Las obras de vida hacen que el hombre tenga una existencia según Dios, y las de muerte que se aparte de él. Por eso el que se aparta de Dios pero arrepentido vuelve a él, recibe el perdón desde la caridad que le acerca a Dios:

También nos enseñó que, fieles a nuestra vocación, debemos adornarnos con las obras de justicia, para que descanse en nosotros el Espíritu Santo; éste es el vestido de bodas, del que el Apóstol afirma: «No queremos despojarnos, sino revestirnos, a fin de que lo mortal sea absorbido en la inmortalidad» (2 Cor 5,4). Pues a quienes fueron invitados al banquete divino, pero por su conducta no acogieron al Espíritu Santo, se les echó a las tinieblas exteriores (Mt 22,13). Es muy claro que es el mismo Rey que invitó a todo tipo de fieles a la boda de su Hijo, a quienes ofreció un banquete incorruptible, es quien condena a las tinieblas exteriores a quienes no tienen el traje de bodas, es decir a quienes lo desprecian. Como en el Antiguo Testamento «la mayor parte de ellos no lo agradó» (1 Cor 10,5), así también en el Nuevo, «muchos son los llamados y pocos los

⁴¹ Ibid. 496.

⁴² «Renovada la tierra, y con ella *la carne* de los creyentes (=elegidos), la Iglesia misma *humana*, en posesión de "la carne inmaculada", "vestido ya limpio" con la sangre de Cristo, hallase pronta como una virgen para acoger en el tálamo al Esposo». Orbe. *Parábolas evangélicas de II*, 307.

⁴³ Namikawa. 110.

escogidos» (Mt 22,14). No es uno el Padre que juzga, otro el que otorga la luz eterna y un tercero el que manda echar a las tinieblas exteriores a quienes no llevan el traje de bodas; sino que es uno y el mismo Padre de nuestro Señor, el cual llamó también a los profetas. En su inmensa misericordia también invita a los indignos, pero observa a los invitados para ver si llevan el traje debido que corresponda a la boda de su Hijo, porque no se complace en nada que sea malo o indebido. Como el Señor dijo al que había sido curado: «Mira que has recibido la salud. Ya no peques más, no sea que te pase algo peor» (Jn 5,14). Él es bueno y justo, puro e inmaculado, y por ello no soportará nada injusto o abominable en su tálamo de esposo. (AH IV, 36, 6)

En síntesis en las dos parábolas que comento (los viñadores homicidas y el banquete de bodas) se señala que el Padre es el que envía a los profetas, y el que envía al Hijo. El Hijo es el que habla con los profetas que invitan al pueblo a la conversión. El pueblo no se volvió a Dios, pero Abraham y los profetas sí reconocieron en el Hijo al Siervo que salva al pueblo, al Esposo que hace una alianza con el pueblo (cf. AH IV, 16, 3; 21, 1). Pero el pueblo ni les acogió a ellos, ni al Hijo. También en la venida en la carne del Hijo el pueblo lo rechazó (cf. AH IV, 8, 1). Así el Hijo dando su propia vida invita a otro pueblo a que le siga y de fruto (cf. AH IV, 36, 8; 25, 3). Esta vida que el Hijo trae es el Espíritu Santo: Señor y dador de Vida. En el antiguo testamento ya se anuncia la venida de este Espíritu para toda carne (cf. Joel 3,1), que tiene su cumplimiento en el envío del Hijo, desde la cruz: «Pero Jesús dando de nuevo un fuerte grito, exhaló el Espíritu». (Mt 27, 50), y en la resurrección cuando el Hijo sopla sobre los discípulos les envía de nuevo el Espíritu (cf. Jn 20, 22). El Espíritu que nos regala el Hijo en la cruz, se convierte en el traje de fiesta que quiere vestir al hombre; el Espíritu que nos envía el resucitado nos reviste con la nueva vestidura blanca de los que viven de la vida del Hijo en plenitud (cf. AH IV, 36, 6). «Ireneo otorga al “indumento nupcial” su máximo valor, al identificarlo no solo con el Espíritu Santo, sino con la inmortalidad inherente a la carne de los bienaventurados»⁴⁴. En este sentido podemos señalar que el Espíritu va a revestir la carne del hombre con vistas a la carne del Hijo. Por ello el hombre recibirá en plenitud el traje de fiesta cuando en la resurrección en la carne pase a participar de la vida en plenitud. «En el banquete incorruptible a que el Rey llama, se les anuncia o promete, como manjar, la incorrupción o vida incorruptible de Dios»⁴⁵.

⁴⁴ Orbe. *Parábolas evangélicas de Ireneo de Lyon II*, 305.

⁴⁵ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 495.

Así el Espíritu y la sangre son los dos testigos (cf. 1 Jn 5, 8) que dan testimonio de que el Hijo es el Esposo que invita a su Esposa, la Iglesia (cf. AH IV, 9, 4), a este banquete de bodas. Este Espíritu es derramado en toda la Iglesia (cf. Hch 2), para que invitada al banquete pueda llevar la vida del Hijo a todos los hombres (cf. AH IV, 17, 5). «El “lugar” donde opera el Espíritu es siempre y fundamentalmente la Iglesia, y por lo tanto, es el lugar en donde se encuentra la fe verdadera»⁴⁶.

c. Otras parábolas

Estas parábolas vienen a mostrar una y otra vez aquello que Ireneo confirma en este libro, que el Hijo es enviado por el Padre para salvar al hombre en la única economía de la salvación. En las parábolas anteriormente estudiadas el papel relevante es del Padre que envía al Hijo que se revela como Siervo. En él se cumplen las promesas de los profetas. Es el Esposo que da la vida por el hombre. En estas parábolas que voy a desarrollar de la mano de Ireneo el protagonismo lo tiene el hombre que desde la misericordia del Padre puede acoger al Hijo y dar fruto.

La comprensión de la novedad de la exégesis de Ireneo destaca desde el pensamiento de los herejes. Así la parábola del hijo pródigo se ha interpretado de modo diverso. Para Marción, como hemos señalado, el Dios del Antiguo Testamento no se corresponde con el Padre del Nuevo Testamento. Por ello el hijo mayor de la parábola haría alusión al pueblo de Israel del Antiguo Testamento, mientras que el hijo pródigo sería aquel que puede recibir la misericordia del Padre que nos ofrece el Hijo en el Nuevo Testamento, venido del pueblo gentil. «Tales dos símbolos invertían los esquemas de Marción, haciendo de Israel un hijo siempre dócil al Padre; y [...] hermanaba los dos Testamentos [...] como hijos de un mismo Dios»⁴⁷; para los gnósticos el hombre que se salva es el espiritual, por ello el hijo pródigo no podría recibir la salvación de Dios, porque se ha apartado de Dios y ha rechazado la herencia.⁴⁸ Por otra parte los eclesiásticos hacen una interpretación muy distinta de la parábola. Para Tertuliano el hijo pródigo representa a cada hombre, que es hijo de Dios, que se hace indigno por el pecado⁴⁹. Clemente de Alejandría considera que ambos eran

⁴⁶ Rodrigo F. Polanco. “La Iglesia, vaso siempre joven del Espíritu de Dios: Reflexiones sobre el núcleo articulado de la eclesiología de San Ireneo de Lyon” *Teología y vida* 48 (2007): 193.

⁴⁷ Orbe. *Parábolas evangélicas I*, 158.

⁴⁸ *Ibid.* 157-160.

⁴⁹ Cf. Orbe. *Parábolas evangélicas I*, 161.

hijos que vivían en la casa del Padre. Pero el menor al derrochar la herencia se alejó de la casa paterna⁵⁰.

De este modo podemos entender la peculiaridad de Ireneo. Él destaca que el hombre pueda estar en la casa del Padre de modo diverso, pero desde la misma economía de salvación.

La parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32) la presenta IRENEO como si mirase a contrastar la conducta (y palabras) del hijo mayor, con la conducta (y palabras) del pródigo. Hijos ambos de un mismo padre. Orienta la parábola hacia el misterio de la divina paternidad frente a la opuesta conducta de los hijos⁵¹.

Por una parte el hijo pródigo puede despreciar la herencia, pero dejarse tocar por el amor de ternura del Padre y por otro lado el hombre (el hijo mayor) puede permanecer en la casa del Padre pero vivir como aquel que vive del cumplimiento y no puede acoger el don del otro:

No sólo con lo ya dicho, sino también mediante la parábola de los dos hijos, de los cuales el menor se acabó su herencia viviendo en la lujuria con prostitutas (Lc 15,11-32), enseñó que uno y el mismo es el Padre que al hijo mayor no le regaló un cabrito, mientras que por el hijo menor que se había perdido ordenó sacrificaran el ternero cebado y le regaló el mejor vestido (AH IV, 36, 7).

El hijo menor y el hijo mayor han pecado. Pero lo que diferencia al hijo menor del mayor es que la conversión del hijo menor que vuelve a la casa del Padre, mientras que el mayor vive en la casa del Padre como un siervo, no como hijo:

El hijo menor no faltó más que el mayor. Y si peco, tiene sobre su hermano la ventaja de reconocerse pecador y convertirse en espíritu de penitencia al Padre. El cielo festeja la conversión. El Padre manda sacrificar por él al novillo cebado, devolverle, mediante su sangre, el «vestido primero» e introducirle al banquete de bodas⁵².

De la misma manera que llama a los dos hijos, el único Padre, en el Hijo, llama a todos los hombres a trabajar en su viña, en su campo. Les llama en el momento de su

⁵⁰ Cf. Ibid. 170.

⁵¹ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 498.

⁵² Orbe. *Parábolas evangélicas I*, 198.

vida en el que se van a poder poner a su servicio. Dios llama siempre y el hombre ha de estar dispuesto a la escucha:

El Padre simbolizado en el paterfamilias, es único, No es uno quien convoca obreros a la primera hora, o a la de tercia, sexta o nona; y otro el que los llama a la hora undécima. Situando las primeras horas —conforme a la alegoría— en el AT, y la última en el NT, un mismo paterfamilias deja sentir siempre su vocación, igual en el Antiguo que en el Nuevo Testamento. La economía que gobierna ambos períodos no cambia⁵³.

Por lo cual se hace necesario considerar cómo han interpretado esta parábola los herejes y los eclesiásticos, para entender la novedad de Ireneo y qué modelo ofrecen los eclesiásticos de la relación del hombre con Dios, modelo que reclama ser superado. Los gnósticos solo tenían en cuenta que Dios llama en referencia exclusivamente a su bondad, y solo para algunos. Por eso los eclesiásticos salen al paso comentando que la salvación es la misma y es para todos, como señala Tertuliano, y como añade Clemente de Alejandría: una única salvación con la misma recompensa para todos⁵⁴.

Ireneo introduce una novedad en la interpretación del texto, desde la comunión del hombre con Dios, desde la relación con el Verbo encarnado. Todos reciben el mismo sueldo para poder recibir la misma herencia y la salvación definitiva en el Hijo. El único Dios y Padre quiere acoger a todos los hombres, ya sean los primeros o los últimos en haber acogido su Palabra⁵⁵, para revelar en el Hijo su verdadero rostro⁵⁶. Dios Padre quiere dar a conocer a todos los hombres en el Verbo encarnado su verdadera imagen e identidad de hijos para que entren en el verdadero banquete:

La moneda del salario lleva la Imagen e Inscripción del Rey (o Dios Padre), a saber la forma o noticia, el Nombre del Hijo de Dios, en quien se da a conocer o configura el Rey. Mediante la Gnosis o Forma del Hijo llegarán los hombres a conocer a Dios Padre,

⁵³ Ibid. 439.

⁵⁴ Cf. Ibid 416. 419.

⁵⁵ Cf. Ibid. 439-441.

⁵⁶ «Cristo manifiesta quien es verdaderamente el hombre ante todo y sobre todo porque revela, con una cercanía más allá de la cual no se puede ir, quién es verdaderamente Dios. Y al revelarse Él, el hombre se puede mirar en Él y entenderse a sí mismo [...] En Cristo se revela la vida humana porque se revela la vida divina: la propia vida del hombre es su referencia a Dios: su Creador y Redentor. Al ver a Dios, quién es y lo que hace (su amor que lleva a la Redención) el hombre se sitúa a sí mismo, adquiere su verdadero puesto en la existencia, desvela su verdad». Fidalgo. *Conocer al hombre desde Dios*, 195.

y se harán partícipes de su incorruptela. Por el nombre del Hijo aprehenderán la medida personal del Padre⁵⁷.

El hombre que lleva en sí mismo la imagen de Dios y acoge su voluntad, da fruto en el tiempo oportuno: cada uno según haya sido llamado. Pero el pago de su trabajo es el mismo para todos independientemente del momento en que se hayan puesto a trabajar en la viña:

El salario único, o ´merces´ una, es en *cantidad* vario, según los méritos de cada uno, esto es según la respuesta varia al llamamiento de Dios. Pero en *cualidad* todos reciben el mismo salario, con la posesión del único y mismo Dios, por comunión en Su Inmortalidad, incorruptela y vida eterna, mediante el Unigénito⁵⁸.

La recompensa es la vida eterna en la que conoceremos a Dios y se nos desvelará el misterio del hombre que culmina en la salvación del Hijo y su victoria para todos. «El denario es el conocimiento del Hijo de Dios»⁵⁹:

Igualmente mediante la parábola de los trabajadores que a diversas horas fueron enviados a su viña (Mt 20,1-16) se prueba que el Señor es uno y el mismo, que llama a unos desde el principio de la creación del mundo, a otros algún tiempo después, a otros hacia la mitad de los tiempos, a otros hacia el ocaso de los tiempos, y a otros al final. El único Padre de familia que los llama quiere tener trabajadores en todos los tiempos. Porque una sola es su viña, y también es única su justicia. Uno es el administrador y uno el Espíritu de Dios que todo lo dispone. Así también uno solo es el salario, pues «cada uno recibió un denario» (Mt 20,9), que llevaba impresas la inscripción y la imagen del Rey, es decir la gnosis del Hijo de Dios que da la incorrupción. Por eso «pagó el salario empezando por los últimos» (Mt 20,8), pues al final de los tiempos el Señor se manifestará para hacerse presente a todos. (AH IV, 36,7).

Por tanto el Hijo se da a todos empezando por los últimos, porque el salario es el mismo para todos: su conocimiento, que da al hombre la vida que no termina. Así el Señor se ha presentado en la economía de la salvación de modo diverso. En la venida según la carne, el salario es un instrumento para la salvación de todo hombre, que se

⁵⁷ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 499.

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ Orbe. *Parábolas evangélicas I*, 453.

transforma en el don de la comunión con el Padre, desde la carne gloriosa del Hijo. De esta manera el hombre recibe el Espíritu que le hace hijo de Dios:

Mucho aguardaron Abel, Adán y los primeros justos. Muy poco en cambio los que murieron en los tiempos novísimos o días del Evangelio. [...] Al revelarse el a todos el Señor —como moneda única —en los últimos tiempos, con retribuir de golpe a todos, vino a favorecer a los justos en orden inverso a su aparición y muerte en el mundo. [...] Sólo en la segunda venida y en la consumación se presenta el Señor como salario de los justos. En la primera venida ‘secundum carnem’ no es aún perfecto salario, sino instrumento salvífico. El Señor da la media del salario único (‘merces una’) cuando se deja ver en su humanidad gloriosa a los justos, e infunde en ellos —de ‘carne (gloriosa)’ a carne — el Espíritu de filiación, para con ellas entrar en comunión de Vida eterna con el Rey o Padre⁶⁰.

Por el fruto del salario el hombre se convierte en hijo, por el don del Espíritu. El don de la filiación tiene como fin la comunión con el Padre, en el misterio de la carne gloriosa del Verbo. Por ello, como ya he señalado la carne gloriosa del resucitado es el fin del hombre, que vive ya como hijo anticipando la vida nueva del Hijo. La resurrección del Hijo de Dios lo convierte en hijo de Dios con poder, en miras a la resurrección de la carne, que convierte al hombre en hijo de la resurrección, para vivir en la comunión plena con el Padre fruto del Espíritu.

Por otra parte Ireneo señala que Dios es el Padre que quiere acoger al hombre que se tiene por justo y lo rechaza (si se reconoce pecador), como aquel que reconoce su pecado delante de él. Los fariseos y el pueblo de Israel no lo supieron recibir, y lo rechazaron. Por ello mostró su misericordia con aquel que le ha abandonado y ha derrochado la herencia pero vuelve a él con un corazón arrepentido. En este hijo nos podemos reconocer nosotros como aquellos que no siendo del pueblo escogido y habiendo malgastado la herencia acudimos a su perdón y su amor:

El fariseo ignora otra justicia que la suya [...] se encuentra bueno sin nada que llorar; e incapaz de confesar delitos, hace profesión —ante Dios — de justo. El publicano, ajeno a los prejuicios sobre la ley de Dios tiene conciencia de haber faltado, y hace profesión de malo ante la justicia de Dios. En ambos casos, la actitud depende de la propia conciencia. El fariseo ciego para la verdadera justicia, lo es igualmente para la

⁶⁰ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 499.

verdadera confesión (y plegaria). El publicano, abierto (con fe) a la justicia de Dios, lo es también para la confesión de sus pecados⁶¹.

En la parábola del fariseo y el publicano Ireneo señala que en la única economía de la salvación todo hombre ha de tener una actitud de humildad ante Dios, ya venga del pueblo elegido o del pueblo gentil. Pero los herejes como Marción se sirven de la parábola para ridiculizar el culto a Dios desde el pueblo judío⁶². A ello responde Tertuliano que para acercarse a Dios hay que tener un corazón humilde que se reconoce pecador. Los jefes del pueblo en repetidas ocasiones no mantuvieron esta actitud del corazón⁶³. De este modo Ireneo pone el acento en que solo hay una economía y un Dios único para ambos, ya sea publicano o fariseo⁶⁴.

De esta forma Ireneo considera que los profetas anunciaron la salvación que en el Hijo estaba por venir. Pero el pueblo no les escuchó y rechazaron a Dios. Por lo cual el Padre viene a todos los pueblos que también son invitados a su llamada. Así puede justificar al publicano que era rechazado por los fariseos, por su corazón humilde. El publicano que era considerado pecador a los ojos de los fariseos es justificado por el Señor porque levanta su mirada a él para pedir perdón, mientras que los fariseos no pueden acoger el perdón que Dios les ofrece porque se creen que sus obras hechas, para ser vistas por los demás, les van a conseguir aquella justicia que creen merecida⁶⁵. Por ello el Señor dice a los jefes del pueblo que las prostitutas y publicanos os llevarán la delantera en el pueblo de Dios (cf. Mt 21, 28-32). De este modo los primeros los que son invitados a trabajar en la viña pero dicen que no, no pueden acoger el don de Dios, pero el que dice no pero luego se pone al servicio de Dios puede recibir el don y hacer su voluntad⁶⁶.

El Padre recibe a todo hombre sea el momento en que se convierta y sirva en la viña («Hermanos como son, son hijos de un mismo único padre. Difieren en palabras y

⁶¹ Orbe. *Parábolas evangélicas I*, 287-288.

⁶² Cf. Ibid. 271.

⁶³ Cf. Ibid. 274.

⁶⁴ Cf. Ibid. 283.

⁶⁵ Cf. Ibid. 286-287.

⁶⁶ «Israel, ante la inminencia de la catástrofe, hizo penitencia, mas no saludable (por fe en Cristo). Fue inútil se dirigiera a la viña; su penitencia no conducía a ello sino a la perdición. Los gentiles (=publicanos y meretrices) a pesar de responder con sinceridad al llamamiento del Padre (resp. Juan, Cristo) y hacer penitencia de sus pecados, fueron incapaces de cumplir por sí solos “saludablemente” su voluntad. Hubieron de aguardar a la muerte y glorificación de Jesús. Solo entonces, a raíz de la efusión del Espíritu Santo sobre ellos, sintieron capaces de ir a la viña del Padre y obrar su justicia». Orbe. *Parábolas evangélicas II*. 105.

conducta; no en el Padre»)⁶⁷. Dios espera a cada hombre en cada momento y en cada circunstancia y Él se hace presente en el hombre, en el aquí y ahora de su vida. Para el Padre todo momento es adecuado para acogerlo. Él no hace diferencia según momento que cada uno se ponga a su servicio, sino que da a todos el mismo salario que es la recompensa eterna. La vida eterna es un don del Padre en el Hijo para todo hombre sin depender del tiempo que haya servido en la viña, ni el momento de su acogida y conversión a él. Él solo pide el sí del hombre ante el don que él le ofrece.

De esta manera el relato de los dos hijos a los que el Señor les pide un servicio en la viña nos muestran cuál es la conversión que Dios pide al hombre. Una conversión que le busque solo a Él, sin buscarse a sí mismo:

Primeramente contradijo al Padre, pero más tarde se arrepintió y marchó a la viña, con un arrepentimiento desinteresado. Un arrepentimiento interesado habría sido imperfecto, porque miraba a sí, no al Padre. El arrepentimiento desinteresado miraba sólo al bien del Padre. El hijo nada ganaba por arrepentirse y marchar a la viña⁶⁸.

De esta forma Ireneo responde a los gnósticos que consideraban a los que no respondían al mandato de ir a trabajar a la viña, pero luego van, como los que podían recibir el germen del Espíritu, para devolver a Dios lo que de él han recibido⁶⁹. Ireneo considera que todo hombre que vuelve a trabajar en la viña ha de hacerlo desprendido de sí, mirando solo al Padre, como ya señalado el P. Orbe comentando a Ireneo.

Por ello la viña de la que nos hablan las parábolas está también reflejada en la higuera que no da fruto porque el pueblo se ha cerrado a Dios. El Padre espera a que la higuera de fruto bueno, antes de cortarla por su maldad:

Dios no impone su intento, ni obliga a que fructifique la higuera o la viña del pueblo escogido. Llegada la consumación, manda cortar la higuera infructuosa. El mismo que enviaba mensajeros en busca de frutos, se decide a cortar el árbol estéril. No es uno el que envía una y otra vez mensajeros de salud, y otro el que decide cortar la higuera. Uno mismo, el Padre y dueño de la higuera, espera y corta, induce al bien y acaba con el mal⁷⁰.

⁶⁷ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 500.

⁶⁸ Ibid.

⁶⁹ Cf. Orbe. *Parábolas evangélicas II*, 88.

⁷⁰ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 501.

Los gnósticos ven a la higuera como un árbol formado por varias partes, en torno al primer Logos, o lo que ellos denominan Nous. Este árbol que se corresponde con el Hombre en sus miembros, es del que Dios espera fruto⁷¹. Para Ireneo la higuera representa a un pueblo, del que Dios espera recoger sus frutos. Mientras que para algunos eclesiásticos la higuera significa el mundo⁷². Ireneo señala que la higuera es el pueblo de Israel que no aceptó al Hijo.

Por eso el Hijo que ha sido enviado por el Padre ha querido reunir al pueblo escogido desde el amor de Dios. El pueblo no lo acogió sino que rechazó al que viene a salvarlo y mostrarle el corazón de Dios. Por tanto Dios va a llamar a trabajar en su servicio a todos aquellos que no siendo del pueblo elegido le acogen como Padre y responden con un sí para poder hacer su voluntad en sus vidas. De esta manera el Hijo es el enviado del Padre para toda persona que escucha su mensaje y recibe su vida. El Padre envía al Hijo para que todos vivan en unión con él y se sepan por él amados. Dios es el Padre que quiere acoger a sus hijos para que vivan en el bien. Por eso escoge a los que con un corazón sencillo pide perdón y hacen su voluntad:

También el publicano que en la oración superó al fariseo (Lc 18,10-14): el Señor no lo alabó por haber adorado a otro Padre, ni por ello salió justificado; sino porque, con gran humildad, sin soberbia ni jactancia, confesó a este Dios sus pecados. La parábola de los dos hijos a quienes mandó a la viña (Mt 21,28-32) también muestra a un mismo y solo Padre: el primero de los hijos primero contestó mal a su padre, pero luego se arrepintió, cuando ya no le servía arrepentirse; en cambio el otro de inmediato prometió a su padre que iría, pero al fin no fue, porque «todo ser humano es mentiroso» (Sal 116[115],2) y, «si tiene a la mano el querer, no tiene la fuerza de actuar» (Rom 7,18). Lo mismo la parábola de la higuera de la que el Señor dice: «Hace ya tres años que vengo a buscar el fruto de esta higuera y no lo encuentro» (Lc 13,7), claramente indica su venida anunciada por los profetas: vino a buscar el fruto de los antiguos, pero no lo halló; y por este motivo la higuera fue arrancada. (AH IV, 36, 7).

Ireneo recoge el texto evangélico en el que el Señor señala que esa viña de la que habla él en parábolas es Jerusalén, que persiguió a los profetas, que no acoge el don del Hijo, el cual, la quiere cuidar con un amor maternal, pero no se deja amar así. Por

⁷¹ Orbe. *Parábolas evangélicas I*, 208

⁷² Cf. *Ibid.* 215.

ello rechaza el don y la misericordia y su perdón. Por eso el Señor llamará a trabajar en la viña a hombres de todas las naciones para que le den el fruto, ya que el pueblo elegido no lo puso dar por no recocerle:

Y, aun sin parábolas, dijo el Señor acerca de Jerusalén: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, ¡cuántas veces quise recoger a tus hijos como la gallina bajo sus alas, pero no quisiste! He aquí que tu casa quedará desierta» (Mt 23,37-38). En la parábola había dicho: «Hace tres años que busco fruto», y ahora: « ¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos!». Todo esto sería una mentira, si no lo entendemos como referido a su venida que los profetas anunciaron, pues por primera y única vez vino a ellos. Mas, como es el mismo Verbo de Dios el que vino a los patriarcas a quienes eligió y visitó muchas veces por medio de su Espíritu profético, y el que ahora nos llama de todas las naciones mediante su venida, con razón afirmaba refiriéndose a todo lo que arriba hemos dicho: «Muchos vendrán de Oriente y de Occidente y se recostarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, en cambio los hijos del reino irán a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y rechinar de dientes» (Mt 8,11-12). Más si quienes de Oriente y Occidente crean en él se recostarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos para participar junto con ellos de su banquete, entonces uno y el mismo Dios es quien eligió a los patriarcas, visitó a su pueblo y llamó a los gentiles. (AH IV, 36,8).

El Hijo señala el pecado de Jerusalén al no querer reconocer a los profetas y darles muerte. Así desea recoger a sus hijos con un amor entrañable para que puedan recibir la salvación. Pero tampoco la ciudad santa acogió el don del Hijo, sino que lo rechazó para condenarlo. Por ello la entrega del Hijo se va hacer universal, como ya se había profetizado. Muchos vendrán del Oriente y Occidente y podrán entrar en la viña y en la casa de Dios (cf. Is 66, 18-21). Jerusalén estará formada por todos los pueblos, gentiles y judíos que acogen el don de Dios, y serán echados fuera de la ciudad todos los que no han acogido el don del Hijo:

A la elección de patriarcas como Abraham, Isaac y Jacob, ha de sumarse el llamamiento nuestro de todas partes del mundo ('et nos undique convocans'), venidos del Oriente y del Occidente a sentarnos a la mesa de la salud, al banquete nupcial, con los grandes patriarcas. En antítesis con los Israelitas que respondieron malamente al llamamiento a las bodas del Hijo, y serán excluidos del convite nupcial, muchos vendrán de la

gentilidad, dóciles a la vocación de Dios, y se sentarán al banquete de bodas del Hijo, junto con Abraham, Isaac y Jacob⁷³.

Una vez realizado el comentario a las parábolas que Ireneo señala en el capítulo 36, quiero desarrollar las consecuencias antropológicas que de ellas se entresacan.

3.3. Las dimensiones antropológicas. AH IV, 37-39

3.3.1. El hombre es creado libre (AH IV, 37).

La libertad del hombre es una categoría que se deduce de la exégesis de las parábolas de Ireneo. Las parábolas del hijo pródigo y los obreros de la viña nos muestran que Dios espera del hombre una respuesta. El hombre puede abandonarle y rechazarle, pero puede volver a él con un corazón arrepentido; puede buscar a Dios o buscarse a sí mismo cuando Dios le pide que acoja su voluntad; puede rechazarle para siempre y darle la espalda a Dios. En definitiva, Dios ha hecho al hombre libre para que esté con él o le abandone; para que pueda hacer su voluntad o se cierre al designio de Dios en su vida.

El hombre es creado por Dios a su imagen y semejanza y por ello libre. «La libertad en sí misma es una perfección que hace al hombre “semejante a Dios”»⁷⁴:

El hombre fue puesto en la tierra plasmado a imagen de Dios. Y a fin de que pudiera vivir sopló Dios sobre su rostro un hálito vital, de manera que tanto en el soplo como en la carne plasmada el hombre fuera semejante a Dios. Fue creado por Dios libre y señor de sí mismo destinado para ser rey de todos los seres del cosmos⁷⁵.

Pero su libertad no es autónoma porque depende de él. El hombre es libre porque Dios le ha otorgado ese don, para que se pudiera asemejar a él⁷⁶. Así Dios creó al hombre libre para darle la capacidad de elegir el bien o el mal. El hombre puede desobedecer a Dios y apartarse del camino del bien o acoger la voluntad de Dios en su vida:

⁷³ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 501.

⁷⁴ Arróniz. “El hombre a imagen y semejanza de Dios”, 273.

⁷⁵ *Demostración Apostólica de Ireneo de Lyon*. 11.

⁷⁶ «La libertad del hombre [...] tiene la libertad absoluta que caracteriza a Yahveh como motor para su realización, y además esa libertad le es dada como don por su semejanza al Creador». Namikawa. 82.

La libertad es un don de Dios. Por su medio el hombre es capaz de merecer el bien o el mal. Si la emplea en el servicio del Creador, obedeciéndole entrará en la herencia del Bien⁷⁷.

Por eso Dios hará justicia con los que obran el mal, y recompensará a los que llevan la bondad de Dios en su existencia. Por ello Dios respeta al hombre en su libertad, no le coacciona. Así el hombre puede acoger ese don que Dios le hace para poder hacer el bien⁷⁸:

Esta frase: « ¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos, pero tú no quisiste!» (Mt 23,37), bien descubrió la antigua ley de la libertad humana; pues Dios hizo libre al hombre, el cual, así como desde el principio tuvo alma, también gozó de libertad, a fin de que libremente pudiese acoger la Palabra de Dios, sin que éste lo forzase. Dios, en efecto, jamás se impone a la fuerza, pues en él siempre está presente el buen consejo. Por eso concede el buen consejo a todos. Tanto a los seres humanos como a los ángeles otorgó el poder de elegir -pues también los ángeles usan su razón -, a fin de que quienes le obedecen conserven para siempre este bien como un don de Dios que ellos custodian. En cambio no se hallará ese bien en quienes le desobedecen, y por ello recibirán el justo castigo; porque Dios ciertamente les ofreció benignamente este bien, mas ellos ni se preocuparon por conservarlo ni lo tuvieron por valioso, sino que despreciaron la bondad suprema. Así pues, al abandonar este bien y hasta cierto punto rechazarlo, con razón serán reos del justo juicio de Dios, de lo que el Apóstol Pablo da testimonio en su Carta a los Romanos: « ¿Acaso desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y generosidad, ignorando que la bondad de Dios te impulsa a arrepentirte? Por la dureza e impenitencia de tu corazón amontonas tú mismo la ira para el día de la cólera, cuando se revelará el justo juicio de Dios» (Rom 2,4-5). En cambio, dice: «Gloria y honor para quien obra el bien» (Rom 2,10). (AH IV, 37, 1).

De esta forma el hombre que actúa de espaldas a Dios y desprecia el bien y la benignidad de Dios, él mismo se cierra a recibir el don con un corazón duro que solo puede recibir un castigo justo. Pero el que hace el bien se hace beneficiario de la gloria de Dios:

⁷⁷ Orbe. *Antropología*, 171.

⁷⁸ «La libertad responde en el hombre a la invitación o consejo de Dios. Dios aconseja al hombre, con respeto a su libertad. Sólo así da lugar al mérito de la humana obediencia. De lo contrario, si Dios coaccionara al hombre, éste no tendría mérito, y la economía de la humana salud impondría a la fuerza». Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 503.

El hombre, por su libertad, es capaz de responder a Dios bien o mal, con obediencia a Su consejo o con desobediencia. Si responde con obediencia, recibe honor y gloria. Si con menosprecio, incurre en el justo juicio de Dios⁷⁹.

De la misma manera podemos añadir que la obediencia a Dios nos muestra el camino del bien que es Dios, y de forma contraria respecto del mal:

El hombre que responde con obediencia al consejo de Dios, salva justa y meritoriamente el bien de Dios. De lo contrario abandona con la desobediencia el bien divino por él despreciado, y el camino del bien a que le llama Dios⁸⁰.

Por lo cual el hombre que actúa desde el bien se convierte en testigo ante los demás de un Dios que es fiel y que ha hecho al hombre para que sea el hijo del banquete de bodas que tiene su lámpara encendida para acogerlo sin reservas de un modo libre. «Los hijos de la luz hacen buen uso de la libertad»⁸¹. Pero este mismo hijo puede rechazar al prójimo, y olvidarse de Dios:

Por este motivo el Señor predicó: «Que vuestra luz brille ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5,16). Y: «Tened cuidado de que vuestros corazones no se carguen con comilonas, embriaguez y preocupaciones profanas» (Lc 21,34). Y: «Estén ceñidas vuestras cinturas y encendidas vuestras lámparas, como criados que esperan a su Señor cuando está por volver de la boda, para abrirle cuando llegue y llame a la puerta. Dichoso el criado a quien el amo, al llegar, encuentre haciendo esto» (Lc 12,35-36). Y añadió: «El criado que conoce la voluntad de su amo y no la cumple, recibirá muchos azotes» (Lc 12,47). Y: «¿Para qué me llamáis: ¡Señor!, ¡Señor!, si no cumplís mi palabra?» (Lc 6,46). Y también: «Si el criado dice en su corazón: *Mi amo tarda en venir*, y empieza a golpear a sus compañeros, a comer, beber y emborracharse, cuando su amo llegue, en el día que menos lo espere, lo echará y le dará su parte entre los hipócritas» (Lc 12,45-46). Todos los textos semejantes a éstos, que nos muestran al ser humano como libre y capaz de tomar decisiones, nos enseñan cómo Dios nos aconseja exhortándonos a obedecerle y apartarnos de la infidelidad, pero sin imponerse por la fuerza. (AH IV, 37, 3).

⁷⁹ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 504.

⁸⁰ Ibid.

⁸¹ Ibid. 507.

Por lo que Ireneo nos ayuda a comprender la libertad del hombre que puede olvidarse del Creador, el cual aun sabiendo el daño que se hace el hombre rechazándolo, no se le impone sino que lo deja decidir según su voluntad:

El hombre es responsable de sus acciones, buenas y malas. Tiene su dueño, a quien debe sujeción, y de quien recibirá premio si se comporta bien, o castigo si se mal. El Señor, amo del hombre, le aconseja bien, sin obligarle, y le exhorta a la libre sumisión para premiarle, le amenaza en cambio con castigo si desobedece y declina su buen consejo. Más o menos, los testimonios aquí aducidos presentan doble vertiente: la de Dios (resp. del Señor) que da un consejo bueno, al hombre, sin violentarle; y la del hombre libre y con voluntad propia, que puede someterse o no a Dios⁸².

En este sentido el hombre es libre en cuanto sus obras y en cuanto a su fe. «La humana libertad se extiende también al campo de la fe. El hombre es libre para creer o no creer»⁸³. Creer mueve al hombre para que sus obras sean hechas según el querer de Dios⁸⁴.

Y no sólo en cuanto a las obras, sino también en cuanto a la fe, el Señor ha respetado la libertad y el libre arbitrio del hombre, cuando dijo: «Que se haga conforme a tu fe» (Mt 9,29). Esto muestra que el ser humano tiene su propia fe, porque también tiene su libre arbitrio. Y también: «Todo es posible al que cree» (Mc 9,23). Y: «Vete, que te suceda según tu fe» (Mt 8,13). Todos los textos semejantes prueban que el ser humano tiene libertad para creer. Por eso «el que cree tiene la vida eterna, más el que no cree en el Hijo no tiene la vida eterna, sino que la cólera de Dios permanece en él» (Jn 3,36). Por este motivo el Señor mostró que el ser humano tiene su bien propio, que es su arbitrio y su libertad, como dijo a Jerusalén: « ¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos como la gallina bajo sus alas, pero no quisiste! He aquí que tu casa quedará desierta» (Mt 23,37-38). (AH IV, 37,5).

Así, como señala Ireneo, creer en el Hijo hace que el hombre pueda vivir de modo libre en su relación con Dios. Dios concede que el hombre pueda tener plena

⁸² Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 506.

⁸³ *Ibid.* 508.

⁸⁴ «L'homme doit repondre a la offre gratuite de Dieu par un acte de foi et d'obéissance». Aubineau. 45.

libertad, siempre en referencia a la suya que viene a su encuentro. Como indica Prades, «la libertad finita es llamada incondicionalmente por la libertad Infinita»⁸⁵:

En el encuentro con la figura singular de Jesús, mediante la adhesión libre del hombre a la Verdad trascendente, se le concede el poder efectivo de decidir sobre la forma de su propia verdad (cfr. Jn 8, 32.36). Y con ello la Libertad Infinita asume definitivamente desde dentro de la determinación histórica, a la libertad finita⁸⁶.

Del mismo modo Ireneo considera que creer es vivir en la verdad de Dios que no esclaviza, sino que te hace hijo. La fe hace posible que el hombre acoja la vida nueva que el Hijo le trae:

La libertad del hombre y la ley de Dios no se oponen, sino, al contrario, se reclaman mutuamente. El discípulo de Cristo sabe que la suya es una vocación a la libertad. «Hermanos, habéis sido llamados a la libertad» (Ga 5, 13), proclama con alegría y decisión el apóstol Pablo. Pero, a continuación precisa: «No toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros» (ib.). La firmeza con la cual el Apóstol se opone a quien confía la propia justificación a la Ley, no tiene nada que ver con la «liberación» del hombre con respecto a los preceptos, los cuales, en verdad, están al servicio del amor⁸⁷.

De esta manera la caridad hace al hombre libre. Así el hombre es libre desde la obras y desde la fe. Para el que cree, todo se hace posible, se realiza y se lleva a término (cf. Mc 9, 23):

El que cree todo lo puede. Todas las cosas (resp. curaciones) están en el poder del que cree. [...] el que cree libremente todo lo puede. Las curaciones están a merced de la fe. Conforme a la fe libremente acogida será el poder del creyente⁸⁸.

De esta forma, Dios creó al hombre libre, con la capacidad de elegir entre el bien y el mal, rechazar u obedecer a Dios. Llevado de su propio albedrío puede vivir según

⁸⁵ Javier Prades. *Eius dulcis Praesentia. Notas sobre el acceso del hombre al Misterio de Dios*. Salamanca: Colección Subsidiaria, 2002, 41.

⁸⁶ Ibid. 46-47.

⁸⁷ Juan Pablo II, *Encíclica Veritatis Splendor*. Roma 6 de agosto, 1991, nº 17.

⁸⁸ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 508.

su imagen, o perder su dignidad⁸⁹, vivir desde el bien que es Dios, o rechazándolo para despreciar el don de Dios:

El mecanismo de la libertad humana es muy simple. De parte de Dios, hay un bien —el ‘consilium bonum’— indispensable, otorgado al hombre para levantarle a las alturas de Dios, gracia o don divino, otorgado a manera de ordenación que no fuerza en el hombre la obediencia. En el hombre hay una potestad o voluntad para responder libremente al consejo de Dios. El hombre que responde con obediencia al consejo de Dios, salva justa y meritoriamente el bien de Dios. De lo contrario abandona con la desobediencia el bien divino por él despreciado, y el camino del bien al que le llama Dios⁹⁰.

Por tanto si el hombre sigue el camino de la bondad se convierte en una lámpara que arde para todos y que anuncia la fidelidad de Dios. Dios es fiel y por eso el hombre puede responder aceptándolo. «El hombre ama a Dios con un amor humano cuyo origen y verdad son divinos»:⁹¹.

El principio del amor, si es verdadero, incluye realmente la fe. Sólo así sigue siendo lo que era, ya que sin la fe, que es para nosotros expresión definitiva del tener que recibir del hombre y de la insuficiencia de su obra, el amor se convierte en una obra hecha con las propias fuerzas⁹².

Así la respuesta del hombre a Dios desde la confianza viene acompañadas de obras de vida eterna y de santidad (cf. Rm 6, 22), como señala Ruiz de la Peña. «El tercer rasgo específico del concepto cristiano de libertad consiste en que ésta ha de vivirse como *servicio al hermano* [...] El amor se revela como “sacramento de la libertad”»⁹³. Por ello el hombre se entrega a Dios, esperando de Dios su respuesta desde el amor que haya puesto en sus obras, y estas se hayan hecho según el querer de Dios:

El hombre es responsable de sus acciones, buenas y malas. Tiene su dueño a quien debe sujeción, y de quien recibirá el premio si se comporta bien, o castigo si mal, El Señor,

⁸⁹ «La necesidad de él (libre albedrío) es el aprecio sensiblemente experimentado del ‘bien’ de Dios sobre el hombre: en esta vida mediante las continuas interferencias de la gracia divina y la humana actividad, y en la otra, mediante el conocimiento humanamente logrado». Orbe. *Antropología*, 185.

⁹⁰ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 504.

⁹¹ Namikawa. 55.

⁹² Joseph Ratzinger, *Introducción al cristianismo*. Salamanca: Sígueme, 2000, 225.

⁹³ Juan L. Ruiz de la Peña. *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*. Santander: Sal Terrae, 1988, 203.

amo, del hombre, le aconseja bien. Sin obligarle, y le exhorta a la libre sumisión para premiarle; le amenaza en cambio con castigo si le desobedece y declina su buen consejo⁹⁴.

De este modo Dios se da al hombre, le pide su asentimiento para que responda sometiéndose en libertad. Pero siempre respeta la libertad del hombre, y asiente ante su decisión. Pero si el hombre se rinde a él o si rechaza el hacer de Dios será distinto, y ello tendrá su consecuencia en la vida del hombre. Por tanto, el hombre es libre y Dios pide al hombre una respuesta desde la fe:

El que libremente cree todo lo puede [...] Conforme a la fe libremente acogida será el poder del creyente. La fe no se le impone al hombre [...] En el acto libre de fe hay dos vertientes: la divina a saber el bien propio del Señor, en la curación o en los milagros; y la humana a saber el acto del creyente⁹⁵.

Por ello «al hombre le toca poner por obra el bien que Dios le ofrece, al cual en el hombre, responde la obediencia, esto es el acto divinamente bueno, aconsejado por Dios»⁹⁶:

Es la libertad que, al ser don de sí, se hace obediencia a los designios del Padre. Por ello la libertad es, según el Nuevo Testamento, la actitud propia de los hijos de Dios, opuesta al temor que caracteriza la condición de esclavo (cf. Rom 8, 14; Gál 4, 3-7; Jn 8, 32ss). El cristiano es libre para amar precisamente porque se sabe amado por Dios (cf. Rom 8, 31ss). Por esta razón, liberado de la angustia de sí mismo, puede entregarse al amor de los demás⁹⁷.

Pero el hombre no obró así ya el principio sino que cuando llegó la tentación se dejó llevar por ella y pecó, haciendo mal uso de su libertad⁹⁸. El hombre pecó comiendo del árbol del conocimiento del bien y el mal, que le había prohibido Dios, y se dejó llevar del tentador⁹⁹. Por eso el diablo dirá al hombre: «Es que Dios sabe muy bien que

⁹⁴ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 506.

⁹⁵ *Ibid.* 508.

⁹⁶ *Ibid.* 505.

⁹⁷ Luis F. Ladaria. *Teología del pecado original y de la gracia*. Madrid: BAC, 2012, 282.

⁹⁸ Cf. Orbe. *Antropología*, 182.

⁹⁹ Cf. *Ibid.* 270-271.

el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal» (Gn 3, 5).

3.3.2. El conocimiento del bien y el mal (AH IV, 39)

Las parábolas que nos introducen en el conocimiento del bien y el mal se pueden concretar en la parábola de la higuera seca, y la del fariseo y el publicano. Desde la parábola de la higuera seca el hombre es llamado a dar frutos. Según los frutos que Dios recoja el hombre puede reconocer el bien o el mal en su vida. La higuera es el propio hombre que ante Dios puede saber hacer el bien o el mal. La parábola del fariseo y el publicano nos introducen en la actitud del hombre ante Dios. El Hijo ayuda a que el hombre sepa cuál ha de ser el mejor modo de relacionarse con Dios en la oración y en la vida.

El hombre fue creado por Dios de modo libre, con la capacidad de hacer el bien y el mal. «Dios ha creado al hombre libre, con aptitud para ambos extremos, de Vida o de Muerte; del bien y del mal»¹⁰⁰. Pero fue tentado por el diablo y eligió el mal, comiendo del árbol que Dios le había prohibido comer (cf. Gn 3, 5). Adán desobedeció a Dios y se dejó engañar por la serpiente para sufrir las consecuencias del mal¹⁰¹:

El hombre aprendió el bien y el mal. El bien consiste en escuchar a Dios, poner en él la fe y guardar sus mandamientos. Esto es lo que da la vida al ser humano. En cambio el mal consiste en desobedecer a Dios, lo que lo lleva a la muerte. Por su generosidad Dios dio a conocer al ser humano el bien de la obediencia y el mal de la desobediencia, a fin de que el ojo de su alma por propia experiencia pueda elegir juzgando lo que es mejor, y nunca descuide por pereza el mandato divino. (AH IV, 39, 1).

El hombre desobedece a Dios y sufre en sí mismo las consecuencias del pecado: la enfermedad y la muerte:

Este poder de la muerte es la situación propia del pecado humano. Por el pecado entró la muerte en el mundo. Desde el pecado, la muerte es la última palabra. Sólo el perdón y la

¹⁰⁰ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 521.

¹⁰¹ «El bien de la obediencia al hombre a Dios es la Vida que reporta al hombre. Y el mal de la desobediencia, la muerte a que le conduce». Ibid. 521.

cancelación del pecado que Dios nos ha otorgado en Cristo nos liberan de esa esclavitud¹⁰².

El hombre conoció el bien y el mal cuando pecó¹⁰³. De este modo Ireneo desprecia el pecado del hombre, pero considera a la naturaleza humana capaz de hacer el bien o el mal, obedecer a Dios o desobedecer su mandato¹⁰⁴, como comenta Guardini:

El hombre [...] se desliga de Dios declarándose autónomo, es decir, capaz y autorizado para fijar la ley de su propia vida, lo que conlleva al mismo tiempo de poder entenderse a partir de sí mismo [...] Está maduro y capacitado para decidir qué es lo bueno y qué es lo malo, qué se puede querer y qué no se puede querer¹⁰⁵.

De este modo Ireneo señala que el hombre para obrar el bien ha de reconocer de donde fue hecho (facere), para dejarse hacer (fieri) por Dios:

Ni «facere» ni «fieri» significan aquí escuetamente la sola creación de la natura humana; sino la plasmación a imagen y semejanza de Dios; una trabajada para vestir la incorruptela y Vida de Dios. A Dios le es propio hacer del hombre dios. Y al hombre dejarse hacer hombre dios¹⁰⁶.

En este sentido el hombre se puede reconocer en Dios que lo ha hecho y conocer quién es. Dios se da al hombre para que este pueda saber quién es y se pueda conocer en Él¹⁰⁷:

Tanto más sabe el hombre de sí mismo cuanto más se entiende a partir de Dios, Pero para ello debe saber quién es Dios, y esto sólo puede hacerlo si acepta lo que Él dice de sí mismo¹⁰⁸.

¹⁰² Fidalgo. *Conocer al hombre desde Dios*, 181.

¹⁰³ «El bien queda caracterizado como algo primario y fundamental, simple y norma. Ahora bien, ese ese elemento primario y fundamental de la vida adquiere todo su sentido [...] en la dimensión religiosa. [...] El mal adquiere su sentido cuando queda situado en el contexto religioso, en el contexto de la relación con Dios». Fidalgo. *Conocer al hombre desde Dios*, 177.

¹⁰⁴ Cf. Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 521.

¹⁰⁵ Romano Guardini. *El fin de la modernidad. Quién sabe de Dios conoce al hombre*. Madrid: PPC, 1965, 158.

¹⁰⁶ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 525.

¹⁰⁷ «Dios se ha comunicado y hecho cognoscible, y este conocimiento de Dios (*gnosis*) es real y el más real de todos los conocimientos, sin empañar en nada la incognoscibilidad de Dios». Hans Urs Von Balthasar. *Gloria. Una estética teológica. 2, Estilos eclesíasticos*. Madrid: Encuentro, 2007, 60.

¹⁰⁸ Guardini. *El fin de la modernidad*, 160.

Por lo cual el hombre que se deja hacer por Dios recibe de él su perfección y sus dones; puede tener un corazón a su medida, desde la confianza en él, para que desde la entrega a Dios pueda ser una obra perfecta según su propia imagen¹⁰⁹:

¿Cómo podrías hacerte Dios, si primero no te haces un ser humano? ¿Cómo pretendes ser perfecto, si fuiste creado en el tiempo? ¿Cómo sueñas en ser inmortal, si en tu naturaleza mortal no has obedecido a tu Hacedor? Es, pues, necesario que primero observes tu orden humano, para que en seguida participes de la gloria de Dios. Porque tú no hiciste a Dios, sino que él te hizo. Y si eres obra de Dios, contempla la mano de tu artífice, que hace todas las cosas en el tiempo oportuno, y de igual manera obrará oportunamente en cuanto a ti respecta. Pon en sus manos un corazón blando y moldeable, y conserva la imagen según la cual el Artista te plasmó; guarda en ti la humedad, no vaya a ser que, si te endureces, pierdas las huellas de sus dedos. Conservando tu forma subirás a lo perfecto; pues el arte de Dios esconde el lodo que hay en ti. Su mano plasmó tu ser, te reviste por dentro y por fuera con plata y oro puro (Ex 25,11), y tanto te adornará, que el Rey deseará tu belleza (Sal 45[44] ,12). Más si, endureciéndote, rechazas su arte y te muestras ingrato a aquel que te hizo un ser humano, al hacerte ingrato a Dios pierdes al mismo tiempo el arte con que te hizo y la vida que te dio: hacer es propio de la bondad de Dios, ser hecho es propio de la naturaleza humana. Y por este motivo, si le entregas lo que es tuyo, es decir tu fe y obediencia a él, entonces recibirás de él su arte, que te convertirá en obra perfecta de Dios. (AH IV, 39,2).

Por ello el hombre la obra perfecta hecha por el Creador, en el cual derrama sus dones, y le adorna de la belleza que de Él proviene puede entregarse a su Dios, recibiendo el don de la fe que de modo gratuito Dios le otorga¹¹⁰. «Si, en cambio, le das lo que hay en ti, o sea, la fe confiada en él y la sumisión, asumes su arte y te conviertes en obra perfecta de Dios»¹¹¹. De esta forma podemos añadir que la iniciativa en hacer al hombre es de Dios. Al hombre solo le basta dejarse guiar por él. Dios es el que forma al hombre y este es hecho forma de Dios:

¹⁰⁹ «No sólo Dios es el tú del hombre, sino que el *hombre es el tú de Dios*. Cuando Dios mira a esta criatura suya, se encuentra reflejado en ella [...] Al crear al hombre, Dios no crea una naturaleza más entre otras, sino un tú; lo crea llamándolo por su nombre». Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios*. 177.

¹¹⁰ «Dios es el ser que es y, por lo mismo, es eterno, mientras que la criatura que deviene, que tiene necesariamente principio, centro y fin y, por ende, tiempo, debe esencialmente recurrir a Dios y, por tanto, cuando escoge justamente, está determinada por la fe, la esperanza y el amor». Balthasar. *Gloria*, 63.

¹¹¹ *Ibid.* 75.

Entre la criatura y el Creador la iniciativa es del último. A la criatura le toca dejarse hacer y conducir por los caminos que le señale, de un lado, su condición, y de otro el destino para el que el Señor la quiere¹¹².

De esta manera Ireneo considera que el hombre es hecho por Dios, el cual le adorna con todos sus dones como un artista con la obra que realiza. Ireneo muestra que Dios es el artista, el alfarero que con sus manos, «modela el barro húmedo, blando y maleable»¹¹³:

Al polvo (del hombre) le toca mantenerse barro húmedo; retener la humedad, y prestarse maleable. Si la humedad en su aplicación a la obra de Dios, es el Espíritu Santo, al hombre le corresponde mantener en su carne la humedad del Espíritu, para dejarse hacer oportunamente (‘según le conviene’)¹¹⁴.

De esta manera el hombre formado por Dios recibe de él la gloria cuando actúa como hombre, para que el hombre pueda llegar a ser gloria a Dios. En relación a Ireneo comenta Balthasar¹¹⁵:

«Porque la gloria de Dios es el hombre viviente, pero la vida del hombre es la visión de Dios». «Por eso debes primero custodiar el orden humano para tomar luego parte en la gloria de Dios». «Y es que permanece en su amor, en su entrega, en su reconocimiento, recibirá progresivamente más y más gloria, siendo formado a semejanza del que murió por él» [...] Y, sin embargo, esta gloria del hombre, que puede lo que Dios quiere, es siempre y sólo «la demostración del poder de Dios en él» que es mero «recipiente», y su crecimiento no es otra cosa que «permanecer reconocido en el amor sumiso» a Dios que obra, que todo lo dispone para el hombre a base del amor hasta la muerte, que pone y término a su pecado y no le deja perseverar inmortal en la transgresión¹¹⁶.

Por tanto, el hombre tiene que crecer en el bien desde su libertad, que le permite acoger a Dios o darle la espalda. Dios aun sabiendo las consecuencias que tiene el mal en el hombre respeta su decisión. Dios sabe que la propia experiencia del hombre en el

¹¹² Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 524.

¹¹³ Ibid.

¹¹⁴ Ibid.

¹¹⁵ Cf. Ibid

¹¹⁶ Balthasar. 75-76.

mal le hace conocer mejor. Pero el hombre que no reconoce la mano de Dios que lo ha creado no podrá hacer el bien, ni su voluntad en su vida:

IRENEO urge la perfección creatural del hombre libre. Gracias al libre albedrío, puede el hombre conocer el bien o el mal. La propia experiencia de ambos extremos supone una perfección, porque le otorga una ciencia mayor que la de sola noción o conjetura. El mismo Dios que ordena el bien y prohíbe el mal respeta el humano albedrío, y no impide a la fuerza el mal. Sabe muy bien la ventaja que hace la experiencia misma del mal a su solo conocimiento exterior¹¹⁷.

El hombre que sigue su libre albedrío vivirá de una libertad que lo esclaviza y que le impide ver la luz. Su vida permanecerá cegada, aunque la luz siga brillando, como dice Prades:

Todo don, en cuanto tal, es inseparable de la “fragilidad” de su aceptación, y por eso puede ser no aceptado, puede ser despreciado, o, por el contrario, puede ser aferrado como algo debido y por tanto despojado de la gratuidad con que se entrega. En ambos casos se desvirtúa lo donado en cuanto donado¹¹⁸.

Dios no fuerza al hombre a estar en la luz, pero le deja saber que sin ella no podrá hacer el bien que él le invita. No es lo mismo permanecer en la luz que apartarse de ella. No es lo mismo dejar que Dios se deje iluminar por el hombre, que esté viva cegado al Bien que es Dios:

Más si rehúsas creer y huyes de sus manos, la culpa de tu imperfección recaerá en tu desobediencia y no en aquel que te llamó: él mandó a quien convocara a su boda: quienes no obedecieron, por su culpa se privaron de su cena regia (Mt 22,3). A Dios no le falta el arte, siendo capaz de sacar de las piedras hijos de Abraham (Mt 3,9; Lc 3,8); pero aquel que no se somete a tal arte, es causa de su propia imperfección. Es como la luz: no falta porque algunos se hayan cegado, sino que la luz sigue brillando, y los que se han cegado viven en la oscuridad por su culpa. Ni la luz obliga por la fuerza a nadie, así como Dios a nadie somete por imposición a su arte. Aquellos, pues, que se han apartado de la luz del Padre transgrediendo la ley de la libertad, se han alejado por su culpa, pues se les concedió la libertad y el libre albedrío. (AH IV, 39,3).

¹¹⁷ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 528.

¹¹⁸ Prades. *Eius dulcis praesentia*, 43.

Por eso Dios no obliga al hombre a hacer el bien, ni le fuerza a hacer su voluntad sino que desde una elección libre, este se somete a Aquél por él que fue creado, para que pueda vivir en la luz que Dios le muestra como guía en su vida, y no desde las tinieblas que produce su pecado. El banquete de bodas está preparado (cf. Mt 22, 1-14), y todo hombre puede entrar. El camino que lleva a él supone obediencia y fe a Dios, que hace al hombre libre. Pero dependiendo del uso que haga de esa libertad podrá vivir en la luz o en la ceguera que le provoca el mal. (cf. AH IV, 39, 3):

La analogía de la luz responde muy bien a las relaciones entre la Luz del Padre. El que se ciega voluntariamente a sí propio no debe culpar a la luz de su ceguera. Lo mismo el que libremente prefiere las tinieblas a la luz de Dios. La culpa no es de Dios, ni de Su luz. Como tampoco lo es de la libertad. El abuso del don de Dios no está en el don, sino en quien no se sirve como conviene de él¹¹⁹.

Por lo tanto el hombre confía en Dios que busca su bien, para dejarse iluminar de su luz¹²⁰. Pero se puede apartar de Dios obrando el mal. Y en ese mal Dios se revela al hombre como vencedor del mal en sí mismo:

El mal no es un problema a solucionar *antes* de creer en Dios; el mal es la situación en que Dios se nos ha revelado tal cual es; como aquel que lo vence asumiéndolo solidariamente y transmutándolo en semilla de resurrección¹²¹.

3.3.3. El crecimiento del hombre como criatura (AH IV, 38)

El hombre no fue creado por Dios perfecto. Por eso necesitaba un crecimiento:

Esta recuperación de la conciencia de la conciencia de la finitud [...] conlleva el reconocimiento de la exigencia de una pregunta infinita para que la experiencia finita siga existiendo como finita. No cabe duda de que la evidencia innegable del límite,

¹¹⁹ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 526.

¹²⁰ «El conocimiento es [...] la participación de la luz de Dios que ilumina el mundo; la participación de su mirada. Pensar es re-pensar pensamientos de Dios. Sólo un acontecimiento así, que tiene a Dios como referencia, a un Dios que en la revelación se manifiesta como es Cristo, es un verdadero conocimiento que busca la verdad, un conocimiento confiado, obediente y audaz». Fidalgo. 214.

¹²¹ Juan L. Ruiz de la Peña. *Teología de la creación*. Santander: Sal Terrae, 1986, 173.

demuestra la condición finita, y éste es el aspecto valioso de la crítica a las construcciones modernas que han absolutizado la finitud humana¹²²

En los textos de Ireneo que estamos estudiando podemos ver cómo se desarrolla el crecimiento del hombre a Dios, por el que se conoce como un ser finito, indigente, contingente y sujeto al límite. En la parábola de los viñadores homicidas podemos descubrir que el Padre se revela de modo progresivo en la revelación, al hombre, desde los profetas hasta llegar al Hijo, en el que se muestra de modo pleno. Pero el hombre también crece en la acogida del Hijo, y de sus enviados. Algunos lo rechazaron a él y a los profetas y otros acogieron al Verbo encarnado, que en la plenitud se entregó al hombre para que este pudiera crecer en aceptar el plan de Dios. La parábola del banquete de bodas nos señala como el hombre puede entrar en la fiesta que Dios le tiene preparada, pero para ello tiene que llevar el traje de fiesta, es decir, tiene que crecer para dejarse llenar por el Espíritu que le va configurando con Dios. Por último la parábola de los obreros de la viña resalta que todo hombre es llamado a trabajar en el servicio a Dios sea cual sea el momento en que se ponga a ello. Pero necesita crecer para que el servicio sea realizado cada vez de modo más pleno.

Dios crea al hombre pero de manera imperfecta para que en su crecimiento se fuera asemejándose cada vez más a su Creador. El hombre desde su niñez va creciendo en el conocimiento de Dios¹²³. Por ello el hombre en el encuentro con Dios va creciendo, en hacerse como él desde la confianza¹²⁴ y el saberse en sus manos. «Quién soy yo, solo lo comprendo en Aquel que está por encima de mí»¹²⁵, cómo señala Guardini. De este modo podemos decir:

Ireneo enfoca la perfección del hombre desde la libertad, y no desde la problemática del mal. Al hacer una lectura de la creación en el contexto de la libertad, resalta el concepto del tiempo que «separa» al hombre-niño de la perfección, o visto desde otra óptica, el tiempo que «acerca» a este hombre plasmado a la perfección. El tiempo es el marco dentro del cual crece la creatura hacia la plena madurez, y es precisamente donde se da

¹²² Prades . *Eius dulcis Praesentia*, 20.

¹²³ Cf. Paul-André Giguère. *Una fe adulta. El proceso de maduración en la fe*. Santander: Sal Terrae, 1995, 111-112.

¹²⁴ «La confianza cristiana es muy distinta. Para los cristianos, Dios se ha dado a conocer como radicalmente benévolo para con la humanidad. Como poder de vida y no como poder de muerte. Lejos de sentirse celoso de la libertad y la autonomía del ser humano, Dios las desea y las favorece. Dios llama a la libertad y promete la vida, ofreciendo un camino para superar los obstáculos que la tradición bíblica llama “pecado” y “muerte”».Ibid. 146.

¹²⁵ Romano Guardini. *La aceptación de sí mismo. Las edades de la vida*. Madrid: Cristiandad, 1981, 35

la percepción y el conocimiento de Dios, el encuentro y el acostumbrar entre Dios y el hombre. El hombre está sujeto al tiempo y al cambio, y solo puede recibir los beneficios de Dios progresiva y gradualmente, y esto lo ha previsto Dios con un gran optimismo y confianza en el hombre¹²⁶.

En este sentido Ireneo comenta que el hombre es creado imperfecto para que pueda crecer y madurar para progresar en comunión con él¹²⁷, es decir, participar de su gloria¹²⁸. Por lo que el hombre que pueda llegar a ver a Dios, participa del don de la inmortalidad que Dios le ofrece:

El hombre, a su vez, poco a poco se desarrolla y llega a la perfección, es decir, se hace más cercano al increado. Porque perfecto es lo increado, y éste es Dios. Pues convenía que primero el hombre fuese creado, que una vez creado creciera, una vez crecido llegara a la adultez, hecho adulto se multiplicase, multiplicado se consolidase, consolidado se elevase a la gloria, y en la gloria con templase a su Señor. Pues es a Dios a quien ha de ver, y la visión de Dios produce la incorrupción; pero «la incorrupción nos acerca a Dios» (Sab 6,19-20). (AH IV, 38, 3).

Dios no da al hombre la perfección desde el principio para que pueda acoger de modo más pleno el don recibido. «El humano plasma, incapaz, cuando creado de ver a Dios [...] se vuelve, cuando deificado, capaz de ver a Dios»¹²⁹. Por el Verbo se hace un niño para que como hombre sea necesitado y aumente su capacidad de aceptar con mayor plenitud su humanidad¹³⁰:

Dios habría podido desde el principio dar la perfección al ser humano; pero éste, recién creado, no era capaz de recibirlo, si lo recibía era incapaz de acogerlo, y si lo acogía no tenía fuerzas para conservarlo. Por eso el Verbo de Dios se hizo niño con el hombre,

¹²⁶ Namikawa. 58.

¹²⁷ «Cuya dignidad más alta consiste precisamente en su vocación a la comunión con Dios, porque lleva inscrita en su naturaleza la relación con el infinito». Javier Prades. *El hombre más allá de sí mismo*. Madrid: Encuentro, 2012, 39

¹²⁸ «Así como Dios actualiza armoniosamente su propia realidad en el ser, según la ipseidad perfecta que le caracteriza, la criatura recibe, con la participación en el ser, el poder de actualizar su propia posición en el ser. Dios es “lo que debe ser” en cuanto actualiza su Ser [...] la criatura es “lo que debe ser”, y vivirá en relación de armonía con Dios, si actualiza libremente el ser recibido (*esse*) de modo proporcionado a su condición de criatura (*essentia*). Prades. *Eius dulcis praesentia*, 42-43.

¹²⁹ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 514.

¹³⁰ «La Palabra de Dios, siendo perfecto, se ha hecho pequeño, niño con el hombre, no por él mismo, sino por el estado de infancia en que se encontraba el hombre, para ser acogido según era capaz de acogerle el hombre, a fin de que salga a la luz la naturaleza del hombre, lo bueno que tiene incorporado, es decir, en su cuerpo que es su carne; en lo visible, es decir, en aquello que un día espera sea visto». Namikawa. 332.

aunque él era perfecto: no por sí mismo sino por la pequeñez del ser humano, a fin de que de algún modo se hiciese capaz de recibirlo. Así pues, no es que Dios fuera incapaz o indigente; sino que lo era el hombre recién hecho, pues no era increado. (AH IV, 38, 2).

En este sentido Dios se da al hombre pero este no lo puede recibir de modo pleno. El hombre puede acoger el don de Dios, porque sabe que su existencia le ha sido dada. Señala a este respecto Guardini¹³¹:

En el principio de mi existencia —el «principio» no sólo de modo temporal, sino también esencial, entendido como su raíz y su base — no hay una decisión, por mí mismo, de ser. Y mucho menos estoy ahí sencillamente, sin necesitar ninguna decisión para llegar a ser. Eso solamente ocurre en Dios. Sino que en el principio de mi existencia hay una iniciativa, alguien que me ha dado a mí¹³².

Por lo que solo en el Verbo encarnado encuentra el hombre el medio adecuado para llegar a la perfección que Dios le tiene preparada¹³³. Por ello el P. Orbe señala comentando a Ireneo:

El Verbo de Dios, Pan o manjar perfecto de inmortalidad, podía en Sí desde el principio darse al hombre. Mas como este no podía recibirlo en Su perfección divina, hubo de aniñarse o hacerse infante el Verbo para —aniñado o humanado — alimentar al hombre, según la carne sin llevarle a la corrupción o muerte. Allanado el Verbo a la humana condición, podrá ser asimilado, comido en manjar, por el hombre. Aniñado podrá ser manjar de niño, y alimentarlo poco a poco hasta llevarlo a la madurez; y por último preparado el hombre al manjar perfecto, será capaz de recibir de lleno la perfección de Dios¹³⁴.

¹³¹ «Podemos vivir dignamente nuestra condición de seres humanos sólo si somos acogidos y sostenidos en el camino, levantándonos una y otra vez por Alguien que nos ama». Javier Prades. *Dios ha salvado la distancia*. Madrid: Encuentro, 20023, 108.

¹³² Guardini. *La aceptación de sí mismo*, 19.

¹³³ Comento a Ratzinger. «La dignidad divina se menciona con una palabra que designa a Jesús como niño perenne. Su infantilidad se encuentra en su singularísima correspondencia con su divinidad, que es la divinidad del Hijo. Así, su condición de niño es una indicación del camino por el cual podemos llegar a Dios, la divinización. Desde allí deben entenderse sus palabras: “Si no cambáis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18, 3). Joseph Ratzinger. *La bendición de la Navidad. Meditaciones*. Barcelona: Herder, 2007, 63

¹³⁴ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 515.

Dios crea al hombre vulnerable e indigente para que necesite el don divino para crecer y desarrollarse. Pero la acogida del don no es plena por el hombre y concedida por Dios de la misma forma. El hombre limitado y débil va progresando en la acogida del don hasta la plenitud de la vida y Dios le va derramando las gracias de modo progresivo, como dice Guardini. «Ser-yo significa precisamente tener un camino que lleve desde el Yo de la situación inicial al de la plenitud»¹³⁵:

Entre un amor-necesidad y un amor-dádiva surge una relación de amor desigual que favorece la vida y que aspira a la comunión, Iniciado y ayudado por la gracia, el hombre recién hecho lleva impresa «hasta en lo visible» la imagen de su creador. Pero el aumento en la semejanza y la aproximación hacia la comunión es fruto de una relación de franco reconocimiento de la propia situación, sin disimular su pobreza. Si, paradójicamente, en cierto sentido el hombre recién hecho se acerca más a la comunión en tanto que se conoce o se da a conocer como menos semejante a Dios, es porque desde su amor-necesidad aprende que no puede resolver su pobreza autónomamente sino esperar en la disponibilidad del otro, sobre todo en la bondad de Dios como la única vía del verdadero conocimiento [...] La mirada del hombre recién hecho no se pierde en el vacío de la necesidad sino que confía en el rostro de la Palabra, el pan perfecto del Padre que le alimenta¹³⁶.

Por tanto la perfección del hombre se realizará cuando desde el don del Padre por el Hijo sea transformado por el Espíritu. «La existencia cristiana se presenta, pues, como un largo proceso de transformación»¹³⁷. Así el Verbo encarnado se nos da como manjar para que podamos recibir en nosotros el Espíritu que nos introduce en la vida sin fin, como don del Padre:

Por eso como a mamones, El que era el Pan perfecto del Padre, se nos dio como leche, en su venida como hombre: para que alimentados como a los pechos de su carne, y habituados con tal lactancia a comer y beber el Verbo de Dios, podamos contener en nosotros mismos el Espíritu del Padre, Pan de inmortalidad. (AH IV, 38, 1).

Así el P. Orbe comenta este pasaje y señala los aspectos más fundamentales:

¹³⁵ Guardini. *La aceptación de sí mismo*, 32

¹³⁶ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 334.

¹³⁷ Giguere. 45.

Nuestro Señor se comportó con el hombre como la madre con su hijo. Comenzó por dársele a modo de leche, en Su humanidad o carne. Y le disciplinó poco a poco, hasta dársele como Pan perfecto del Padre, como Verbo de Dios. Inició el proceso de lo imperfecto a lo perfecto, no porque fuese imperfecto, sino porque lo éramos los hombres a quienes deseaba otorgar la perfección divina [...] Ninguna contradicción hay en hacer de Nuestro Señor (Jesucristo) «el Pan perfecto del Padre, y del «Espíritu del Padre, el Pan de la inmortalidad». El verdadero eterno Pan de la incorruptela e inmortalidad es el Espíritu o naturaleza divina del Padre. El cual se ofrece al hombre como manjar de inmortalidad, con el Cuerpo y Sangre de Cristo; en virtud de su mediación¹³⁸

En este sentido el Padre otorga al hombre el alimento que necesita en su crecimiento a él. Le da el Pan de la Palabra para que pueda escuchar lo que él le quiere decir; el Pan del Hijo que en la eucaristía se le da como pan y vino que transformados en su Cuerpo y su Sangre se convierten en alimento de inmortalidad para el hombre; el Pan del Espíritu por el cual el hombre recibe una vida nueva por la que recibe el don de la filiación en plenitud, para ser divinizado¹³⁹.

De esta manera la inmortalidad del hombre hace que sea debido la resurrección en la carne, donde recibe el don de la filiación en plenitud por el Espíritu, y el don de una vida sin término que se alimentó en la Eucaristía como don pleno del Hijo¹⁴⁰:

El pan y el vino al recibir al Verbo de Dios se convierten en cuerpo y sangre de Cristo. Nuestros cuerpos alimentados en la Eucaristía, depositados en la tierra y podridos como el grano de trigo, resucitaran a su debido tiempo, y es el Verbo de Dios el que les dará la incorrupción, la resurrección¹⁴¹.

Por tanto «el Misterio de Dios es Cristo resucitado, es Dios hecho hombre que entra en tu experiencia»¹⁴².

¹³⁸ Orbe. *Teología de San Ireneo IV*, 514.

¹³⁹ Cf. *Ibid.*

¹⁴⁰ Cf. Aubineau.47.

¹⁴¹ Arróniz. “La salvación de la carne en San Ireneo”, 21.

¹⁴² Prades. *El hombre más allá de sí mismo*, 26.

CONCLUSIONES: LOS HITOS TEOLÓGICOS DEL SAN IRENEO

En el presente capítulo, a modo de síntesis nos vamos a atrever a indicar e iluminar lo que se podría denominar como los fundamentos teológicos del modelo antropológico de San Ireneo a la luz del recorrido realizado por el análisis del *Adversus Haereses*, en concreto del libro IV, objeto último de estudio de este trabajo.

1. La creación del hombre a imagen y semejanza de Dios

En los capítulos I y II de este trabajo he desarrollado la categoría de “creación” en Ireneo. En ellos se recoge la creación del hombre y como la ha entendido este autor del siglo II.

Ante las herejías de su tiempo, principalmente los gnósticos, Ireneo se ve forzado a considerar el misterio de la creación del hombre. Según el libro del Génesis Dios toma barro del polvo de la tierra para crear al hombre (cf. Gen 2, 7). Y con ese barro lo moldea. El hombre es creado a imagen de Dios. Dios modela al hombre, y en su cuerpo plasma su imagen. De la misma manera Dios crea al hombre a su semejanza. Pone en el hombre su impronta para que este se vaya asemejándose a él.

Ireneo señala que Dios crea al hombre por un acto de su voluntad, no por necesidad. Dios quiere crearlo y lo hace con sus dos manos, el Verbo y el Espíritu, para darle forma. Por lo cual Dios crea al hombre desde el Verbo encarnado, y este es su modelo. El cuerpo del hombre es a imagen del cuerpo del Hijo de Dios. Ese es el molde que Dios toma en la creación del hombre.

De este modo en el origen del hombre está su fin: la resurrección. En el inicio está ya en el fin. Por ello para Ireneo la creación del hombre es a vistas del cuerpo glorioso del Hijo. La carne de Adán tiene como horizonte la carne del resucitado. El cuerpo de Adán está hecho según el cuerpo glorioso del Verbo encarnado.

Por eso la salvación del hombre se hace patente en la carne del Hijo. El Verbo encarnado es el que viene a salvar al hombre, también en su cuerpo. De esta manera Ireneo responde a los gnósticos, para los cuales el hombre formado de alma y cuerpo no podía salvarse. Él señala que el hombre es salvado en su corporalidad porque el Hijo ha tomado un cuerpo humano, que va a ser glorificado. Por tanto en la creación del hombre está su destino final, la resurrección de la carne.

Por otra parte Ireneo considera que el hombre está hecho también a semejanza de Dios. El hombre va asemejándose más a Dios, por la acción del Espíritu, que lo va divinizando, para llegar a ser como Dios. Es un proceso en el que el hombre en su cuerpo y su espíritu, se hace más capaz de recibir el don de Dios.

2. El crecimiento del hombre hacia Dios

En este sentido podemos decir que el hombre no fue creado perfecto, sino que desde su imperfección iba a poder crecer hacia Dios.

Como he indicado en los capítulos de este trabajo, el Verbo encarnado fue creado imperfecto. Cómo hombre fue pasando por todas las etapas del desarrollo humano: la infancia, la adolescencia, hasta llegar a la edad adulta. En este proceso se fue haciendo más capaz de acoger el don del Espíritu, que culmina en la Resurrección donde recibe el Espíritu en plenitud.

De la misma manera el hombre es creado imperfecto pero puede recibir el don del Espíritu que le hace semejante a Dios, cuyo momento culmen será la resurrección de la carne.

El Hijo ha acogido todo lo humano, hasta el dolor y la muerte, para que el hombre pueda en el sufrimiento tender a Dios, en el don del Espíritu que le da una nueva vida.

El crecimiento del hombre en Dios terminará en la resurrección, pero ya en esta vida puede vivir del don del Espíritu que le va divinizando para hacer de él un hombre pleno.

3. La resurrección del Hijo en el misterio del hombre

El fin del hombre es la resurrección. ¿Cómo podemos considerar la resurrección del Hijo en el misterio del hombre?

El hombre es hijo. Adán era hijo. Era creado a imagen de Dios. Dependía de Dios. Dios hablaba con él como un Padre. Se complacía en su criatura. Pero Adán no es perfecto. Era necesitado de salvación. Por ello el Verbo se encarna y toma figura humana. Solo así Adán puede entender su misterio. Pero Adán no siempre vivió como hijo, y tuvo consecuencia el dolor y el sufrimiento. Por ello el Verbo encarnado asume

la muerte que había provocado Adán. Muere para dar la vida al hombre. Y resucita para que el hombre pueda tener una vida nueva.

Por eso en la Resurrección del Hijo de Dios se esclarece la resurrección de la carne. Lo mismo que la carne del Hijo ha recibido el Espíritu en plenitud, la carne del hombre será capaz de acogerlo, y con ello ser glorificado. El hombre puede ser divinizado.

4. La experiencia del pecado y la redención del hombre

El hombre es creado a imagen y semejanza de Dios. Pero el hombre que vivía en relación y en comunión con Dios, pierde su relación con Dios.

Dios crea al hombre para estar con él y porque quiere tener una relación con él. Dios quiere hablar con el hombre. Por eso se abaja para hablar su mismo lenguaje. El hombre y Dios vivían en comunión. Pero el hombre experimenta la tentación y se deja llevar del pecado. El hombre por su pecado rompe la comunión con Dios.

El hombre que participaba de la gloria de Dios, y vivía de la comunión de las personas divinas, pierde esa comunión apartándose de Dios. Así el hombre necesita un Salvador que le devuelva a la vida que había perdido. El Hijo asume lo humano: el dolor, el sufrimiento y la muerte para redimir al hombre del pecado, y que este pueda volver a la comunión con Dios.

Por otra parte el Hijo devuelve al hombre la relación con Dios, que ahora pasa por el rostro humano del Verbo encarnado. Y en ese rostro el hombre puede conocer a Dios, y sentirse amado y salvado por él.

5. El hombre es creado libre

Dios crea al hombre a su imagen y semejanza. Por ello Dios da al hombre aquello que es propio de Dios. Dios hace al hombre libre. Dios es libre de modo pleno, y el hombre es libre en dependencia de Dios.

Pero muchas veces el hombre se sitúa como el que único criterio en su forma de actuar. Actúa desde una libertad autónoma, como fin absoluto de toda conducta. Por ello Dios crea al hombre libre para hacer el bien o el mal; acoger al Creador o rechazarlo. Vivir del lado del bien o del mal.

Así el hombre puede decidir desde una voluntad que le lleva a la entrega y el amor o desde el rechazo a Dios, y por ello al mal.

Por ello el hombre que vive en la verdad y el bien se acerca a la luz para que sus obras sean juzgada, por ella. Pero el que rechaza a Dios vive desde la ceguera que produce el mal, y su propia dureza de corazón ya le juzgado.

El hombre es libre y Dios le pide una respuesta; ha recibido el don, pero tiene que responder rechazando a Dios o confiando en él. Si el hombre se abandona en Dios, será plenamente libre. Obedecer a Dios, y aceptar su voluntad es el camino que hizo el Hijo y que el hombre puede elegir para vivir en la luz, y no en la oscuridad.

6. El misterio de la filiación y el misterio eclesial

El hombre recibe el don de la filiación pero por el pecado se aparte del don. Por ello necesita un redentor que le devuelva la comunión con Dios, que el pecado había roto. Necesita que su condición filial sea restaurada. El Hijo salva al hombre del pecado y le devuelve el don de la filiación. El hombre se convierte en hijo en el Hijo, por el don del Espíritu. Pero si la cruz le restaura al hombre el don de la filiación, la Resurrección del Hijo hace del hombre hijo de Dios en plenitud. Ella hizo del Verbo encarnado, Hijo de Dios en poder, y convierte al hombre en hijo de Dios, hijo de la resurrección.

Por tanto este misterio filial el hombre no lo vive solo, sino en una comunidad. El hombre es hecho hijo de Dios por el bautismo, recibiendo una vocación singular. Lo mismo que en su Bautismo el Hijo recibió una llamada a la misión, a un ministerio. Pero esto no lo vivió en soledad, sino en comunidad, con los discípulos que él quiso escoger. También el hombre vive su bautismo en comunidad. La Iglesia, en la que este sacramento se realiza, es la casa donde los hombres son hechos hijos de Dios por el bautismo, y reciben una llamada de Dios a la misión y la entrega como lo vivió el Hijo de Dios. La Iglesia es la madre donde todos los hombres son acogidos para vivir como hermanos, en el don del Espíritu que les lleva a clamar a un mismo Padre en el don del Hijo.

La Iglesia es la casa que se asienta sobre los Apóstoles, donde pueden morar todos los hombres de cualquier lugar y condición, siempre que invoquen a Dios como Padre y como su único Señor. El misterio filial el hombre lo vive en la Iglesia, por medio del cual llama a los hombres hermanos:

Es la comunidad de los que han renacido a la vida del único modo adecuado a su dignidad de hombres: por medio de una predilección única, de un amor real y efectivo hacia su persona. Cristo sigue perdonándonos hoy por el sacramento de la Penitencia y sigue uniéndonos a Él del modo más íntimo posible por la Eucaristía. Los que seguían a Jesús y todos los que a lo largo de la historia se han integrado en esta humanidad nueva, saben bien lo que vale su vida a la luz del amor de Otro, y del mismo modo aprende lo que vale cualquier vida humana. Así nace un pueblo, un tipo de unidad entre hombres que no se puede explicar por ningún otro criterio de este mundo. A él pertenecen todos los que han creído en esta iniciativa del amor de Cristo que los ha aferrado en el Bautismo, sin condiciones previas [...] Un pueblo de protagonistas que construyen juntos la historia e impulsan su transformación, libres del éxito de sus acciones, con los ojos fijos en Jesús¹.

7. Conclusión personal

El estudio de un padre de la Iglesia supone un reto para cualquier persona que quiere iniciarse en conocer un padre del siglo II, y reflexionar sobre cómo puede influir en el siglo XXI al hombre de hoy. Creo que se tienen que tener en cuenta cuatro categorías como claves para que el hombre de hoy pueda enriquecerse del mensaje de Ireneo.

7.1. La corporalidad

El hombre contemporáneo se debate entre dos polos en los que vive su existencia: un exceso cuidado de su cuerpo, y por otro lado un rechazo al cuerpo como algo negativo que hay que castigar. Hay personas que no son capaces de acoger su propia imagen, y otras la que cuidan en exceso. Ireneo desde el siglo II, nos señala un sentido equilibrado del cuerpo hecho a imagen y semejanza de Dios, mediante el cual el hombre se puede donar y entregarse al otro.

Por otra parte, creo que Ireneo es la mejor respuesta a las nuevas espiritualidades, o pseudoespiritualidades que ponen al hombre como un yo absoluto cuyo criterio de referencia es el mismo. También estas nuevas formas de espiritualidad niegan la carne, y la encarnación. Ireneo responde a ellas aclarando que el hombre ha sido creado según el modelo del Verbo encarnado. Hemos sido salvados por la carne del

¹ Prades. *Dios ha salvado la distancia*, 111.

Hijo. Y a la vez sitúa al hombre en relación, no consigo mismo, sino con Dios. Dios ha hecho al hombre y quiere establecer con el hombre una relación de amistad. Dios toma la iniciativa, y el hombre se puede relacionar con él, porque este lo ha designado. Esto nos lleva a la segunda categoría.

7.2. La comunión del hombre con Dios

Ireneo señala que Dios quiere estar con el hombre, hablar con él. Dios quiere tener con el hombre un único camino: la comunión. Dios ha venido a estar compartiendo con el hombre su mismo destino. Dios ama al hombre y por amor quiere estar con él, ponerse a su lado. Y por ello se abaja. Dios quiere hacer feliz al hombre. Pero el hombre de nuestro tiempo ha dado la espalda a Dios, le ha abandonado, y le ha rechazado. El hombre solo actúa desde sí mismo, de lo que piensa o hace. Ha perdido el sentido de relación. Por eso Ireneo enseña al hombre de hoy que está hecho para vivir con Otro y sus semejantes. El hombre necesita vivir en unión con y para otros. El hombre se realiza cómo tal cuando se dona al otro y a Dios. Ireneo marca al hombre del siglo XXI que no fue hecho para la soledad sino para vivir en comunión, y con ello poder realizarse. Dios quiere que el hombre sea feliz amando a Dios y dándose al hermano. Esto nos introduce en la tercera categoría, ¿para qué hemos sido hechos?

7.3. Dios hace. El hombre se deja hacer

Ireneo señala que Dios hace al hombre a su imagen y semejanza por amor. El amor es el criterio para llegar a reconocer de donde hemos sido hechos. Pero es importante destacar que es Dios el que toma la iniciativa para hacer al hombre y no al revés. Dios va ayudar al hombre en su crecimiento y maduración, para llevarlo a la plenitud.

El hombre de hoy vive muy lejos de Dios, y por eso muy lejos de reconocerse como persona hecha, donada por otro. El hombre piensa que él lo puede hacer todo por sí mismo y con sus fuerzas. Pero eso le lleva muchas veces al fracaso y la soledad. Sería bueno pudiera conocer estas hermosas palabras de Ireneo: lo propio de Dios es hacer y lo propio del hombre dejarse hacer. El hombre que quiere de nuevo buscar de donde ha venido y de donde ha sido hecho, puede crecer y madurar desde este don que se le otorga.

De esta manera el hombre de hoy que se sabe hecho y modelado por Dios puede crecer y madurar superando sus fragilidades, complejos y sus debilidades. Porque si pone su vida en manos de Dios, se verá como él lo ve, y se sabrá amado para ser un hombre pleno y libre.

7.4. La libertad

Ireneo nos dice otra vez que el hombre solo puede vivir en relación con Dios. Pero Dios ha creado libre al hombre. En consecuencia el hombre puede elegir aceptar o rechazar a Dios. Pero su libertad está en relación a Dios.

El hombre de hoy ha perdido el verdadero sentido de libertad. El hombre no busca el bien, sino hacer lo que quiere en cada momento. Ireneo indica que Dios quiere el bien del hombre, y este es más libre cuando hace el bien que le propone. Pero hoy hemos olvidado cuál es la referencia de actuar en cada momento y situación de nuestra vida. Hemos dejado de lado de hacer y buscar la voluntad de Dios, para actuar según nuestro criterio de actuación y del gusto personal. Necesitamos recuperar esta libertad que no es autónoma sino que está en relación con Dios, de la que nos habla Ireneo

7.5. Una pequeña valoración personal

Personalmente hacer un recorrido por las distintas categorías antropológicas que Ireneo recoge en el libro IV del *Adversus Haereses*, me ha ayudado a tener una mejor visión de quien soy y de dónde vengo: las manos del Padre.

Ireneo me ha dado respuesta a cuestiones tan importantes como la libertad y el cuerpo. La profundización en la categoría de libertad me ha ayudado a comprender que soy cada vez más libre cuando conformo mi vida desde la voluntad de Dios. El don de la corporalidad me ha hecho reflexionar sobre que mi cuerpo está hecho para la donación y la entrega, y para la acogida del otro. Y sobre todo he podido comprender de nuevo que el centro de mi vida es el Hijo, fin y meta de toda mi existencia.

BIBLIOGRAFÍA

Magisterio de la Iglesia

Juan Pablo II. *Encíclica Veritatis Splendor*. Roma 6 de agosto, 1991. (AAS 83).

Decreto del Santo Padre, el Papa Francisco para la concesión del título de Doctor de la Iglesia a San Ireneo de Lyon, 21 de enero de 2022. (AAS 114).

Fuentes de Ireneo de Lyon

Adversus Haereses IV. Antonio Orbe (ed.). *Teología de San Ireneo IV*. Madrid: BAC, 1996.

Adversus Haereses V. Antonio Orbe (ed.). *Teología de San Ireneo V*. Vol. I. Madrid: BAC, 1985; Vol. II. Madrid: BAC, 1987; Vol. III. Madrid: BAC, 1988.

Contra las herejías I. Juan José Ayan et. al. (eds.) Madrid: Ciudad Nueva, 2022.

Contre les hérésies, Livres I-V. A. Rousseau (ed.) [SCh 264, 294, 211, 100, 153], Les Editions du Cerf, París 1979, 1982, 2002, 2008, 1969.

Demostración Apostólica de Ireneo de Lyon, Juan José Ayán et. al (eds.) Madrid: Ciudad Nueva, 2001.

Estudios sobre San Ireneo de Lyon

Arróniz, José Manuel:

“La salvación de la carne en S. Ireneo”. *Scriptorium Victoriense* 12 (1965), 7-29.

“El hombre a imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 26) en S. Ireneo”. *Scriptorium Victoriense* 12 (1965), 275-302.

“La inmortalidad como deificación del hombre en S. Ireneo”. *Scriptorium Victoriense* 8 (1961), 262-287.

Aubineau, Michel. “Incorruptibilité y divinitation selon Saint Irénée”. *Rech SR* 44 (1956): 25-52.

Ayán, Juan José. “La creación de Cristo (aproximación al pensamiento de San Ireneo de Lyon)”. *Cuadernos Isidorianum* 4.3 (2006), 11-53.

- Fantino, Jackes. "El hombre verdadero según Ireneo". *Estudios trinitarios* 23 (1980), 3-30.
- Fidalgo, José Manuel. *Conocer al hombre desde Dios. La centralidad de la Cristo en la Antropología de Romano Guardini*. Navarra: EUNSA, 2010.
- González Faus, José Ignacio. *Carne de Dios. Significado Salvador de la Encarnación en la Teología de Ireneo*. Barcelona: Herder, 1969.
- Moreno, José Luis. "Gloria Dei. Vivens homo. Uso actual de la fórmula de Ireneo". *Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra*, 1996: 215-231.
- Namikawa, Miyako. *Paciencia para madurar. "Acostumbrar" para la comunión en San Ireneo de Lyon*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 2014: 189-205.
- Orbe, Antonio:
- Antropología de S. Ireneo*. Madrid: BAC, 1969.
- Parábolas evangélicas de San Ireneo I*. Madrid: Editorial Católica, 1972.
- Parábolas evangélicas de San Ireneo II*. Madrid: Editorial Católica, 1972.
- Espiritualidad de San Ireneo*. Madrid: BAC, 2015.
- "Deus facit. Homo fit. Un axioma de San Ireneo". *Gregorianum* 69, 4 (1988): 629-661.
- "El hombre ideal en la Teología de San Ireneo". *Gregorianum* 43 (1962): 449-491.
- "Gloria Dei. Vivens homo". *Gregorianum* 73, 2 (1992): 205-268.
- Polanco, Rodrigo. "La Iglesia, vaso siempre joven del Espíritu de Dios: Reflexiones sobre el núcleo articulado de la eclesiología de San Ireneo de Lyon" *Teología y vida* 48 (2007): 189-205.
- Von Balthasar, Hans Urs. *Gloria. Una estética teológica. 2. Estilos eclesiásticos*. Madrid: Encuentro, 2007. Ireneo, 31-93.

Obras secundarias

- Giguère, Paul-André. *Una fe adulta. El proceso de maduración en la fe*. Santander: Sal Terrae, 1995.
- Guardini, Romano:
- El fin de la modernidad. Quién sabe de Dios conoce al hombre*. Madrid: PPC, 1965.
- La aceptación de sí mismo. Las edades de la vida*. Madrid: Cristiandad, 1981.

- Ladaria, Luis F. *Teología del pecado original y de la gracia*. Madrid: BAC, 2012.
- Orozco Ruano, Raúl. “La humanidad de Cristo como fundamento teológico de la sacramentalidad”. *Revista española de Teología* 78 (2018), 73-100.
- Padres Apostólicos. “Carta de Ignacio a Policarpo”*. Juan José Ayán (ed.). Madrid: Ciudad Nueva, 2000.
- Prades López, Javier:
Eius dulcis Praesentia. Notas sobre el acceso del hombre al Misterio de Dios. Salamanca: Colección Subsidia, 2002.
El hombre más allá de sí mismo. Madrid: Encuentro, 2012.
Dios ha salvado la distancia. Madrid: Encuentro, 20023.
- Ratzinger, Joseph:
Introducción al cristianismo. Salamanca: Sígueme, 2000.
La bendición de la Navidad. Meditaciones. Barcelona: Herder, 2007.
- Ruiz de la Peña, Juan L:
Teología de la creación. Santander: Sal Terrae, 1986.
Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental. Santander: Sal Terrae, 1988.
- Saavedra Monroy, Mauricio. *La Iglesia de Esmirna. Formación de la identidad de una primitiva comunidad cristiana*. Ciudad Nueva, Madrid: 2022.

Índice Ireneano

ADVERSUS HAERESIS

IV, 1, 1	3
IV, 3,1	212
IV, 4, 2	157, 232
IV, 6, 3-43	88
IV, 6, 5	105
IV, 8, 1	71, 92,100
IV, 9	100
IV, 17, 5	388
IV, 17, 6	384
IV, 18, 3-4	180
IV, 20, 7	132, 139, 144, 234
IV, 20, 2	99, 184, 199, 384, 391
IV, 25, 3	383
IV, 27, 1	199
IV, 22, 1	110, 326
IV, 33, 9-10	109, 106
IV, 33, 11	79
IV, 36, 1	382, 388
IV, 36, 2	280, 380, 382, 383
IV, 36, 3	488
IV, 36, 4	281, 382
IV, 36, 5	280, 337
IV, 36, 6	318
IV, 36, 7	183, 281, 388, 391
IV, 36, 8	146
IV, 37, 1	321, 363, 382
IV, 37, 3	283
IV, 37, 5	351
IV, 38, 2	77, 96, 199, 200, 322, 383
IV, 38, 3	63, 69, 106, 111, 144, 284, 340, 357, 373

IV, 39, 1	282, 337
IV, 39, 2	95, 170, 219, 281, 282, 355, 360, 366
IV, 39, 3	284
V, 1, 1	136, 137, 140, 145, 190, 265, 283, 321, 340, 384
V, 6, 1	28, 65, 114, 214, 215, 358, 359

DEMOSTRACIÓN (EPIDEIXIS)

11	52, 53, 56, 57, 114, 210, 212, 223, 229, 282, 314, 331, 334, 359
----------	--